

de

Selección

TERROR

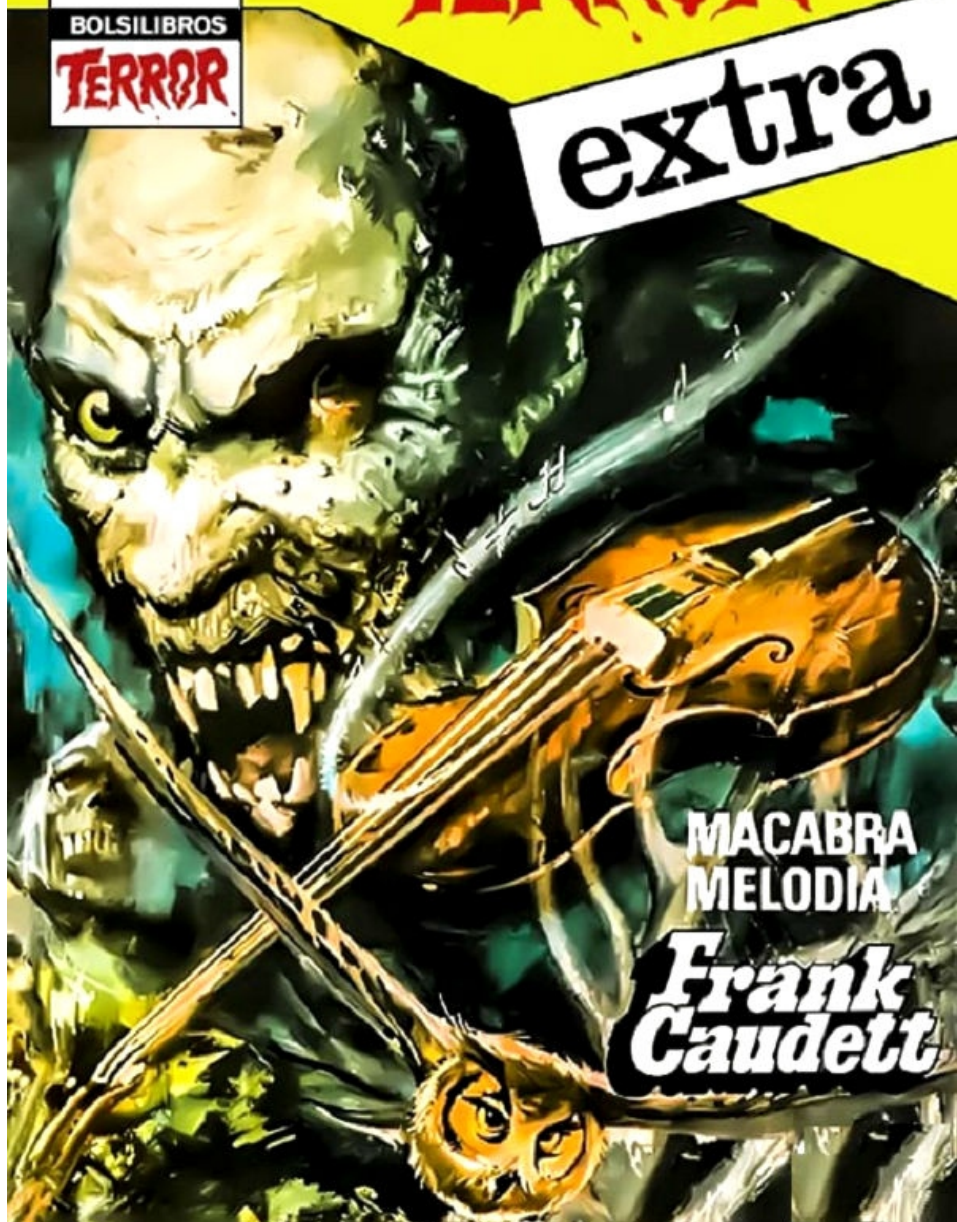
BOLSILIBROS

TERROR

extra

**MACABRA
MELODIA**

**Frank
Caudett**



¿Gotas? Claro. ¡ES SANGRE!

Sangre, sí. ¿Por qué? ¿De dónde surge esa sangre?

De súbito veo más. Veo como esos dedos sufren una extraña, incomprensible metamorfosis y se convierten, se transforman, ¡en las alas abiertas de un enorme murciélago, con pico!

La melodía sigue sonando.

Y el murciélago revolotea cruel, macabro, chorreando sangre por el pico y las alas.



Frank Caudett

Macabra melodía

Bolsilibros: Selección Terror extra - 13

ePub r1.0

xico_weno 28.11.17

Título original: *Macabra melodía*

Frank Caudett, 1983

Ilustraciones: Enrique Martín

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



Primer compás: Lo irreal

CONVIENE distinguir en el sueño dos contenidos:

PRIMERO: El contenido exterior, de imágenes reales que se desarrollan en la que no es otra cosa que una superposición consciente.

SEGUNDO: El contenido latente, constituido por los pensamientos, los deseos y las tendencias ocultas.

La interpretación de los sueños es, en realidad, el camino auténtico que conduce al verdadero conocimiento del alma.

SIGMUND FREUD

El piano...

La melodía...

Ambos unidos, juntos, al unísono, van a gestar un mundo nuevo, misterioso, irreal y desconocido, de cuya existencia sólo yo sabré... en cuya existencia disonante y macabra, sólo yo, ÚNICAMENTE YO, participaré.

Un nuevo mundo.

Irreal, sí.

Que está naciendo al compás de una extraña... MACABRA MELODÍA.

El piano...

Unas manos...

Los dedos se reparten sobre el blanco teclado y arrancan de él unas notas patéticas.

Sí... Están interpretando la *Sonata Pathétique n.º 8* de Beethoven. Sin embargo ahora, más que una sonata patética se me antoja una composición horrisona, espectral.

Macabra melodía, sí.

Muy macabras las notas que en ese mundo extraño, irreal,

angustioso, percibe mi subconsciente.

Porque yo estoy dormida..., ¿verdad?

Estoy en un mundo lejano, confuso, estremecedor, al que sólo yo tengo acceso.

Horror.

Sé que siento un profundo horror y no soy capaz, sin embargo, de exteriorizarlo.

No obstante, ese horror que siento y que no acierto a significar... *me complace*.

Es algo así como un excitante psiquimasoquismo que me hace feliz, inmensamente feliz.

Ahondo, me adentro en ese nuevo mundo a caballo de una extraña excitación que segundo a segundo va *in crescendo*.

Un nuevo mundo...

Rodeado de tupidas y retorcidas tinieblas, cuya oscuridad impenetrable arrulla el infinito silencio..., silencio que se va rompiendo paulatina, espectralmente, al compás de las notas que los dedos arrancan de las teclas como el látigo arranca la piel de los esclavos.

¡Qué placer!

¡Qué fascinante horror!

Sólo yo, lo sé, disfruto del placer, del inmenso privilegio de ver y oír en ese mundo alucinante.

Desconocido y misterioso.

La mano...

Es una mano varonil, bien cuidada no obstante, de largos dedos nervudos, autoritarios, que flagelan las teclas haciéndolas vibrar, obligándolas a que estallen con la melodía.

Macabra...

En los dedos, de repente, surge una explosividad de colores. De un solo y excitante color.

De vivo color escarlata.

Y ese color, de súbito, se convierte en gotas.

¿Gotas?

Claro... ¡ES SANGRE!

Sangre, sí.

¿Por qué?

¿De dónde surge esa sangre?

De súbito veo más. Veo como esos dedos sufren una extraña, incomprensible metamorfosis y se convierten, se transforman... *¡en las alas abiertas de un enorme murciélago... con pico!*

La melodía sigue sonando.

Y el murciélago revolotea cruel, macabro, chorreando sangre por el pico y las alas.

¿De dónde surge esa sangre?

¿DE DÓNDE...?

¡Pero...!

¿Qué es aquello que veo al fondo, a lo lejos, por encima de las enrojecidas teclas del piano?

NO...

¡No puedo ver tanto horror!

Es..., ¡es la cabeza de Stanislava Yarkov!

Que parece acercarse a mí flotando por encima de unas inquietantes y retorcidas nubes.

La cabeza... ¡sólo la cabeza!

Sin tronco, sin cuerpo...

¡SOLO LA CABEZA!

Y sus ojos... ¡sus ojos están chorreando sangre! Son apenas dos círculos horribles, encendidos, rojizos, que acaban por excitar al máximo esa pasión agradable y dolorosa al mismo tiempo que experimento muy dentro de mí.

Y el murciélago, ¿dónde...?

¡Ahí está!

Aparece ahora con sus gigantescas alas cubriendo casi la totalidad de la visión que de ese mundo extraño sólo yo percibo.

Las bate... ¡y se abate contra la cabeza flotante de Stanislava Yarkov para hundir su pico ávido en los ojos y acribillarlos!

HORROR...

Insoportable horror.

¡Le está arrancando los ojos!

Los devora...

Y ahora la visión de ese mundo es exclusivamente roja. Del todo escarlata. Un diluvio viscoso, pegadizo, que escapa de aquel ámbito y llega hasta mí... *salpicándome.*

Noto... ¡noto en mi rostro la pringue rojiza que se adhiere como una película espeluznante!

Ahora quiero gritar y no puedo.

Veo al murciélago más enorme y monstruoso que nunca.

Bate sus alas...

¡Y me sonrío!

¡El murciélago me sonde!

ES HORRIBLE...

Quiero irme, quiero renunciar a ese mundo, no deseo contemplarlo más...

Y, sin embargo, aún corridos los párpados y apretadas hacia adentro las pupilas, ¡lo sigo viendo!

El murciélago...

¡Qué profundo asco me inspira!

El piano...

Las manos de ensangrentados dedos...

Notas espectrales siguen tañendo desde el interior del instrumento.

Patéticas...

Macabras...

Y los ojos de ella...

Los ojos de Stanislava Yarkov, de los que cuelga un hilillo pringoso, revolotean y revolotean... ¡hasta incrustarse dentro de los míos!

Su sangre me salpica, se introduce por mis órbitas...

¡No puedo soportar tan despiadado horror!

NO PUEDO...

Quiero gritar, gritar, GRITAR, GRITAR...

—¡AAAAG!

Interludio: Reflexión

JEANNE TRUFFAUT observó con atención a su interlocutora.

Percibiendo su excitación, su aliento candente que le llegaba hasta el rostro como un soplo de fuego, el acelerado palpitar de sus ventrículos y aurículas que casi llevaban el corazón a la garganta como si quisiera expulsarlo por la boca, el ir y venir de sus pechos ampulosos, pechos ubérrimos de *prima donna del bel canto* que poco faltaba para que hicieran jirones la suave tela que los arrebujaba.

Dijo, tras el prolongad escrutinio:

—Cálmese, Marie, se lo ruego. Sólo se trata de un sueño.

—¡Un sueño horrible, *madame* Jeanne! —exclamó la famosa soprano de ópera, la considerada número uno del Teatro de París.

Y su excitación iba en aumento.

—Es cuestión de reflexionar, Marie.

—¡Por Dios, *madame*! ¿Cree usted, de veras, que estoy en condiciones de reflexionar?

He visto en sueños como un espeluznante murciélago le arrancaba los ojos a esa maravillosa muchacha. ¿Y quiere que reflexione?

—Claro, Marie. Sin reflexión no alcanzaremos el verdadero significado de ese sueño.

—¡Sólo tiene un significado!

En los ojos pardos de Jeanne Truffaut brilló un chispazo de repulsa hacia la otra.

—Suponía que con el tiempo que lleva usted viniendo a mis sesiones de espiritismo había conseguido usted una mayor ponderación, un mejor equilibrio sobre sus percepciones extrasensoriales. Lo que usted ha vivido en ese sueño no significa forzosamente que a... ¿cómo se llama esa chica?

—Stanislava Yarkov.

—No significa que a Stanislava vaya a sacarle los ojos un

descomunales murciélagos.

Marie Bouvard se removió, nerviosa, en el fondo de la butaca.

—¿Entonces...?

Jeanne le ofreció una sonrisa conciliadora.

—En su sueño, Marie, había otros elementos, ¿no?

—Sí, claro —afirmó la diva. Agregando—: Unas manos que tocaban un piano.

—Y una melodía que usted pudo escuchar, ¿no?

—*Bon Dieu!* ¡Macabra melodía! —Y se estremeció al compás de la doble exclamación.

—¿Con quién relaciona usted, de pronto, el piano? —inquirió la médium espiritista.

—Bueno...

—¡Sin pensarlo, Marie!

—Con George Amadou —dijo de un tirón. Puntualizando—: Pero es de una lógica aplastante que relacione el piano con George, *madame*. Lleva más de diez años acompañándome en los ensayos como lo hace con la mayoría del elenco musical del teatro. No olvide que

L'Ópera

es al mismo tiempo la Academia Nacional de Música y Baile.

—Y no olvide usted, Marie, que su subconsciente se limita a asociar las imágenes que a diario percibe su consciente.

—¡Yo diría que las disocia!

—*Voilà, ma chérie!* Así no llegaremos a ninguna parte. Si usted tiene su propia versión, ¿por qué ha venido a contarme su fantasmagórico sueño?

—*Pardon, madame* —la soprano inclinó la testa como avergonzada—. Creo que son los nervios...

—Por supuesto —admitió la avanzada en lides de espiritismo. Siguiendo—: Ya tenemos una concatenación: el piano nos conduce a George Amadou. La chica ahora... ¿quién es exactamente Stanislava Yarkov?

—Una compañera. Otra soprano contratada hace unos meses por el director artístico de L'Ópera.

Una mujer extraordinaria y una fabulosa cantante. Tiene registros tan sublimes que me recuerdan a Montserrat Caballé. Stanislava

está llamada a ser, en un futuro inmediato, la número uno. La mejor, la excelsa.

—Bien. ¿Qué relación tiene Stanislava con George?

—La misma que tengo yo, *madame*.

Jeanne Truffaut sonrió con picardía.

—¿La misma...? —Había duda intencionada en el matiz de la pregunta. Añadió—: Si mal no recuerdo, me dijo usted en una ocasión...

—*Oui, oui...*! Pero ¿qué tiene que ver en esto el hecho de que George Amadou sienta... *algo* por mí?

—¿Se enamora Amadou de todas las *primas donnas* que desfilan por L'Ópera?

—Sería más lógico que se hubiese enamorado de Stanislava, desde luego. Es bastante más joven que yo y creo que mucho más hermosa.

—No sea modesta, Marie. El hecho de que ya no sea usted tan joven no significa que siga siendo muy hermosa y deseable. Y yo creo que es mucho más lógico que George la ame a usted, aunque sea en silencio...

—¡Por Dios, *madame*! Sabe perfectamente que yo estoy locamente enamorada de Anastas Tchenko. ¡Ah...! La propia Stanislava me dijo hace unos días que no comprendía qué esperábamos para casarnos. Le contesté que Anastas y yo sólo estábamos de acuerdo en el amor. Para vivir cotidianamente, pienso que antes elegiría a George Amadou. Pero...

¿De qué estamos hablando, *madame*? ¿De mí...?

—El sueño lo ha tenido usted, ¿no?

—Sí. Pero... —La diva estaba confusa e insegura. Era perceptible una angustia visceral en su modo de explicarse. Una enorme intranquilidad que alteraba por completo todo su sistema emocional. Dijo, tras el titubeo—: ¡Estoy perdida en un mar de dudas y confusiones, *madame*! Ayúdeme, se lo suplico.

—Eso intento, Marie. Ayudarla. ¿Existe algún otro tipo de relación entre el profesor de piano y Stanislava?

—Que yo sepa... —murmuró, mordiéndose el labio inferior. Exclamando de pronto—: ¡Bueno, ahora que lo pienso...! George Amadou en sociedad con otro individuo cuyo nombre no me viene

ahora a la memoria quiere fundar, o ha fundado ya, una compañía discográfica. De lo que sí me acuerdo es del nombre de la empresa, que por cierto me hizo mucha gracia... piensan denominarla la Royal Epoque Musical. George le pidió a casi todos los intérpretes que grabaran con él y todos, incluida yo y a excepción de Stanislava, le respondimos que eso era imposible debido a nuestros actuales contratos con otras empresas discográficas. Ella, sin embargo, que terminó recientemente su vinculación escrita con una sociedad de su país, deshojaba la margarita entre varias ofertas... millonarias ofertas por cierto, y al intervenir George con su propuesta le respondió afirmativamente. Yo, pese al cariño que le profeso al bueno de Amadou, le dije a Stanislava que estaba loca. ¿Cómo vas a grabar con una gente que empieza?, le pregunté. Tú eres toda una diva, una mujer famosa que requiere de una firma con solera... —Marie Bouvard se interrumpió, acentuando su nerviosismo, al exclamar—: ¡Por Dios, *madame*!

Estamos hablando de cosas que no...

—Sí, Marie, sí tienen relación —la corrigió Jeanne con cierta autoridad. Razonando—: Usted extiende el hilo de sus propias reflexiones..., reflexiones por otra parte conscientes que puedan conducirnos a la realidad desorbitada en el sueño por su subconsciente.

Usted, *ma chérie*, no está en condiciones de afirmar lo que es o no es coherente. El sueño funde la coherencia real de las imágenes, superponiéndolas. Si la visión de nuestros sueños fuese clara, diáfana, el austríaco Freud se hubiera ahorrado su filosofía sobre la interpretaciones oníricas, ¿no cree?

—Sí... —Estaba dubitativa—, ¡sí o no! ¡Qué sé yo! Estoy horriblemente confundida, *madame*.

—Tranquila, Marie.

—Pero... ¿Entiende usted algo o no, *madame*?

—Bueno, como usted sabe, para llegar a un punto de reflexión total e íntima es necesario un proceso de concentración y ausencia para el que en este momento no estoy dispuesta. Pero de una forma general y racional al mismo tiempo, entiendo que los elementos de su sueño siguen una ascendente concatenada que nace precisamente en ese hecho, trivial para usted y desconectado, de la respuesta afirmativa de Stanislava a grabar con esa compañía fundada por

monsieur Amadou.

—*Mon Dieu, mon Dieu, madame!* ¡Me está usted hablando en chino!

—Marie... —pronunció la otra con fúnebre énfasis—, debe usted convencer a Stanislava para que no grave con esa... con la Royal Epoque Musical.

—¿Por qué...? —inquirió la *prima donna* con una vibrante nota de angustia en su privilegiada voz.

—Ya le he dicho que no he dispuesto todavía de la concentración necesaria que me permita ofrecer una respuesta concreta, Marie. Pero lo que sí está claro, clarísimo... *es que hay sangre*. Y la sangre es de Stanislava Yarkov. Ella no debe grabar discos con esa nueva compañía.

—¡Me voy a volver loca! —exclamó la soprano, llevándose ambas manos a la cabeza y enredando los dedos, crispados, entre los rizos profusos de su cabello de los que tiró con impotencia—. ¿Cómo podré convencer a Stanislava de que no debe hacerlo? Si le cuento mi sueño... ¡se reirá! Ya sabe usted, *madame*, que la gente del Este tienen una manera de pensar diametralmente opuesta a la nuestra y se burlan de estas cosas.

Jeanne Truffaut miró con fijeza a su interlocutora.

—Sólo tiene dos caminos, Marie —anunció con firmeza—. Contarle a esa mujer la verdad corriendo el riesgo de que se ría y no haga caso... o de que la escuche con una sonrisa tolerante, y otra solución puede ser la de ocultar esa real irrealdad y convencerla de que no es bueno para su carrera, éxito y fama, grabar con una firma discográfica carente de prestigio y recursos.

—Creo que estoy como al principio, *madame*.

—Pero sabiendo algo más, ¿no le parece?

—Algo horrible... ¡cómo horrible fue el sueño!

Segundo compás: Lo real

STANISLAVA YARKOV era, desde luego, una mujer extraordinariamente bella.

Y a su hermosura física, deslumbrante hermosura, unía unas excelentes condiciones musicales que pese a su juventud, la estaban consagrando ya en el difícil mundo del *bel canto*.

Rubia como el oro, de largos cabellos cuyas hebras sedosas acariciaban los laterales de su óvalo nacarado hasta caer en los hombros arrojando el cuello de cisne, de inmensos y profundos ojos azulados...

Ojos que en su delirante sueño había visto Marie Bouvard cubiertos de sangre, rezumando pringue rojiza...

Bellos ojos, maravillosas pupilas de tonalidad mar, que ahora mostraba una luminosidad preocupada, confusa, sí.

Porque Stanislava no estaba muy segura de estar obrando con responsable lógica.

No estaba muy segura de que fuera correcto haberse desplazado al zoo siguiendo una extraña y absurda corazonada.

Que había nacido tras la inquietante y confusa llamada telefónica.

«—¿*Mademoiselle* Yarkov?

»—Sí... ¿Quién es?

»—*Pardon, mademoiselle*. No puedo decirle mi nombre y de otra parte tampoco ese dato le aclararía nada. ¡Necesito hablar con usted urgentemente!

»—Reconocerá que es una forma extraña de concertar una cita, ¿no?

»—¡Sí, entiendo que sí! Pero le suplico que acuda. Es algo muy importante para mí... y *para usted*.

»—¿De qué se trata?

»—Si se lo pudiera decir por teléfono sería inútil esa cita que

usted califica de extraña, ¿no le parece?».

Aquella voz que repiqueteaba sus tímpanos no le era desconocida. Al contrario, tenía visos familiares. Pero no conseguía recordar quién...

«—¿Dónde, señor?

»—Dentro de media hora en el zoo de París. La estaré esperando en el departamento de las aves nocturnas. ¿De acuerdo?

»—Procuraré acudir, pero...

»—¡Le he dicho que es un asunto muy importante, *mademoiselle*! Para mí y para usted.

No falte».

Y tras esas palabras el misterioso y anónimo comunicante había colgado el teléfono.

Absurdo.

Pero había surgido, casi inmediatamente, la corazonada.

Y Stanislava Yarkov, sin casi arreglarse, enfundándose al vuelo una elegante gabardina color crema, había salido a la calle para meterse en el primer taxi libre pidiéndole que la llevara al zoo.

Y ahora, caminando ya hacia el edificio aislado donde se exhibían las aves nocturnas, la hermosa rubia llamada a conseguir las más altas cotas en el mundo de la ópera, comenzaba a tener dudas.

Sin embargo, no estaba dispuesta a volverse atrás, porque en el fondo de sus confundidos pensamientos vivía el anhelo morboso de averiguar *quién* y por qué la había citado de tan extraña forma en lugar no menos extraño.

Empujó la puerta de cristales y al instante percibió un ambiente cálido, casi sofocante, conseguido artificialmente para que la vida de los extraños pájaros de plumajes tan insólitos como multicolores que vivían y revoloteaban en el interior de grandes jaulas de cristal, se desarrollase en idéntica temperatura a los países de que eran indígenas.

Apenas cuatro o cinco personas y un pequeño grupo de niños curiosos, pululaban por aquel sector del recinto denominado Jardín des Plantes.

Los chiquillos se divertían de lo lindo observando las curiosas evoluciones de aquellos bichos en cautividad que los alegraban con el batir de sus alas irisadas y les divertían con sus sorprendentes

cabriolas.

Stanislava dejó atrás la primera parte del edificio y se adentró por un pasillo, al principio del cual, una flecha extendida en la pared con dirección al interior, advertía que aquél era el camino a seguir para llegar a las dependencias destinadas a las aves de costumbres nocturnas.

Al término del corredor se hallaban unas puertas batientes, pero completas, formadas por tiras de poliéster.

Decidida, las empujó.

Oscuridad.

Densa oscuridad al principio que se iba disipando conforme los ojos avanzaban, difuminándola hasta concretar una tupida penumbra.

Trató de ver más allá de la inquietante penumbra.

Nada...

A su derecha advirtió el enorme panel de cristal y al otro lado un manchón blanco, como borroso, que arriba tenía dos enormes discos grisáceos que estaban fijos en su rostro.

Se sobresaltó.

La mirada inquietante de aquel animal inmóvil, expectante, como carente de vida, le produjo una vivísima sensación de miedo.

Más que eso... de horror.

Los discos del animal, grandes, hambrientos e inmóviles, continuaban horriblemente clavados en la faz de Stanislava, en sus magníficos ojos azulados.

Se estremeció perceptiblemente como si acabaran de flagelarla con un látigo.

—¡Qué bicho tan repugnante...!

Y consiguiendo por fin apartar su mirada de la atracción magnética que le producían los descomunales discos de la impoluta lechuza, avanzó.

Esperando encontrarse con el desconocido comunicante o confiando por lo menos en escuchar algún indicio que hablara de presencia humana en aquel inquietante paraíso en penumbra.

—¡Oiga...! ¡Por favor! ¿Hay alguien ahí?

Nadie.

No había nadie.

O al menos... no contestaba nadie.

—¡Eh... el que me ha llamado por teléfono! ¿Está usted ahí?

Si hablaba, y Stanislava lo sabía mejor que cualquiera, era tratando de conjurar y ahogar el miedo asfixiante que la envolvía, que la atenazaba, que igual que una gélida corriente de aire ascendía desde sus tobillos con electrizante cosquilleo hasta arremolinarse en las alturas de su pensamiento haciéndola zozobrar.

Haciendo que percibiera el entorno desértico que la rodeaba en forma tangible de espiral de terror.

Porque no era miedo ni pánico...

ERA VIVO TERROR.

Tan grande, tan agobiante, tan envolvente y succionante, que le restaba toda capacidad de decidir por sí misma, de actuar en función de un sentimiento lógico, echando a correr y desapareciendo de allí.

Pero... no podía.

Sus pies parecían haberse fundido en el suelo, haber echado raíces bajo aquél y obtener la milenaria inmovilidad de un arbusto.

Creyó... creyó percibir un siniestro graznido al tiempo que una extraña visión confundía sus aterradas pupilas.

Unas alas... EL HORRIBLE BATIR DE UNAS ALAS CARTILAGINOSAS HABÍA RUBRICADO EL INQUIETANTE GRAZNIDO.

¿O era todo fruto de su alterada imaginación?

DEL TERROR QUE LA INVADÍA...

¿O el terror se gestaba en aquellas estremecedoras y reales imágenes?

Las alas, el batir, un graznido...

Consiguió girar su rubia cabeza a la izquierda y sus ojos se dilataron al sufrir el tremendo encontronazo con aquel animal negruzco, gigantesco, repulsivo, que parecía haberse estrellado con enorme violencia contra el cristal que las extendidas y enormes alas cubrían en buena parte de su superficie.

Parecía... parecía estar pegado al vidrio, sí.

—¡Dios mío... —gimió—, qué horror! ¡Voy a volverme loca! ¡Los nervios se me están rompiendo en mil pedazos! ¡QUIERO IRME DE AQUÍ!

Pero no podía.

¡No conseguía moverse!

Porque a la fuerza con que la retenían en tierra aquellas increíbles raíces que habían brotado bajo las plantas de sus pies, se unían ahora el siniestro encanto de los ojos del murciélago que la contemplaban, ávidos, desde detrás del cristal contra el que parecía clavado como los entomólogos clavaban las mariposas... se unía la viva y silenciosa llamada de aquellas pupilas brillantes y opacas a la misma vez que parecían despedir un fluido hipnótico, brutalmente atractivo.

Stanislava Yarkov sintió que su cuerpo estaba helado.

Envuelto en una capa frígida que sólo la muerte podía proporcionar.

Y sus cuerdas vocales, aquellas que con sus trinos y gorgoritos deleitaban al entendido auditorio de L'Ópera...

estaban tensas, muy tensas, y a punto de convergerse y romper en un...

—¡AAAAG!

... grito horrisono, enervante, espectral.

Repitió el grito angustioso con las cuerdas dilatadas bajo la piel de la garganta pero sin conseguir moverse ni un milímetro.

Y el murciélago, de pronto, inició un vuelo alocando dentro de la jaula, cobrando sus alas diabólicas una movilidad alucinante.

Se fue atrás y vino hacia adelante estrellándose contra el cristal.

Los ojos de Stanislava se dilataron para girar como peonzas enloquecidas al borde las órbitas.

Al comprender el intento delirante del animal por... *¡por romper el vidrio!*

Repetía una y otra vez las idas y venidas. Los brutales impactos contra el cristal.

Y ella allí, quieta, inmóvil, aterrorizada y al mismo tiempo impertérrita.

¿POR QUE...?

El silencio y la oscuridad cobraron matices de sudario espectral que la envolvían como alucinantes vapores de muerte. El entorno describió círculos de locura cuyos efluvios contagiaron su mente fundiéndola y confundiéndola en el interior de aquella dimensión demencial.

Jamás había sentido ni experimentado una sensación tan latente

de horror e impotencia... Era como percibir los límites de un mundo de terrores diabólicos, de vivencias espectrales, resignándose a sufrirlas en función de una inhumana impotencia.

Hubiera... ¡hubiera querido tantas cosas!

Y el lóbrego y negro murciélago proseguía en sus denodados intentos de fragmentar la pulida luna con sus reiterados y macabros golpetazos.

CHASK... CHASK... CHASK... CHASK...

¡Enloquecedor el volar de aquel bicho que simbolizaba una cadena de sangrientas vivencias!

Porque Stanislava intuía, adivinaba, el ansia del quiróptero por hundir el pico en sus azules pupilas, por teñirlas de sangre, por desmenuzarlas y devorarlas con satánica avidez...

¡Y se sabía incapaz de evitarlo!

Jamás ser humano había estado sometido a semejante tortura. Nunca nadie había vivido más intensamente un ciclo de horror como el que protagonizaba la inmóvil *prima donna* de L'Ópera parisiense.

EL MURCIÉLAGO...

¡Qué macabra melodía producían sus alas al batirse y su cuerpo pringoso, de negros cartílagos, al estrellarse en el cristal!

¿Melodía...?

Porque ahora, de pronto, súbitamente, rompiendo el hilo de sus tétricos pensamientos y filtrándose entre ellos... *estaban sonando los compases patéticos de una melodía que a Stanislava le era familiar.*

¿Era real, real, aquella percepción?

Lo era, sí.

Porque el sonido macabro de las teclas del piano rompían contra sus oídos, nota a nota, los compases trágicos de la *Sonata Pathétique* n.º 8 de Beethoven.

¿Por qué...?

¿Quién estaba tocando el piano?

¿Qué significado tenían aquellas notas, aquellos compases...?

—¡ME ESTOY VOLVIENDO LOCA! —consiguió gritar. Y pidió, en un esfuerzo por conseguir exteriorizar todo su pánico—: ¡PIEDAD! ¡PIEDAD, POR FAVOR!

¿Piedad...?

Y... ¿quién tenía que concedérsela?

PIEDAD...

Porque aquella escenografía diabólica estaba carente de todo sentimiento humano, sí.

Stanislava sabía, pensaba para sus adentros que era absurdo suplicarle piedad a quien era capaz de...

La melodía vibraba con locura dañándole los oídos y estrellando cada una de las notas, como alfileres puntiagudos y lacerantes, en el cerebro, acribillando su masa encefálica y precipitándola junto con el terror a los abismos alucinantes de la locura.

MACABRA MELODÍA...

El piano en vez de sonar, estallaba como un ingenio destructor y desperdigaba residuos de muerte... No eran notas, eran estampidos apocalípticos.

Golpes siniestros que perseguían una finalidad malévola, cruel.

LA LOCURA...

¿O quizá la muerte?

Stanislava quiso alzar las manos para taparse los oídos pero no fue capaz de conseguirlo.

Y tuvo la horrible sensación de que sus tímpanos recibían el clamor de millones de ratas enfebrecidas que chillaban, horribles, cual si fuesen víctimas de una terrible injusticia.

Su cerebro comenzó a romperse a la par que recibía impactos rojizos...

¡CRAAAASK!

El cristal saltó, súbitamente, por los aires.

Convertido en fragmentos.

Y el murciélago, batiendo sus apéndices cartilagosos, celebró, con graznidos bestiales su regreso a la libertad.

El panorama rojizo que ocupaba la mente de la torturada Stanislava se convirtió, en fracciones de segundo y a causa de una singular metamorfosis, en un enorme lienzo negro.

Terriblemente negro.

¡Las alas del murciélago!

Y la melodía...

Todo al unísono.

Todo al mismo tiempo.

Las alas del murciélago batían, batían, BATÍAN...

Las teclas del piano martilleaban, martilleaban, MARTILLEABAN...

Y el pico buscaba sus ojos...

La macabra melodía obtenía su máximo *in crescendo* en el coro del animal que confundía en mescolanza espectral sus graznidos y revoloteos.

Ya no era una sinfonía patética, no...

ERA UNA PARTITURA DE TERROR Y MUERTE.

Stanislava quiso, pidió, deseó, habló con las fuerzas del Más Allá pidiendo voto y voz en todo aquello.

VOZ AL MENOS, VOZ...

El pico buscaba sus ojos.

Se hundía, alternativa y carniceramente en sus ojos.

VOZ...

—¡AUXILIOOO!

El bicho negro, siniestro, alucinante y vesánico, se iba y volvía una y otra vez.

Con una sonrisa tan ancha y siniestra como sus alas, embistiendo voraz y feroz, acuchillando los ojos azules de la hermosa soprano... ensangrentándolos, engulléndolos, y ensañándose postreramente con el bonito rostro de Stanislava Yarkov hasta convertirlo en una pulga, en un amasijo de huesecillos, tejido, cartílagos, aderezado todo ello con derroche de líquido rojizo.

SANGRE...

MUCHA SANGRE.

TREMENDO DERROCHE DE HORROR...

Y el piano seguía, seguía su carrera alucinante de notas atropelladas, locas, brutales.

Silencio de pronto.

Para escucharse después el impacto de la puerta al oscilar estridentemente sus batientes dejando paso a un bulto negro, repulsivo, en su centelleante huida.

Obligando a la infantil exclamación:

—¡Eh... papá! ¡Papá, mira eso!

—¿Qué sucede, hijo?

—¡Arriba, papá, en el techo! ¡Se ha escapado un murciélago!

—¡Válgame Dios...! ¡Es verdad! Vamos, hijo, aprisa. Hay que ponerlo en conocimiento de la dirección del zoo.

—¡Papá...! ¿Tú crees que es Drácula?

—¡No digas estupideces, Pierre! Drácula es cosa de las películas. Venga, muévete.

Tenemos que avisar para que capturen ése... ¡ese bichejo repugnante!

—¿Y es verdad que los murciélagos chupan la sangre, papá?

—¡Pierre...! ¿Quieres callarte de una puñetera vez?

—¡Jo...! En cuanto les llevas la contraria o dices algo que no les...

—¡Qué te calles he dicho!

—Lo que yo digo...

Una bofetada restalló en la parte exterior de la dependencia y restalló, claro, sobre el rostro del pequeño Pierre.

Quien pese a la violencia física de su padre por obligarle a callar siguió pensando que había visto volar a Drácula en su versión de murciélago.

Prólogo: Estallido

MARIE BOUVARD, asomó a la avenue de Wagram procedente del domicilio de *madame* Jeanne, posiblemente mucho más confusa que cuando entrara.

La panorámica, para ella, seguía siendo trágica.

Enormemente trágica.

Creía incluso, ahora, escuchar los apagados compases de aquella macabra melodía que en el transcurso de la pesadilla había llegado, lacerante, obsesiva, hasta sus tímpanos.

Se estremeció.

El murciélago.

El siniestro murciélago que sonreía al mismo tiempo que con saña homicida picoteaba los ojos de Stanislava Yarkov...

—*Mon Dieu...*! —exclamó para sí, pero moviendo los labios como en un rezo callado—. ¡Voy a volverme loca! Tengo la sensación agobiante, opresiva, de que algo va a estallar dentro de mí.

Comenzó a caminar en pasos cortos y esta vez fueron las palabras de *madame*, recientes palabras, las que martillaron sus oídos:

Marie... debe usted convencer a Stanislava para que no grabe con esa... con la Royal Epoque Musical.

¿Por qué?, había preguntado ella. Y la respuesta no podía ser más lapidaria y estremecedora:

... lo que sí está claro, clarísimo... es que hay sangre. Y la sangre es de Stanislava Yarkov.

Ella no debe grabar discos con esa nueva compañía.

¿Cómo impedirlo?

Y... ¿por qué?

¿Sería suficiente razón para Stanislava el hecho de que ella, en su pesadilla siniestra, la hubiera visto a merced de un sádico y

sonriente murciélago, bajo los brutales compases de una macabra melodía?

No...

Stanislava era una mujer criada en función de unas realidades probadas, de unos razonamientos casi científicos, de unos preceptos que no admitían las veleidosas incertidumbres de lo místico, de lo teóricamente irreal, de lo parapsicológico.

Stanislava no admitiría el hecho de percepciones extrasensoriales y mucho menos la cristalización de unas secuencias obtenidas por una mente en un mundo tan vacío como fantástico.

¿Entonces...?

—¡Me voy a volver loca! ¡Loca!

Alguien la rozó con la mano y una voz pronunció:

—¡Marie...!

El sobresalto que hizo zozobrar toda la naturaleza de la *prima donna* fue casi espectacular.

Prueba evidente de la alteración de su sistema neurovegetativo.

Tenía los nervios a flor de piel.

—¡Eh...! ¿Quién es...? ¿Qué sucede...? Yo no... —Salió de aquel atropello emotivo desorbitando los ojos al reconocer la persona que acababa de rozarla y pronunciar su nombre. Exclamando—: ¡Colette! ¡Colette, *ma chérie*! ¿Cómo tú...? ¿Qué haces...?

¡Colette! Me has seguido, ¿verdad?

—*Oui* —le sonrió la otra. Puntualizando—: Te he seguido porque me tienes muy preocupada desde que me contaste la pesadilla... ¿Qué te ha dicho *madame* Jeanne?

Marie Bouvard miró con profundidad y cariño a su hermana Colette, una preciosa criatura pelirroja de veintidós primaveras por la que ella, debido a la barrera de edad que las distanciaba había sentido y sentía, más cariño de madre que de hermana.

Con la yema de los dedos índice y pulgar, de la diestra, Marie, con amor maternal, tomó la barbilla firme de aquel rostro pecoso lleno de gracia juvenil en el que destacaba poderosamente la luminosidad de sus enormes pupilas color ámbar. Le sonrió con dulzura y dijo:

—*Ma petite*... ¡no me merezco tu interés! Soy consciente de que con mis tonterías, mis alucinaciones, mi fe en los fenómenos parapsicológicos, mi interés por el mundo del espiritismo y mis

estúpidos sueños...

—¡No hables así, Marie! ¿Por qué no quieres decirme lo que te ha explicado *madame*?

Se vino abajo.

Marie Bouvard rompió a llorar. Y mecida por el convulsivo llanto, entre hipo y estremecimientos, le trasladó la respuesta de Jeanne Truffaut.

—Por favor, por favor, Marie... Serénate. Oye, ¿por qué no vamos a casa de Stanislava?

Le cuentas lo sucedido y ella que extraiga la lección que estime conveniente. Pero al menos tú, Marie, estarás en paz contigo misma. ¿De acuerdo?

—Sí, sí... Pensaba ir con Stanislava. Sí...

Marie se dejó llevar por Colette, la cual agitó su diestra en el aire haciendo señas a un taxi que circulaba libre por las inmediaciones.

Veinte minutos después se apeaban frente al edificio de apartamentos señalado con el número 15 del *boulevard* Strasbourg, donde residía la soprano soviética Stanislava Yarkov.

El elevador las trasladó al piso 17 y por el pasillo, muellemente alfombrado, se plantaron frente a la puerta señalada con la letra H.

Marie, antes de llamar al timbre, dijo:

—Tengo el corazón en la boca, Colette. Me va por lo menos a 140...

—Es una taquicardia nerviosa, Marie. Procura tranquilizarte.

—Lo intento, pero...

Colette accionó el zumbador.

No habían pasado ni diez segundos cuando la hoja de madera cedió hacia dentro para que asomase en el hueco la cara picarona y feúcha de la doncella, que exhibía unos muslos muy escandalosos, exclamando:

—¡Oh... si es *madame* Bouvard! ¡Qué alegría!

—¿Está la señorita?

Se percató la doncella del espectacular nerviosismo de la diva. Incluso percibió bajo la tela el dilatarse estruendoso de sus vísceras cardíacas.

Ello la motivó para preguntar, preocupada:

—Voilà, *madame* Marie! ¿*Se siente mal*?

Por toda respuesta, insistió la *prima donna*:

—¿Dónde está la señorita?

—¿*Mademoiselle* Stanislava?

—¡Sí, sí, claro! ¿Quién si no?

—Bueno... Ha salido hace unos veinte minutos —dijo la muchacha.

Marie Bouvard, de súbito, se tornó pálida como un muerto.

—¿Salido? —repitió, como si le pareciera absurdo, imposible, que Stanislava Yarkov hubiera salido de su casa. Cual si considerase impropio el hecho de que la rusa no se encontrara en su apartamento—. ¡Dios Santo! ¿Dónde...? ¿Dónde ha ido?

La doncella estaba de veras confundida frente a la actitud de la otra. Colette guardaba silencio para no acrecentar el nerviosismo que con mayor furia cada vez mecía a su hermana.

—Bueno... La llamaron por teléfono... Creo que ha acudido a una cita en el Jardin des Plantes, en el zoo...

Marie Bouvard desorbitó las pupilas. Pareció que éstas eran escupidas hacia afuera por una fuerza tan poderosa como sorprendente.

Fue como un brutal estallido.

Se convulsionó.

Como si algo, sí, hubiese estallado dentro de ella.

—¡Marie...! —gritó sin poderse contener, ahora, la pecosa Colette—, ¡Marie...! ¡Por favor! ¿Quieres que llame a un médico?

Marie no la escuchaba. Sólo, con ojos de loca y expresión desencajada, repetía:

—¡El zoo..., el zoo, el zoo, EL ZOO! *Mon Dieu, nooo! ¡EL ZOOO!*

La doncella no comprendía nada.

Colette, sólo en parte. Porque no acertaba a comprender por completo la razón de la sinrazón, por qué la palabra zoo había excitado de forma tan violenta, ancestral, casi alienada, a su hermana Marie.

Pues porque aquellas tres letras, fatídicas ahora para Marie Bouvard, asociaban a su pensamiento, a su imaginación alterada y desbocada... la horrible imagen de un enorme murciélago.

Sonriente murciélago.

Que devoraba los ojos de Stanislava Yarkov...

—¡No es posible! —exclamó tras unos instantes de suspense, en

los que su rostro evidenció cien distintas emociones a cuál de ellas más agitada—. ¡No es posible...!

—*Pardon, madame Marie...* ¿De veras que se encuentra bien?

Colette le hizo un gesto de complicidad a la doncella pero llegó tarde, porque ya su hermana, exclamaba:

—¡Estúpida! ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¡Claro que me...!

Y apartó casi de un empujón la figura de la muchacha internándose en el apartamento como un vendaval para precipitarse sobre la mesita ratona cuadrada en que descansaba el supletorio góndola cuyo auricular atrapó, violenta, incrustándolo en el oído al tiempo que, con dedos nerviosos, discaba un número en el dial.

—¡Oiga, oiga...! ¿Es la policía?

—...

—¡Estoy segura de que se ha cometido un crimen!

—...

—¡En el zoológico de París! ¡Vayan allí! ¡Acudan pronto, por favor!

Marie Bouvard, en aquel instante, lo mismo que si una descarga eléctrica hubiera entrado a través de su espinazo repartiendo por su naturaleza gran cantidad de voltios, se estremeció.

Pasando al instante hacia un temblor convulso.

Luego se produjo el estallido y la *prima donna* del *bel canto*, como fulminada por un rayo exterminador, maléfico, cayó al suelo redonda arrastrando al suelo, con ella, auricular y teléfono.

—¡Marie, Marie...! —Colette corrió hacia ella.

—*Madame..., madame, mon Dieu!* —exclamaba la muchacha de servicio corriendo en pos de Colette.

Capítulo primero

62, Rué Mazarine.

LAS luces del espectacular y multicolor neón danzaron gigantescas frente a la risueña mirada de Roger Raymond. Aquello era un lugar serio.

Y es que el bueno de Yves siempre iba a lugares serios. Era así de serio el muy hijo de perra.

¡Vaya con las letras y su parpadeo!

Se hacían notar, sí.

á P a r í s
c u a n d
o n
p e n s e
s p e c t a c l e
o n d i t
A L C A Z A R

L' LC
Z R de París.

Cosa seria, sí.

Y fina.

El portero, encopetado también, se quedó mirando a Roger con asomo de duda en la mirada pero no se atrevió a detenerle.

El muchacho le obsequió sobre la marcha con una de sus fáciles y pródigas sonrisas.

Burlona sonrisa, mejor.

Otro letrero que éste sí, parecía caerse sobre la cabeza de uno.

¡B O U M A L' A L C A Z A R!

Dejaba atrás el guardarropía, cuando un tipo vestido de *smoking* que tenía las mismas dudas que el portero, le salió al paso.

—¡Eh, muchachito! No tan aprisa. ¿Cuántos años tienes tú?

Roger Raymond ladeó su testa morena de largos cabellos que resbalaban por encima de los hombros cubiertos por una cazadora de pana *beige*, clavando sus inquisitivos ojos oscuros en la faz del individuo.

Las pupilas de Roger no sonreían ahora, no.

—¿Cómo dices?

El fulano se metió muy en su papel.

—Que me enseñes la carta de identidad.

El otro descorrió la cremallera de la cazadora, abriéndola, y tiró de la tela para dejar al descubierto la funda sobaquera por encima de la cual asomaba una culata marronácea.

—Esto, *mon ami*... —señalaba la culata sonriendo con los dientes solo—, es un revólver Distinguished Combat Magnum, calibre 357, modelo 586, con un largo de cañón igual a 15,2 cms. que el gobierno me permite llevar para combatir la curiosidad del personal, ¿comprendes?

El celoso guardián del orden estaba muy pálido.

—Bueno... Ya... Es que pareces tan... Sí, sí, debes tener la edad.

Roger siguió enseñándole los dientes.

—¿Puedo, entonces, pasar?

—*Oui, oui*...! Y perdona por haberte...

—De nada hombre mayor, de nada —y siguió su trayecto hacia el interior del local.

A aquellas horas ya había bastante ambiente.

Mucho turista con cara de gilipuetas constatando en directo el encanto de la noche parisiense.

Roger oteó el horizonte buscando encontrar pronto la faz de Yves.

—¡Míralo...! —Ahogó la exclamación para sus adentros.

Y avanzó hacia la barra que se extendía en una proporción de las tres cuartas partes de la extensión del mamparo izquierdo según se entraba. Al fondo estaba el escenario y al pie del mismo, en abanico, las mesas y veladores.

También se distinguía una pista en la que las parejas se movían al impulso de los refregones, estimulados por la música dulzona y

sudamericana que ahora interpretaba la orquesta, en espera de que diese comienzo el espectáculo.

El mostrador estaba concurrido, lógico.

Empinar el codo es algo que seduce al personal de todas las latitudes.

Dime lo que bebes y te diré lo que tardas en ponerte trompa.

Roger sonrió frente a ese pensamiento.

Llegó a la barra y golpeó el hombro derecho de un tipo alto y delgado que le contaba su vida, a base de rollos y mentiras espectaculares en las que él era protagonista, a una rubia bien parida cuyos pechos firmes y generosos atisbaban, provocadores y sensuales, por la entreabierta blusa.

—¡Si vieras la cara que puso el fulano, Mireille! —exclamaba el rollista—. ¡Blanco, oye!

¡El tío se quedó como el papel! Yo sólo le dije: Amigo, la chica ha venido conmigo y se irá...

Roger repitió el golpecito en el hombro.

—¡Eh...! ¿Qué mierda pasa...? —Giró la cabeza.

—Yves, eres un hijo de puta, ¿vale?

Y le metió un puñetazo en la boca del estómago doblándolo al instante.

La rubia se quedó boquiabierta, lo mismo que alguno de los clientes que se hallaban en las inmediaciones.

—Sigan, sigan, no es nada —les sonrió Roger. Matizando—: Se trata de un asunto personal entre aquí, *monsieur* Germain, y un servidor. Pero ustedes a lo suyo, ¿eh?

Nadie tuvo nada que objetar. Excepto la rubia claro.

—¡Tú, crío! —exclamó despectiva—. ¿Es que te has vuelto loco?

La miró con tal frialdad, con tan heladas pupilas, que la hembra se estremeció.

—Vuelve a llamarme crío y necesitarás todos los dentistas de París para que te recompongan la dentadura.

Sin comentarios.

Yves Germain hacía esfuerzos titánicos por llevar el aire a los pulmones y recobrar una postura más digna.

Roger lo atrapó por el cuello de la chaqueta ayudándole a alzarse.

—Eso no se hace, Yves. Un trato es un trato.

Miró a Raymond con ojos estrábicos llenos, eso sí, de rabia.

—¡Eres un...!

—Cuidado con lo que dices, Yves. Un insulto y te parto el alma. Un trato es un trato, ¿no? Te creía más hombre. Y no pasas de ser un vulgar marica de mierda.

—¡De eso nada! —se atrevió a puntualizar la rubia.

—Que te toque el culo a ti no es garantía de su masculinidad. ¿Verdad que no, Yves?

Tragó saliva. Y tuvo arrestos para decir:

—Le diré a la policía judicial que ejerces sin licencia de detective... —Hizo una cruz con el índice y pulgar de la diestra, besándola—: ¡Por éstas!

Roger le clavó, como quien no quiere, la rodilla en la entrepierna.

—¡Aaaaaag!

—Por amenazar, cínico. Ellos lo saben, *mon ami*. Si no me trincan es porque no tienen evidencias claras. Tú no les servirías, cabrito. ¿Te acuerdas del trato?

Yves Germain estaba hecho un ovillo, apretándose contra la barra.

Roger, sin piedad, le incrustó el puño derecho en la cara y lo hizo sangrar.

—¿Te acuerdas del trato? —insistió.

El otro movió la cabeza en signo de aquiescencia para evitar que Roger siguiera metiéndole caña.

—Repítelo. Quiero oírlo...

—Por favor —intervino de nuevo la espectacular y pechugona rubia—, no le pegues más.

—Primero he de saber si recuerda nuestro pacto.

—¡Sí que me acuerdo, coño, claro que sí!

—No se nota —masticó el jovencísimo Roger. Insistiendo de nuevo—: Quiero oír de tus labios de piñón los términos de nuestro trato. ¡Yves! ¿Me oyes?

—Sí, sí... —El tipo estaba dolido y dañado porque los golpes habían sido certeros y demoledores. Hizo un esfuerzo para evitar que Roger se excitase y aumentar la virulencia. Dijo—: Quedamos en que yo no me exhibiría por ahí con tías, que trasladaría mis bacanales eróticas a lugares muy discretos, y tú... tú informarías a

mi mujer sobre el hecho de que sus sospechas eran infundadas dado que era cierto que yo, muchas noches, asistía a la Convención Salvadora Internacional de Exiliados...

—¿Y qué has hecho realmente, hijo de mala madre?

—Bueno... —tartamudeó Yves Germain.

—Te has exhibido por lugares tan discretos y poco frecuentados, silenciosos e íntimos, como La Belle Hélène, Palais Royal, *Madame de Sade*, Folies Bergere y este antro donde nos hallamos, rodeado de pendones como esta rubia...

—¡Oye, oye, creo que te pasas! Yo no me he metido contigo, ¿eh?

—Pero yo sí me meto contigo porque entre el poco sentido común de éste imbécil, su falta de palabra, y cuatro caliente braguetas como tú, su mujercita del alma, gorda como un tocino pero podrida de dinero, me ha retirado la asignación de mil francos mensuales, más gastos, que yo tenía asegurada por sólo informar de las andanzas de este mastuerzo.

¿Entiendes, pendón?

La rubia se alejó de la barra taconeando vivamente.

—Creo que ya está bien, amigo —dijo, de pronto, un fulano muy alto y muy ancho de espaldas que vestía de negro y llevaba pajarita al cuello de su blanquísima camisa. Y puntualizó—: Está usted alterando el orden de la casa. Le sugiero, por las buenas, que se marche.

—Por... «las buenas» —repitió Roger. Preguntando—: ¿Es insinuación, o una velada amenaza?

—Tengo poca paciencia, chaval...

Los dedos de la diestra del joven Roger Raymond, como un obús, se estrellaron en el plexo del gorila quien, por lo inesperado y efectivo del golpe, boqueó. La zurda de Roger, el canto, se estrelló ahora en la frente del menda enviándolo contra una mesa cercana, con estrépito, derribando botella y vasos, alterando con escándalo la intimidad de la pareja, alborotando a todo el exótico personal que en aquel momento se daba cita en

L'ALCAZAR

y armando, en resumidas cuentas, el follón que se armaba en tales situaciones.

Raymond se encaró con Yves.

—Tú tienes la culpa, cabrito.

Y le soltó un juego de restallantes bofetadas en la jeta que acabó de hundir al fulano abajo del mostrador, con nuevos hilillos de sangre en la comisura de los labios.

El muchacho, sacudiéndose las manos, se encaminó hacia la salida del local sin que nadie hiciera intento de interrumpir su trayecto.

Ya en la calle, le sonrió lobunamente al versallesco portero.

—Bon nuit, *monsieur*... —*se burló*.

—*Bon nuit*... —repitió el empleado, consciente de que aquel mocosito la había armado por adentro.

Ya no era la juventud de antes, no.

Roger metió las manos en los bolsillos de la cazadora y echó andar rué Mazarine arriba.

Un chaval cruzó a su altura, voceando:

—¡Especial *Le Monde*..., extra *Le Monde* ¡*Le Monde*, con el crimen horrible del murciélago asesino! ¡*Le Monde*...!

—¡Eh, tú, trae un ejemplar!

Le tendió el periódico y Roger le metió un billete en la mano diciéndole que se quedara con el cambio.

—*Merci, monsieur*!

—Qué poco cuesta hacer feliz a la gente —musitó, desdoblando el diario—. Casi tan poco como poner caliente a un hijo de perra como Yves. ¡Me han jodido los mil pavos por su culpa! Estoy yo como para que vuelen los ingresos fijos. Lo que dice el refrán: «Al perro flaco...». Veamos lo del murciélago... ¡Jo, que son la leche! ¡El murciélago asesino!

¿Dónde estaba lo del murciélago?

Porque el primer titular que le vino a los ojos, decía:

A VANT LA VISITE DU ROI HUSSEIN

A WASHINGTON

LA JORDANIE ET

L'O.

L. P. ONT

CONCLU UN A CORD...

SUR UNE «ACTION POLITIQUE» COMMUNE

—¡El Arafat es la pera! No hay quien lo frene. Es el cuento de

nunca acabar... ¡Y menudo cuento el mío sin los mil del ala fijos cada mes! Tenía que haberle sacado las tripas a ese malnacido y habérmelas comido delante de todo el personal de ese antro para curarles las manías a todos. ¡Puaf, gentuza! A veces me pregunto para qué estoy estudiando leyes... ¡Abogacía! ¡Derecho! ¡Jurisprudencia! Tal como está el mundo lo más práctico es andar con el revólver en la mano como hace cien años en el Oeste y llenarle la barriga de plomo a todo aquel que... ¡Bah! ¡Pero bueno! ¿Dónde está el coñazo del murciélago asesino? Yo he comprado el periódico para divertirme porque esas historias me fascinan...

De media página para abajo.

Allí comenzaba el notición del día con titulares de escándalo.

Faltaría *plus*.

Leyó:

¡HORROR EN EL ZOO!

ESPANTOSO ASESINATO EN EL JARDIN DES PLANTES

¡UNA AUTENTICA HISTORIA PARA NO DORMIR!

Y tras el despliegue espectacular de rotulación y teniendo por fondo, en huecograbado, un trazo a carbón del Jardín des Plantes, seguía el contenido noticiable:

«De siniestro cabe calificar el crimen perpetrado esta mañana en el sector del zoológico destinado a las aves nocturnas, que ha tenido como víctima a la extraordinaria diva del *bel canto*, de nacionalidad soviética, Stanislava Yarkov.

»Fuentes policiales, parcas y esquivas en la información, para variar, han comunicado que sobre las once de la mañana y a requerimiento de un visitante del zoo, se personó en la sección destinada a la vida artificial (por su entorno) de las aves denominadas nocturnas un miembro del servicio privado de seguridad quien, con vivo estupor, se encontró con el cuerpo de una mujer tendido en el suelo, cuyo rostro apareció destrozado, hecho jirones y sin ojos, bañado por un vestigio de sangre, que posteriormente y no sin dificultades sería identificado como el de la soprano rusa Stanislava Yarkov.

»A esta circunstancia, horrenda por sí sola, se unía el hecho insólito, estremecedor y desconcertante, de la huida de un murciélago gigante tras destrozar el cristal de la jaula donde se

hallaba recluso y que, al parecer y según primeras versiones policiales, oficiosas por supuesto, puede haber sido el causante de la brutal muerte de la soprano soviética».

La periodista se extendía en consideraciones e hipótesis sobre lo sucedido, apuntaba teorías por su cuenta, establecía incluso un «diagnóstico» previo, todo ello utilizando un lenguaje morbosamente espléndido, de contenido grandilocuente y vacío, como en realidad correspondía a la noticia.

Y casi al final, apuntaba un detalle curioso, sorprendente:

«Podía ser válida la teoría del murciélago asesino de no ser que en la dependencia del zoo donde se ha cometido el asombroso crimen y en las inmediaciones del cadáver de Stanislava Yarkov, ha sido hallado un tocadiscos japonés, marca Sanyo, en cuyo plato giraba un disco, un *single* de 45 rpm., por la cara cuya grabación correspondía a la *Sinfonía Patética número 8* de Ludwig van Beethoven, lo cual hecha por los suelos...».

Roger Raymond soltó una risotada, exclamando:

—¡A lo mejor al murciélago le gusta la música clásica!

Después dobló el diario metiéndoselo bajo el brazo y musitó:

—Tenía entendido que *Le Monde* era un periódico serio, pero...

¿Por qué no podía ser verdad?

—¡Eso digo yo, claro! ¿Por qué no? Es de lo más normal que un murciélago salga de la jaula y le saque los ojos a picotazos al primero que encuentra. ¡Jo, a lo que estamos llegando! Yo... —Se encogió de hombros filosóficamente—, palabra que no sé por qué sufro tanto. ¿Para qué mierda estudiar? ¡Al carajo las lecciones y los libros! Me saco la licencia de detective como dicen los yanquis... ¡y a vivir que son cuatro días! Y no ese trasiego que llevo, para arriba y para abajo... —Al darse cuenta de que había llegado junto al portal de la finca donde vivía, suspiró. Exclamando—: ¡Vaya día tengo..., vaya día! Hasta me da por las reflexiones depresivas... ¡Roger, chaval, arriba ese ánimo!

Y se coló en el portal, zumbando hacia el ascensor.

Al salir en su rellano se dio cuenta de que la escalera estaba medio a oscuras. Pulsó el botón del piloto de emergencia y comprobó que tampoco funcionaba.

—¡Vaya día, Roger, vaya día...! ¡Hasta la luz «pincha», joder!

Prendió la cerilla al tiempo que se orientaba a tientas hacia la

puerta de su casa.

Le pareció percibir un bulto en las cercanías pero lo atribuyó a las sombras que acababa de crear el resplandor del fósforo.

—¡Eh...! ¡Chissssst!

Pegó Roger un respingo soltando la cerilla para tirar en un santiamén del Magnum distinguido, modelo 586, y dijo:

—Estés donde estés y seas quien seas, te prevengo que si barro en abanico el rellano un pepino u otro te meto en alguna parte del cuerpo... ¿Qué pasa contigo, *cheri*?

—¡Por favor...! Si es verdad que tiene una pistola en las manos... ¡no dispare!

Era una tímida, asustada y dulce vocecilla femenina.

—¡*Ma petite*...! ¿Qué buscas tú aquí a estas horas y con esta oscuridad?

—Al detective Raymond.

—¡Pues estás de suerte, bonita! Porque pese a que no te veo la cara tú debes ser muy bonita, ¿cierto?

—No tengo el ánimo para bromas... —musitaba la vocecita de mujer.

—Pero eres o no muy bonita, ¿eh?

—¡Sí, soy bonita! ¿Quiere encender una luz o algo que se le parezca?

—*Oui*... —repuso Roger, metiendo el llavín en la cerradura de su puerta y haciéndola girar.

—¿Ha dicho que estoy de suerte...? ¿Es usted el detective Raymond?

—Eso dicen... ¡Y la luz se hizo!

Había encendido la del recibidor de la casa. Giró la testa morena de largos cabellos para tropezarse de frente con aquella carita llena de encanto y de pecas, con aquellos luminosos ojazos color ámbar, con la expresión entre confusa y sorprendida de Colette Bouvard.

Y con su exclamación contundente de:

—¡Tú no eres el detective Raymond!

—Cuando yo digo que tengo el día... ¡Ésta es la que me faltaba! Yo ya no soy yo.

¿Quieres ver mi carta de identidad, mocosa?

Colette se crispó y algunas pecas parecieron salir despedidas de su pícaro y agradable óvalo.

—¡Mira tú quien va a hablar! Mucha pistola y mucho rollo... ¿Puedo saber dónde está el detective Raymond?

El muchacho seguía clavado en el centro de la puerta, con esta abierta de par en par, observando con curiosa admiración a la furiosilla pelirroja.

—Me llamo Roger Raymond, si de algo te sirve.

—Entonces... —Se turbó Colette—, tú debes ser el hijo de *monsieur* Pierre Raymond.

—Acertadísima deducción, *cherie*. ¿Quieres pasar o estamos toda la noche así?

—Entraré, sí.

Lo hizo y Roger cerró la puerta tras ella avanzando luego por el pasillo hasta la salita que había en el fondo donde, tras encender la lámpara de pie, se derrumbó en una butaquita.

—Lamento que esto no sea la oficina de un detective yanqui, con su secretaria de infarto...

—¿Y tu padre? —Colette se había sentado frente a él.

—No está.

—¿Cuándo volverá?

—Nunca. No se vuelve de donde él se encuentra.

—¡Macabro! Te complaces en esos detalles, ¿no?

—No. Pero te creía más lista y suponía que ya habrías entendido que mi padre está muerto.

—Gracias por llamarme burra.

—Tampoco es eso. Además, ¡estás preciosa! Y una mujer tan linda como tú no... ¡Oye, *cherie*! ¿Cómo te llamas?

—Colette Bouvard...

Roger la miró con interés y atención.

—Bouvard... —murmuró, como intentando recordar algo—, Bouvard... ¿De qué me suena...? *Voilà*! ¿No serás pariente de Marie Bouvard, la cantante?

Sonrió por primera vez la pelirroja.

—Soy su hermana.

—¡Vaya! ¡El mundo es un pañuelo! ¿Y qué ocurre? ¿Te has escapado de casa?

Colette cruzó las piernas que embutidas en un *blue-jeans* con vetas blanquecinas silueteaba la plenitud de sus muslos lozanos.

—Tienes una capacidad deductiva fascinante. Soy mayor de

edad y puedo escaparme de donde me dé la gana.

—¡Ah! ¿Entonces, para qué buscas a mi padre?

—Una vez tuve un problema con un chico y él me ayudó.

—¡Ah, ya, si! Recuerdo haber leído el informe. Se titulaba... —

Estaba mordiendo el labio inferior con fingida actitud meditativa —, se titulaba... ¡El caso de Colette *la precoz*!

La chica se puso en pie.

—¡Adiós!

Roger salió como una bala tras ella, la atrapó por la muñeca, la hizo girar, y sin pedir permiso la besó en la boca.

Colette le dio una sonora bofetada.

Roger volvió a besarla. Con profundidad, ahora.

La pelirroja alzó de nuevo el brazo... para colgarse del cuello del muchacho.

Cuando sus bocas se despegaron, jadeaban.

—¡Eres un bestia!

—A que beso bien para lo joven que parezco, ¿eh?

Colette, tenía las pecas como tizones enrojecidos.

—Puede..., puede pasar.

—¿Te han besado mejor?

—¡Basta ya, Roger! Esto es ridículo.

—Más ridículo es que digan que un murciélago rompe el cristal de una jaula y le saca los ojos a una... —Se detuvo en seco—. ¡Casualidad de la vida! Tu hermana debía conocer a...

—Cantaban juntas en

L'Ópera

de París, enterado —y lo empujó con dos dedos al fondo de la butaquita de la que se alzara para retenerla con fuerza y besarla con estilo—. Por eso estoy aquí. Aunque he hecho el viaje en balde porque un niño como tú no me sirve.

—No me hagas cabrear y no me hagas que sea maleducado y te demuestre de lo que es capaz un niño como yo.

—¿Cuántos años tienes, Roger?

—Es una falta de delicadeza preguntarle la edad a un caballero, ¿no? —se burló con una gracia natural que muy a pesar suyo estaba cautivando a la pelirroja Colette. Soltó—: Veintiuno.

La chica largó una risita.

—¿Y juegas a los detectives?

—También sé jugar a otras cosas, ¿quieres que probemos?

—Limitado y machista. Toda tu personalidad queda reducida a las demostraciones de catre. Creía que los niños ya habíais superado ese complejo.

—No paras de provocarme, Colette. ¿Hablamos en serio? Dices que has venido por...

—Por lo del asesinato de Stanislava Yarkov. Confiaba en encontrar a tu padre.

—Estoy yo. Soy de su misma escuela. No tengo la licencia... —se dejó ir más hacia el fondo del asiento estirando los pies en el suelo —, ¿para qué engañarte? Pero lo hago bien, ¡de veras! Tengo que pagarme los estudios y...

—¿Qué estudias?

—Derecho.

—¡Vaya! —exclamó ella con una sonrisa amistosa. Añadiendo—: De todas formas, Roger, y sin querer ofenderte ni provocarte ahora, pienso que no estás...

—Estoy, pequeña..., *estoy capacitado*. Y me hace falta el dinero.

—Tengo poco y puedo pagar poco. En la vez anterior le quedé a deber unos francos a tu padre. Ahora es distinto, pero tampoco estoy en...

—Te cobraré precios mínimos. Mi tarifa es muy elástica y puede ajustarse a las circunstancias. Oye, Colette, esto... ¿Tienes con quien pasar la noche?

—¿Me estás proponiendo que duerma contigo?

—Sí, claro. ¿Te disgusta?

Ella, halagada en el fondo, porque Roger hablaba con naturalidad, con limpieza incluso, sin una intención predominantemente lujuriosa, le sonrió picara y provocativa.

Con todas las pecas encendidas también.

—Verás, muchachito de largos cabellos negros y ojitos oscuros de corderito degollado con expresión de nunca haber roto un plato... ¿Te sorprendería si te dijese que no tengo por costumbre acostarme con el primero que me lo pide?

—¡Al contrario! Tengo la esperanza de ser el *number one*, porque yo... Yo te lo he pedido educadamente, ¿no?

—¡Delirante! Eso supones que cambia las cosas, ¿verdad? Roger... pienso que ha llegado la hora de marcharme —hizo intento

de alzarse de nuevo—. *Bon nuit!*

—¿Sin decirme a qué has venido? —inquirió el muchacho, sin moverse ahora, sin hacer ademán de impedirle la salida del piso. Y añadió a modo de respuesta—: Si buscabas un detective, soy yo *eso*. Económico y de la misma escuela que el malogrado Pierre Raymond. ¡Ah!, y necesito el poco dinero que tú puedas pagarme. Estamos hechos el uno para el otro, ¿no te parece?

Colette retornó al fondo del todo de la butaca.

Suspirando:

—¡Aaah! Lucho por evitarlo pero me caes fantástico, muchachito. ¡Tienes algo! ¿A qué ocultarlo?

—*Merci*, bonita del todo. Cuando tenga la tela que se necesita para ese menester nos casaremos tú y yo, bonita de cara, bonita de garganta, bonita de...

—¡Roger!, ya basta, ¿no? Seamos serios, ¿vale?

—Vale, bonita de muchos sitios.

—Eres un detective sin licencia que trabaja como tal para costearse los estudios y que procede de idéntica escuela que Pierre Raymond..., admitido. Te contrato.

—No tengo *champagne* pero brindo en imaginativo alarde. ¿Se puede aguantar lo mío, bonitísima?

—¡Roger, Roger...! —sonrió ella, complacida incluso contra su voluntad y hasta comenzando a olvidar por unos instantes toda su problemática, la gravedad de las circunstancias que la habían conducido hasta el lugar en busca de un hombre que ya no existía—. Quieres que rompa el trato antes de empezar, ¿eh?

—¡Oh, no, *ma chérie*! —fingió desesperación—. ¡No! No me hagas lo mismo que el hijoperra de Yves. ¡Un trato es un trato!

—¿Quién es Yves?

Hizo un gesto despectivo.

—¡Olvídalo, preciosa! ¿Decías...?

—Necesito que averigües quién ha asesinado a Stanislava Yarkov. Y el porqué.

—¿Y a ti qué te importa eso?

—Mucho, detective sin licencia, mucho —dijo. Insistiendo—: MUCHO... con mayúsculas y silabeando. Mi hermana Marie ha sido internada esta tarde en una clínica psiquiátrica de Levallois-Perret como consecuencia del trauma y la disfunción nerviosa que sufre,

acompañada de una fuerte crisis depresiva, provocada por el asesinato de su compañera Stanislava.

—¡Digo yo que no será para tanto! Si cada vez que «palma» una persona, los compañeros de profesión...

—Lo es, Roger, lo es —cortó ella con amarga ironía. Puntualizando—: Es para tanto y para más. Marie... *sabía que eso iba a suceder y no llegó a tiempo de evitarlo.*

Roger la miró con los ojos muy abiertos. Y pronunció una frase cuyo sentido no supo captar Colette.

—*Le Monde* es un periódico serio. Lo creo a pies juntillas.

—¿Qué dices...?

—Divago. ¿Así que tu hermana...? ¿Te importaría juntar las piezas del puzle para que pueda hacerme una idea del dibujo?

—¡Encima escéptico! Y con filosofías infantiles. Marie tuvo un sueño, y en el transcurso del mismo...

Se lo contó de principio a fin. Relatándole también la visita de Marie *madame* Truffaut.

En este punto, el detective sin diploma exclamó:

—¡La vividora de Jeanne! ¡*Voilà!* ¡No sabe nada la tía!

—¿La conoces, Roger?

—Algo... —Fue una respuesta vaga y huidiza. La instó—: Sigue, sigue...

Colette narró las consecuencias preliminares que la Truffaut había extraído del sueño de Marie y su consejo de que impidiera que Stanislava grabase con la novel firma discográfica. Le dijo también que ella había seguido a su hermana hasta el pie del domicilio de la médium y que a su salida la interpelara, acompañándola finalmente al apartamento de Stanislava Yarkov.

—Eso es todo —finalizó. Y dijo aún—: Lo sucedido en el zoo, ya lo sabes.

—¿Cuándo estalló Marie?

—En el momento de llamar a la policía. Y cuando al reaccionar le fue confirmado el asesinato de su compañera rusa, fue el delirio. La hemos internado rápidamente. El doctor Boulongne, psiquiatra que ya la había tratado con anterioridad en esa misma clínica, afirma en principio que Marie sufre un fuerte trauma derivado en parte de la culpabilidad moral que ella se arroga en la muerte de la Yarkov.

—¿Y cree que si averiguamos quién y por qué... desaparecerá esa sintomatología?

—No es seguro —anunció Colette—, pero sí es factible.

—Sí... ¿Y dices que la Truffaut insistió en que convenciera a Stanislava para que no grabase con la empresa que ha fundado el pianista?

—Eso le dijo. Y hablo de sangre. Sangre de la Yarkov, por supuesto.

—Pues merece una solemne estupidez, *ma petite*.

—No te entiendo... —musitó Colette.

Roger Raymond se dispuso a demostrarle a la deliciosa pecosilla que un muchacho a los veintiún años podía hacer un espléndido derroche de intelecto, sobre todo si provenía de la escuela de Pierre Raymond. Y se dispuso a hacerlo con sencillez, naturalidad y sin grandilocuencia.

Anunció:

—Me explicaré, bonita. Esa teoría de la vividora del espiritismo apunta hacia el hecho de que la tragedia sufrida por Stanislava Yarkov, su sangre vertida, tiene muchísimo que ver con el tal... ¿cómo se llama ese tipo?

—George Amadou...

—¡George Amadou, eso! —Y tras la exclamación, prosiguió Raymond—: Es absurdo pensar y estúpido admitir que el tal Amadou tenga algo que ver en el asesinato de la... *única*, ¿me sigues? —Vio el cabezazo afirmativo de Colette—... *de la única persona que por el momento estaba dispuesta a grabar con él*, con su nueva firma discográfica. ¿Estamos de acuerdo, cara pecosa?

—Estamos de acuerdo, muchachito inteligente y melenudo.

—Hay otra cosa que no encaja en el asesinato de la rusa: lo del murciélago. Ese bichejo negro y repugnante no tiene fuerza suficiente, ni en broma, para hacer astillas el cristal de la jaula.

—¡Se trata de un murciélago gigante! —protestó Colette.

—Ni que fuera grande como un gorila, muñeca. La jaula fue rota desde dentro.

—¿Cómo...?

—Espero averiguarlo en su momento —sonrió. Prosiguiendo Roger—: También es chocante lo del tocadiscos, desde luego.

—¿Por...?

—Si el Sanyo estaba allí y ha sido descubierto es porque al asesino así le convenía...

—¡Cierto, Roger! Tú... ¡tú eres un muchachito fabuloso!

—¿Y qué te pensabas, pecosa? Y si el asesino le interesaba que la policía encontrase el tocadiscos con su *single* y todo, significa que es un detalle llamado a confundir las investigaciones.

—Muy complicado para mí...

—La *Sinfonía Patética* está interpretada al piano, ¿no?

—Sí... —apuntó Colette, con timidez.

—Justo para involucrar a George Amadou en el crimen, reforzando así la teoría apuntada por la Truffaut. Y ahora, fíjate si esto puede ser todavía más enormemente complicado y retorcido, admitiendo la culpabilidad de Amadou, dándole como autor del crimen, puede haber dejado esa prueba para inculparse pensando en que la policía le exculpara automáticamente al comprender que él no puede ser tan imbécil como para incurrir en ese error.

—¡Qué lío, Roger! —Se llevó ella las manos a su pelirroja cabeza—. ¿Cuál es tu versión?

—Descarto, en principio, a George Amadou. Insisto en que la jaula ha sido rota por dentro para facilitar la huida del murciélago y crear en torno al crimen esta atmósfera de terror... y pienso, *a priori*, que todo ese montaje debe responder a causas muy complejas. Es cuestión de cambiar impresiones con Amadou, la Truffaut... y constatar *in situ* el ambiente que se respira en L'Ópera de París.

—¿Cuándo empezarás, muchachito?

—Mañana, *cherie*.

—Puedo pagarte un total de seis mil más gastos, Roger. Y anticiparte tres ahora, ¿hace?

Los ojos oscuros del muchacho se agrandaron bastante.

—¿Quieres decir tres..., tres mil, pecosa?

—*Oui*... —Metió la diestra en uno de los ajustados bolsillos rectos del *blue-jeans* y extrajo tres billetes de mil que tendió a Raymond—. ¡Ahí van!

—¡Jo... cómo crujen! —los arrugó entre los dedos de su mano, convertida en zarpa, el detective. Dijo—: Es más de lo que podía imaginar, Colette. Te prometo que voy a intentar hacer un buen

trabajo. El mejor de cuantos he hecho hasta ahora.

—No sé por qué pero confío en ti, Roger —se alzó ella de la butaquita.

—¿Te vas...?

—¡Claro!

—Vaya decepción.

—¿Por...?

—Últimamente me siento muy solo por las noches, Colette. ¡De veras!

—Entiendo —y se inclinó hacia él besándole los labios con fuerza. Diciendo tras la efusión—: Otro día, Roger..., en serio. Hoy no saldría bien. Estoy muy nerviosa por todo lo sucedido. ¿Me comprendes?

—Creo que sí. ¿Otro día?

Alzó la mano derecha, y:

—¡Palabra de mujer blanca y pecosa!

Roger estalló en una carcajada, dominó la cintura de Colette y repitió el beso.

—Eres fenomenal —le dijo después, jadeante.

Ya en la puerta preguntó él:

—¿Dónde te llamo, pecosa?

—¡Ah, sí, me olvidaba! Toma... —le ofreció una tarjeta.

Otro beso y adiós.

Roger Raymond se quedó sólo y muy pensativo. Colette era un buen motivo para pensar porque una criatura maravillosa como aquélla no se conocía a diario.

Colette, sí. Con sus cabellos rojos y sus pecas.

—¡Qué cosita más bien parida! —estalló el detective sin licencia, en voz alta, como complaciéndose al escuchar su propia exclamación.

Sabía que también él le había caído pero que muy bien a ella, sí.

Y ahora, tenía que rematar aquella impresión inicial sorprendiéndola con sus recursos profesionales, con su inteligencia. Que los tenía y la tenía, desde luego.

Pensó... ¡eso!

¿Por qué no visitar a la Truffaut aquella misma noche?

Jeanne se alegraría de verle y de... Y él, no se sentiría tan solo. A falta de Colette, buena era Jeanne.

Eso, sí.

Capítulo II

SE alegraría mucho de verle, sí.

Porque a la Truffaut —Jeanne para los amigos, «Ninet» para los íntimos, para los que se lo hacían con ella entre sábanas—, normalmente y a todas horas, el esqueleto le pedía juerga.

Movimiento y esas cosas.

¿Sigo escribiendo...?

Se alegraría...

El taxi se estacionó delante del edificio al que le habían adjudicado el número 153 de la avenue de Wagram.

—Son siete francos cuarenta, *monsieur*.

—Acabaré por comprarme un coche —y pagó.

—No sé si le saldrá a cuenta con lo de la gasolina, amigo —filosofó el taxista.

—Tiene razón. Esperaré a que vuelva al poder Giscard d'Estaing...

porque a lo mejor la primera medida para congraciarse con el personal es abaratar los crudos, ¿no?

—No.

Puso pie a tierra y vio alejarse el vehículo.

No..., no era fácil que ningún gobierno abaratase los crudos.

La culpa la tenían los cabrones de los moros.

La puerta del 153 estaba cerrada.

Lógico a aquellas horas.

Como lógico hubiera sido usar del interfono.

Pero el muchacho de la cazadora de pana, a veces, sólo a veces, resultaba bastante lógico. Vean sino... que tras asegurarse de que nadie se fijaba en su maniobra, ¡prefirió forzar la cerradura!

Ya no era la juventud de antes, no.

Y es que Roger había aprendido de su padre que el factor sorpresa era importantísimo en todas las facetas profesionales.

Ahora sí, ahora fue lógico. Utilizó el ascensor cuando no hubiera estado nada mal subir a caballo del pasamanos.

Ése, a lo mejor, lo utilizaba para bajar.

Hubiese sido divertido forzar también la puerta del piso pero prefirió jorobarla obligándola a sacar el trasero del catre.

Para eso le dio al timbre.

Silencio en el interior y espera.

Volvió a pulsar el botón.

Insistiendo sin quitar ya el dedo.

—¡Ya va..., ya va! —exclamó una voz femenina con evidente cabreo.

La mirilla se descorrió para que quien estaba dentro pudiera cerciorarse de si era, o no, prudente abrir.

Estupor, sí.

—¡Roger...! *¡Mon Dieu!* Pero... ¿qué haces aquí a estas horas?

—¿Te lo digo o te lo cuento, *cherie*?

—Hoy no puede ser... Tengo sueño.

—¿De veras, Ninet?

—Vete... *Bon nuit!* —Y se cerró la mirilla.

Roger que había sacado el Magnum aporreó la puerta con la culata.

—Esto es un revólver, Ninet. Abre o te salto la cerradura a tiros. Y sabes que no hablo por hablar, ¿eh?

¡Desde luego que lo sabía!

Por eso *madame* Truffaut, que no se había concentrado convenientemente como para tener una percepción extrasensorial acerca de la visita del muchacho, abrió como una centella.

Llevaba eso que se ponen las mujeres para bajar de la cama.

Y como eso, nerviosa que estaba ella, lo llevaba entreabierto... quedaba muy claro que iba sin bragas.

A muchas mujeres...

—¿Sabes lo que te puede pasar por dormir sin bragas, Ninet?

—¡Roger! Te lo pido por lo que más quieras...

—Lo que más quiero eres tú y quiero dormir con lo que más quiero... —Se acarició la mejilla con su propia diestra adelantando el mentón hacia la excitante hembra—. ¿Has visto otro más bonito que yo? ¿Y más masculino? ¿Y más atrevido...?

Se oyeron pasos por el corredor y una voz que se anticipó a la

entrada en escena de su propietario, inquiriendo:

—¿Se puede saber qué pasa, Ninet?

—¡Oh, no...! —Se echó ella las manos a la cabeza.

—¡Vaya, vaya, picarona! Así que estabas encamada, ¿eh?

El tío era grande como un simio con unas espaldas que daban escalofríos. Como venía en calzoncillos se veía demasiado claro que era patizambo.

Roger soltó una carcajada.

—¡Eh, peludo! ¿Dónde has dejado el caballo? ¡Ah, entiendo! Se te ha escapado por el túnel que forman tus preciosas piernas... ¡Ninet, Ninet! ¡Pero...! ¿Cómo te acuestas con eso?

Al otro, pasados los instantes iniciales de perplejidad, le quedó clarísimo que el inoportuno, encima, se estaba riendo de él por la cara.

—¡Mierda de niño! ¡Ahora verás!

Con una de sus manazas podía partir en dos a Roger.

Podía... es un decir.

Hizo intento de cerrar su zarpa diestra en torno del gaznate de Raymond pero éste eludió la embestida con una simple finta. El canto de su zurda «acaricié» el flanco derecho del tarzán patizambo.

—¡Jode...!

La yema de los dedos de la derecha se los hundió en el hígado y al tipo le dio la sensación de que se los sacaba por la espalda.

—No seas grosero, muchachote robusto. ¿No ves que hay damas? Un poco despelotada, pero dama al fin y al cabo. ¿Verdad que sí, Ninet?

—¡Me las pagarás, Roger!

—*Cherie...* Tú no eras vengativa antes, ¿cierto?

El grandullón, sintiéndose muy ridículo, allí medio doblado en tierra y en calzoncillos para más *inri*, se lo jugó todo a una carta. Dominando el dolor que sentía en el hígado, se dejó ir más hacia abajo para descansar las posaderas en el mosaico y estirar una pierna con la noble intención de clavarse el pie a Roger en sus atributos penduleantes.

Estuvo en el canto de una moneda que lo consiguiera.

Raymond, tras eludir el punterazo, atrapó el tobillo del tipo y se lo retorció al tiempo que le pisaba el otro tobillo, aplicando lo que en lenguaje del catch era un «torniquete».

El menda dijo algo acerca de la madre del muchacho pero se arrepintió al instante, cuando Roger intensificó la presión.

—¡Aaaag!

—Di me rindo, grandullón.

—¡Me rindo, me rindo, me rindooooooo!

—¿No te da vergüenza?

—¡Roger! —estalló la semidespelotada—. ¿No te parece que ya está bien?

—¿Le dirás a este que se vista y se marche?

Se anticipó el tipo a la respuesta de Jeanne Truffaut.

—¡Me iré, me iré, se lo juro! ¡Pero suéltame de una puta vez!

Lo hizo. Y le enseñó la Magnum con el cañón por delante.

—Si faltas a tu palabra yo te hago un ojal en la tripa, ¿vale? Un trato es un trato.

El patizambo se tapó su simiesca naturaleza en mucho menos tiempo del que se emplearía para explicarlo y salió a escape del piso de la Truffaut.

—¿Te parece que está bien lo que has hecho, Rogers? —inquirió ella, fumándose un pitillo, cuando quedaron solos.

—Despatarrada así encima de la cama estás muy grosera, Ninet. Pierdes feminidad.

—¡Vete a la mierda, payaso! ¡Mira tú quien me va a enseñar moral ahora!

—Si insistes en tu plan borde te voy a tocar la cara, Ninet.

La mujer tiró el cigarrillo con furia a un extremo de la habitación. Saltó del lecho como una centella y se puso delante de Roger con los brazos en jarras, roja como la grana, preguntando:

—Pero ¿quién te has creído que eres tú?

—Hasta hace poco un señor que te ponía muy a gusto en el catre... ¿o no?

Los brazos que estaban en jarras se colgaron del cuello de Roger Raymond y los labios voluptuosos de Jeanne buscaron la boca cínica pero masculina del detective, donde ella sació, succionando la lengua de él, parte de su desbocada pasión.

Roger besó la garganta, para después morder sus labios, bajando para tomar autoridad sobre los pechos.

Jeanne se estremeció cuando él jugó a fondo con los pezones.

—¡Aaah! ¡Ladrón, ladrón...! —Se refregaba contra él—. ¡Me

vuelves loca!

El detective sin licencia, consciente de que la tenía caliente perdida, dejó de estimular las zonas erógenas de aquel exhaustivo y escandaloso cuerpo, inquiriendo inesperadamente:

—¿Qué me dices de Marie Bouvard, *cherie*?

A la Truffaut, tras demostrar la perplejidad que le producía una pregunta que en aquellos instantes sólo podía calificarse de estúpida e imbécil, le faltó poco para patalear de rabia y coraje ante la retirada de los mimos lujuriosos que Roger había estado desencadenando sobre ella.

—¡Tú estás loco, muchacho! Me besas los pechos y los abandonas para, para...

¡Muérete, Roger Raymond!

—Espero una respuesta, Ninet.

—¡Oh, oh, Dios mío! Dame cordura para no... ¿Marie Bouvard dices? ¿Y qué tienes tú que ver con la neurasténica ésa?

—Me impaciente, Ninet —Roger se acercó a ella, amenazador ahora—. Yo soy quien pregunta. Neurasténica... pero le sacas la pasta, ¿no? Porque está neurasténica, desde luego, porque de lo contrario no se tragaría tus montajes espiritistas. Espero una respuesta, *ma petite*.

—¡Buuuuu! —Se tiró otra vez encima del lecho y prendió un nuevo pitillo aspirando con rabia y fruición.

Metió la tupida columna de humo entre ella y Roger.

—Ha venido esta mañana para contarme uno de esos estúpidos sueños que tiene con frecuencia. ¡Está neurótica pérdida!

—Y Stanislava Yarkov está muerta pérdida, Ninet. ¿Te dice algo eso?

—¡Bah... —Echó otra columna de volutas retorcidas al tiempo que agitaba, displicente, una mano en el aire—, simple casualidad! Una más de la vida.

—Ella vio el murciélago en sueños... ¿Casualidad también?

—En lugar de meternos en la cama y pasarlo bien como otras veces estás dispuesto a complicarme la existencia, ¿no? ¡Para eso podías haber dejado que se quedara Maurice!

—Golf... No piensas más que en darle gusto al cuerpo. Hay cosas más importantes.

Como por ejemplo las indagaciones de todo un señor detective

como yo... ¡No estás a la altura, ya lo veo! ¿Qué hay del murciélago, lúbrica visionaria?

—No tengo respuesta para eso a no ser que te repita lo de la casualidad.

—Demasiadas casualidades, ¿no?

Se encogió la mujer de hombros.

—El detective eres tú... ¡digo yo! ¿No?

—Sin dártelas de graciosa... —Inició de nuevo avance hacia el lecho con una fría y peligrosa sonrisa en sus labios cínicos—, porque acabaré tocándote la cara, ¿estamos? —Vio que ella entendía porque estaba en la inteligencia de que Roger era muy capaz de hacer lo que anunciaba, y siguió—: ¿Por qué le has dicho que debía convencer a la Yarkov de que no grabara con esa nueva compañía discográfica fundada por el tal Amadou y su socio?

—¡Vaya coñazo con la Bouvard, Roger! ¿Te pagan por eso?

—Me pagan, sí. Y no tengo porque darte explicaciones. ¿Decías...?

Volvió la bella y semidesnuda Jeanne a encogerse de hombros.

—Me he limitado a decirle lo que ella quería escuchar.

—Matiza, Ninet.

—Esa gente, Roger, está obsesionada con el sueño, las visiones, el espiritismo, las interpretaciones oníricas y una serie de sandeces que harían troncharse a un niño. ¡No viven! Es una auténtica psicosis... Yo dudo de que haya sido un sueño.

—¿Entonces? —interrogó el muchacho.

—Estoy por asegurarte que la Bouvard consume anfetaminas y eso le produce fases alucinógenas; ya te he dicho que es una «pirada». Incluso pienso que le atiza al codo y es probable que sea alcohólica.

—Y su voz, ¿qué?

—¡Más fármacos para contrarrestar los efectos del alcohol! De ahí las alucinaciones y la neuritis que se está adueñando de su entorno psíquico. Lo de Marie es un problema psicosomático.

—Colette no me ha hablado de eso.

La mujer se puso en guardia. Se puso de mala leche para ser concretos.

—¿Colette...? ¡Mierda! ¡Ahora lo entiendo! Te ha comido el coco esa mocosa, ¿eh?

—Ninet que te la estás jugando...

—¡Me da igual! ¡Revuélcate con «cara de pecas» si es tu gusto! Pero tendrás que iniciarla en el abecedario... ¿O piensas que *sabe* más que yo? ¡A lo...!

—Ninet que te pasas... —la cortó a falta de: «... peor, ¡sí!».

—Colette no sabe de la misa la mitad por lo que a su hermana se refiere. Ha estado aquí, a veces, acompañándola.

Y aunque me jode que te sorba a ti el intelecto y lo que no es...

Saltó encima del catre y le dio en la cara haciendo saltar el pitillo en su boca.

—¡Cerdo!

—Eso es, Ninet. Insúltame a mí pero deja a la chavala tranquila, ¿hace?

Estaba roja tanto de ira como del par de bofetadas.

—Has venido a estropearme la noche y... ¡y a todo menos a complacerme!

—Se hace camino al andar, prenda. ¿Qué me contabas?

—Marie procura llevar muy en secreto su doble vida para que Colette no se entere de la película. Ese Amadou de la compañía de discos bebe los vientos por la Bouvard mientras que ella se da el filete con un barítono llamado Anastas Tchenko. El tío es una medianía profesionalmente y si continúa actuando en

L'Ópera

es gracias a la influencia de Marie acerca del director artístico Honoré Ardouin. Anastas es más joven y la pone a gusto, aunque en el fondo la Bouvard querría aceptar la compañía de George Amadou.

—¡Vaya con Marie! —No pudo por menos que exclamar Roger Raymond—. Ya decía mi abuela que en el mundo del espectáculo todo está podrido.

—¿Y qué te pensabas, niño bonito? ¿Que las cosas son como se ven de escenario afuera? ¡Ni hablar! Esa gente es basura... Peor que nosotros.

—Habla en singular, grosera.

—¡Estás insoportable, *cherie*!

—Yo no me tengo por basura, pequeña.

—Lo que tú digas, detective aficionado. Volviendo a Marie, ella querría vivir de día con George, y de noche, meterse en la cama con

el ruso. Hay muchas de ese parecer... ¡y así acaban!

—La ha metido en una clínica. Está traumatizada por la muerte de Stanislava Yarkov.

—Lógico...

—Aunque eres una timadora no ignoro que en el fondo, a veces, piensas...

—*Merci*, Roger! Es la primera cosa agradable que me dices desde que has irrumpido en mi casa.

—De nada, Ninet. Decía... ¿Piensas que tiene solución el problema de azotea que presenta Marie?

—Con un tratamiento adecuado, sí. Y ahora lo tendrá porque en la clínica se le acabaron los fármacos, la botella... etc.

—¿Es importante que yo averigüe quién y por qué mató a la Yarkov? Importante para Marie, se entiende.

Ninet para los amigos muy íntimos que se lo hacían con ella entre sábanas prendió un tercer pitillo. Inhaló el humo con fruición y tras lanzar una bocanada al vacío, asintió:

—Sí. Creo que sí. Muy importante.

—¿Has leído el periódico de hoy, muñeca?

—Lo he leído, sí. ¿Quieres saber mi opinión?

—Por supuesto, Ninet. Creo haber admitido que hasta piensas con lo que tienes debajo del pelo, ¿no?

—¡Siempre ofendiendo, *mon Dieu*! En fin...

—Opina, combinado lujurioso.

—¿Y luego...?

—Sin condiciones, *cherie*.

—*Voilà*, ¡siempre me toca perder! —Encogimiento de hombros, humo al ámbito, y—: Opino que hay alguien que conoce a fondo la problemática de Marie Bouvard y la está utilizando.

—¿Qué quieres decir exactamente, Ninet?

Le ofreció ella una sonrisa equivalente a: «¡Vaya, inteligente! Parece que te interesa lo que se puede cosechar debajo de mi pelo, ¿eh?», y dijo:

—A una mujer como Marie Bouvard, con su cuadro psíquico, no es nada difícil sumirla en un letargo y... *convencerla después de que ha soñado tal o cual cosa*, ¿me explico?

—¡Joder si te explicas!

—Eso luego, ¿no *mon amour*?

Como si no lo hubiese oído, continuó Roger:

—A ver, a ver, si yo te he entendido bien. Hablas de alguien que conoce la problemática mental de Marie, que la induce a un sopor y la convence de que ha soñado que un murciélago, etc., etc. Ese alguien es sin duda el asesino porque sólo él sabe lo que *va a hacer* con Stanislava Yarkov.

—¡Matrícula de honor en asignatura de deducción! Eres brillante, canalla. Apuesto, deseable, buen macho y brillante. Que más se pude pedir de un hombrecito de veintiún tacos, ¿eh?

—¡Eso digo yo, cachonda mental! ¿Por qué utiliza a Marie?

—Tendrás que averiguarlo, brillante. A tanto no llego. Pero sí puedo decirte que es alguien vinculado a

L'Ópera.

Observa que todos los personajes que maneja y los resortes que emplea están ligados al teatro... Marie y el piano que ve en el supuesto sueño interpretando la *Sinfonía Patética* que ella califica como de «Macabra Melodía»; el piano se conecta con George Amadou, el profesor que acompaña a los cantantes en sus ensayos; y el piano, a la hora de la trágica realidad se convierte en un tocadiscos en cuyo plato hay un microsurco con la macabra melodía que Marie ha escuchado en el teórico sueño. Por último, la víctima es una soprano de

L'Ópera

de París. ¡Tatachín!

—Me pregunto el porqué de todo eso, Ninet.

—Cuando lo sepas sabrás quién mató a Stanislava Yarkov y las razones de esa absurda escenografía en el Jardín des Plantes. Aunque... ¿Sabes qué pienso al respecto?

—Sorpréndeme, bonita. ¡Te estás ganando un orgasmo de paraíso!

—¡Dios te oiga! Pues pienso, Roger, que la persona que ha montado ese tinglado maquiavélico tampoco anda muy sobrada de salud psíquica. Se puede cometer un crimen, ¿quién dice que no? Pero rodearlo de esa impresionante coreografía morbosa habla de falta evidente de equilibrio mental.

—O de una patente finalidad de sumir el mundo de

L'Ópera

de París en una atmósfera de terror y angustia. Y esa finalidad

puede estar razonada en función de un interés personal. Quizá nuestro asesino no esté tan loco...

—¡Hablas en singular tú ahora!, ¿eh? Que yo sepa no es mi asesino... —Hizo un signo exorcista acompañado de una forma con los dedos de la diestra—. ¡Dios me proteja! Oye, Roger, en serio...

—¿Sí...?

—Por qué me metes en ese lío, ¿eh?

—Porque ya me han dado tres mil francos a cuenta y me hace falta la pasta.

—¿Colette...?

—Colette.

—Yo tengo algún dinero, Roger... —apuntó ella, procurando no ser insultante con la insinuación—. Acéptalo. Ya me lo devolverás algún día. Cuando seas un abogado famoso, por ejemplo.

Raymond sonrió, acercándose a Jeanne para besar sus labios con cariño y sin asomo esta vez de motivaciones eróticas.

—Gracias, muñeca. Bromas aparte sé que eres noble de corazón. Las mujeres como tú acostumbran a tener buenos sentimientos.

Los ojos de la Truffaut se humedecieron y tuvo que esforzarse por dominar aquel amago dramático.

—No sé si me halagas o si me insultas una vez más, Roger.

—Digo, simplemente, la verdad —volvió a besarla suave y—: *Bon nuit, chérie!* Perdona que en algunos momentos haya sido tan grosero.

—¡Roger...!

Estaba en el umbral de la puerta del dormitorio.

—¿No te quedas? —articuló, nerviosa, brincando sus pechos por lo agitado de la respiración.

—Esta noche no, *ma petite*. No estaría a la altura.

—Voilà! ¡Tiens...! ¿Por qué?

—Me parece incorrecto tratar de hacerle el amor a una mujer mientras se piensa en otra. Traición psíquica, ¿no le llamarías así?

Jeanne Truffaut se crispó toda ella.

No pudo contener, como deseaba, la pregunta.

Y claro, la formuló. Con temor diríase:

—¿Co... Colette?

Él fue brutalmente sincero:

—Colette, sí.

La mujer se dio la vuelta para golpear la almohada, furiosamente, con los nudillos.

—¡Maldita sea mi...! ¡Mierda de niña que se ha metido en medio!

Dio la vuelta de pronto, para decir:

—¡Me da igual, Roger! Piensa en ella si quieres pero...

Se guardó él: «¡Quédate!».

Porque Roger Raymond, mucho más sigilosamente que al llegar, había salido del dormitorio.

Y del piso.

Y dejaba ya atrás el oscuro y silencioso vestíbulo del edificio al que le asignaran el número 153 de la avenue Wagram.

—¡Aaaaah! ¡Asco de vida! ¿Y ahora qué hago yo...? Podía haber dejado que al menos Maurice... ¡Oh, no, no! ¡Era a Roger a quien yo...!

Se tapó la cabeza con las sábanas.

Después saltó del catre, enfurecida, con las mejillas rojas como tizones, corriendo a la ducha.

Y es que el agua fría va bien para los nerviosos, los locos y los y las...

Eso, eso que piensan.

Como Roger no podía quitarse del pensamiento la dulce carita de Colette, sus graciosas pecas, su expresión de niña tímida y precoz a la misma vez, el rítmico vaivén de sus pechitos menguados pero sugestivos, la redondez de sus espléndidas caderas...

Y aquel cabello tan rojo como las llamas del infierno.

—¡Al infierno iré yo a parar si continuó pensando lo que estoy pensando! Ya lo dijo el filósofo, ya. Y los filósofos entienden de eso... ¡vaya si entienden! «¡La mujer es carne de pecado por recatado que sea su bañador!».

El taxi, con la tarifa nocturna y correlación en el importe de la carrera con el aumento últimamente experimentado por los crudos, lo dejó, eso sí, en la puerta de casita.

Que era de lo que se trataba, por supuesto.

—Ocho francos, cuarenta.

—¿Ocho...?

—Eso he dicho, *monsieur*.

—¡Un franco más que antes, jope! Mientras que por un lado me

quitan mil de fijos...

—No entiendo nada de lo que dice, señor.

—¡Ni puta falta que hace, compañero! Toma tus ocho cuarenta y buenas noches.

El taxista sacó la cabeza por la ventanilla para fijarse más detenidamente en su pasajero, que ya se perdía por el oscuro portón.

—*Bon nuit...* —Y en voz queda, masticó—: ¡Tan joven y ya está como una chota! Lo que yo digo, ¡se ponen ciegos con los porros y acaban «pirados»! ¡Vaya mierda de juventud, vaya! Y pensar que yo... ¡Bah! ¿Para qué?

Puso el vehículo en movimiento.

Antes de meterse entre sábanas y soñar con Colette, que supuso mucho más agradable que soñar con murciélagos y melodías macabras, Roger se dijo que le esperaba un día muy agitado.

Porque a la mañana siguiente pensaba tener un cambio de impresiones con algunos protagonistas de L'Ópera.

Como George Amadou y Anastas Tchenko, por ejemplo. Sin olvidar al director escénico, o musical, o lo que fuera: el tal Honoré Ardouin. Porque éste podría hablarle del resto del personal y se evitaría muchas entrevistas.

Había gente que se sentía incómoda delante de un detective... aunque no tuviera licencia.

—Tampoco voy a decirles que no la tengo...

Vio a Colette enseguida.

E hizo el amor con ella... más tarde.

¡Lo que es el poder de la mente!

Capítulo III

ALBERT RENARD, inspector jefe de la policía judicial de París, dependiente de la Sûreté Nationale, había ordenado que a primera hora de la mañana se reuniese todo el personal integrante del teatro de

L'Ópera

—elenco musical y artístico, tramoyista, electricistas, peones y miembros del servicio de conservación y limpieza— en los pasillos adyacentes a los salones de maquillaje.

Allí, conjuntamente y uno por uno, fueron interrogados acerca de la desaparecida Stanislava Yarkov.

Lo de siempre, claro: si era simpática o antipática, amistades, enemigos, posibles o supuestos, etc., etc.

Y como de costumbre, poco o nada en claro sacó la policía de aquel rutinario interrogatorio.

Pero había que hacerlo, sí.

Robin Lebrun, delegado del gobierno en el teatro y administrador del mismo, inquirió:

—¿Tienen alguna pista, inspector?

Movió la cabeza ambiguamente.

—Apenas si nos creemos que lo sucedido ayer en el zoo pueda ser realidad.

—¡Pues tienen ustedes que hacer algo!, ¿eh? Los periódicos llevan el nombre del teatro por bandera y la gente nos va a tomar manía. ¿Se imagina usted la platea desierta, representación tras representación?

El policía miró al otro airadamente.

—¿Y qué... *mon ami*? Es su problema, ¿no? Mire, *monsieur* Lebrun, el contribuyente me paga por evitar cosas que no consigo evitar y también para que en parte las arregle ya que no las he podido evitar. ¿Cómo las arreglo? Procurando meter entre rejas a

los que perturban la paz y el orden. Pero... ¡Pero todavía no me han hablado de una prima por conseguir que usted llene su teatro!

—Está bien, está bien...

—¿Se cree que la prensa no me va a echar a mí la opinión pública encima? —se lamentó el inspector—. ¡Pues claro que van a hacerlo! O sea, que por la cuenta que...

—Perdone, perdone —se excusó el administrador de L'Ópera

—. No he querido molestarle.

—Nadie quiere molestar pero todo el mundo anda dando por... ¡Ah!, si alguno de ustedes tiene que ausentarse de París por la causa que sea, antes, oigan bien: ANTES... debe ponerlo en conocimiento nuestro y obtener el permiso para abandonar la ciudad.

Bon jour, *monsieurs*!

Y se largó pasillo arriba en busca de la salida.

Honoré Ardouin, director artístico, dijo:

—Sugiero que vayamos a mi despacho, Robin.

—*Oui*... —musitó el administrador.

Honoré, viendo que la última persona que estaba en las inmediaciones iniciaba la retirada para reintegrarse a sus ocupaciones, llamó:

—¡Eh, George, no te marches! Ven, por favor.

George Amadou, pianista y responsable de los ensayos, ladeó la cabeza:

—¿Me llamabas, Honoré?

—Sí. Acompáñanos.

—Sí, claro. Voy...

Se encerraron los tres en el despacho del director artístico. Y una vez acomodados, anunció Ardouin:

—Tenemos delante nuestro una papeleta de aúpa.

—¿Por...? —apuntó con timidez y como ausente, Robin Lebrun.

Honoré forzó una seca y áspera carcajada.

—¿Por...? ¿Y lo preguntas tú? Acabas de decirle al inspector Renard que vamos a encontrarnos con la platea vacía a causa de la deplorable propaganda que nos hacen los periódicos en tanto no se esclarezca el asesinato de la pobre Stanislava... ¡y tienes razón, Robin! Nos encontraremos con el teatro vacío no sólo por esa razón. ¿Sabes que estamos sin soprano? La Yarkov terriblemente muerta y

la Bouvard terriblemente loca...

—¡Por favor, Honoré! —exclamó el pianista, interrumpiéndole. Puntualizando con cierto nerviosismo—: No estás siendo justo con Marie...

—¡La estimo y quiero tanto como tú, George! Pero hemos de rendirnos a la evidencia de que algo no anda bien en su cabeza.

—Sí, sí, pero es pasajero, Honoré. Dentro de una semana estará en perfectas condiciones de salir al escenario. Su sistema nervioso se ha visto profundamente afectado por el horrible asesinato de Stanislava. Hasta cierto punto me parece muy lógico, ¿no?

Tenemos diez de descanso por delante y en este período de tiempo, se repondrá. Marie estará en toda su línea para debutar de nuevo con *Madame Butterfly*, de aquí a diez días.

—¡Pero no podemos arriesgarnos! —estalló el director artístico del teatro de

L'Ópera.

Honoré Ardouin era un tipo macizo. No por guapo y bien hecho sino todo lo contrario.

Era un asquito pero redondo como una butifarra. Obeso, macilento, bajito y regordete, atributos o despropósitos físicos que lo hacían aparecer como una mesa camilla con piernas, calvo y con papada. En su brillante y grasienta cabeza, Honoré, no tenía ni un pelo de tonto. Tampoco de listo, claro. Aunque al decir que algunos cuando la frente se prolongaba como en el caso de Ardouin, hasta el cogote, era señal de inteligencia.

En la vida los hay que tratan de arreglarlo todo y siempre, al final la gagan.

Honoré no se tenía por muy listo pero tampoco era idiota. Él lo sabía. Y también sabía que en

L'Ópera

solía hacerse su voluntad, o la de Marie Bouvard a través de él. Pero Marie, ahora, estaba acabada. Y lo que él sintiera por ella tenía que quedarse a un lado.

Su obligación principal era luchar por la continuidad del teatro y porque éste mantuviera su posición de privilegio en el *ranking* mundial.

Robin Lebrun y George Amadou guardaban silencio. Como esperando que Honoré dijese algo más.

Algo que ellos intuían pero que no se atrevían a empujar.

Ardouin se restregaba los dedos de la derecha, que parecían morcillas, entre los de la izquierda. Y hacía incluso crujir las articulaciones, detalle éste cuya acústica enervaba al administrador.

—¡Para ya con los dedos!, ¿no?

Honoré parecía esperar aquella exclamación rompiendo el súbito silencio para lanzarse y decir.

Repetir:

—¡No podemos arriesgarnos, amigos! Hay que contratar inmediatamente los servicios de una soprano. Extenderle un contrato beneficioso, sin condiciones, aunque no hace falta que ella sepa este detalle...

—¿En quién has pensado, Honoré? —preguntó Lebrun.

Hizo un gesto que venía a significar algo así, como: «He pensado en lo mejor». Dijo:

—Gina Corbello.

—*Voilà*, —exclamó el pianista—. No querrá venir. Ésa está bien atrapada en L'Scala.

—¿No querrá... —inquirió Honoré Ardouin con una sonrisa mefistofélica— o *tú no quieres que venga*, George?

Amadou cambió de color. Su rostro chupado de pronunciados mentones que le daban, a veces, una apariencia siniestra, cobró una lividez casi cadavérica.

—¿Por qué no iba yo a...? —Inició, con ligero temblor de voz.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos, George? —le atajó el director artístico.

—Dieciséis... quizá más, no sé.

—¿Suficientes, no te parece?

—Sí...

—¿Crees, entonces, que hace falta que maticemos por *qué* no quieres o te resistes a la idea de que incorporemos a una nueva soprano?

Lanzó un profundo y ahogado suspiro.

—¡Bien...! Bien, Honoré. Pero insisto en lo de antes: estás siendo muy injusto con Marie Bouvard.

—Seguirá percibiendo religiosamente sus haberes.

Ahora, George Amadou, rompió en dos secas y amargas

carcajadas.

—*Mon Dieu*, Honoré! Nunca habría llegado a imaginar que tú... ¡Tú! Pero ¿cómo te atreves a pronunciar semejante irreverencia? ¿De veras piensas así? Te compadezco entonces, *mon cheri* ¿Qué es para ti una soprano, una cantante de ópera? ¿Una máquina de hacer gorgoritos que duren el mayor tiempo posible? ¡Oh, no, no... —se lamentaba con gestos y aspavientos grandilocuentes—, tú no puedes hablar así! Tú estás obligado a conocer el entorno sentimental de una mujer que se ha forjado como tal y como cantante en las tablas de un teatro como el nuestro.

—No se vive de sensiblerías, George —intervino Robin Lebrun.

—¡Estáis locos los dos, Lebrun! Sólo me faltaba oírte hablar así a ti también. ¿Os habéis parado a pensar que Marie cantaría gratis, GRATIS, renunciando a ese sueldo que vosotros pensáis seguir pasándole religiosamente?

—Se acabó la polémica —habló de nuevo el administrador de L'Ópera.

Y encarándose con Ardouin, inquirió—: ¿Qué hay de la Corbello?

—Esta mañana me llamará nuestro representante en Roma... Ettore me dijo a última hora de ayer que todo estaba prácticamente hecho.

—¡Perfecto! Ahora sólo nos resta esperar —Robin se frotaba las manos— que la policía haga bien su trabajo y nos veamos libres de publicidad contraproducente.

—¡Me dais asco! —estalló George Amadou, poniéndose en pie—. Publicidad contraproducente... ¡Tendría que caerse la cara de vergüenza al pronunciar esa frase, Robin! ¿No te has parado a examinar que esa propaganda, nefasta para tus intereses...?

—¡Intereses del teatro, George! —estalló el otro.

—¡Mierda, Robin, mierda! ¡Mientes, mientes con toda tu boca! A ti solo te preocupa Robin Lebrun... primero tú, después tú y siempre tú. Y como a Robin Lebrun le interesa que

L'Ópera

marche para que los políticos le den palmadas en los pasillos del parlamento o donde coño sea, ¡por eso te preocupas del teatro! Si no... ¡ya podrían irle dando por el saco a

L'Ópera!

¿A qué engañarnos, Robin..., a qué? Y antes, cuando me has

interrumpido, iba a decirte si has pensado por un solo instante que esa publicidad negativa nace del hecho triste, lamentable e irreversible, del asesinato de una joven soprano llamada Stanislava cuya brillante carrera ha quedado cruelmente truncada. ¿Has pensado en eso, Robin Lebrun?

—Tú mismo acabas de decirlo, George: irreversible. ¿Puedo solucionar algo desesperándome? ¿Le devuelvo la vida a la Yarkov si me pongo a llorar como una plañidera?

—¡Me dais asco... los dos! —Y tras la despectiva exclamación, el pianista salió del despacho cerrando con un sonoro portazo.

—Es una buena persona... sí —se lamentó Honoré Ardouin con elocuente ademán. Añadiendo—: Y es una verdadera lástima que siempre anteponga el corazón al cerebro.

—Por eso no ha llegado nunca a ninguna parte —agregó Robin. Y fue más lejos, agregando—: Con eso de la compañía de grabaciones, ¡a fracasar! Amadou no tiene carácter para regentar un negocio porque los negocios no tienen entrañas y él, no se ha enterado todavía de eso.

—Ni se enterará en la vida —sentenció el director artístico. Matizando—: Pero el problema de George y Marie... es otro.

—¡Ya, ya lo sé, Honoré! Es del dominio público. Amadou está ciego por la Bouvard. En fin... ¿qué quieres que yo te diga?

—Nada, nada que yo no sepa, *mon ami*. Te avisaré enseguida que tenga noticias de Ettore Manni desde Roma.

Robin se alzó de la silla.

—¿Estás convencido de que conseguiremos traer a la Corbello?

—¿Cuándo he fallado yo en una gestión, Robin?

—Nunca... que yo sepa. ¡Hasta luego, Honoré!

—Hasta luego...

El delegado del gobierno y administrador del teatro de L'Ópera

salió del despacho del director artístico, cerrando con suavidad.

Ardouin, satisfecho de sí mismo, se recostó contra la forrada butaca echando atrás la bola de billar que tenía por cabeza. Suspiraba, pensativo. Él, en silencio, también amaba a Marie... ¿Amaba o *había* amado? No estaban muy claros los conceptos, no. Fuera como fuese sentía algo muy profundo por la Bouvard. Y sin que nadie lo supiera se resistía a la idea de tener que sustituirla...

pero las circunstancias se imponían. Aquella misma tarde acudiría a la clínica a visitar a Marie... ¡pero ni le nombraría tan siquiera a la Corbello!

Por el amor que le tenía.

O por el que le había tenido.

Simplemente por humanidad sí se quería...

Pero ahora había que contribuir a que Marie emergiese de aquel pozo confuso de agobiantes y negativas emociones, que escapara al oleaje turbio que convulsionaba sus mecanismos psíquicos...

Cuando estuviese recuperada tiempo habría para las explicaciones. Para justificar determinadas actitudes y posturas.

Ahora, nada.

Iría a verla, sí.

Marie seguía siendo muy hermosa.

Muy deseable incluso...

Cherchez la femme!

Enfrascado como estaba en sus pensamientos y veleidades erótico amorosas, le sobresaltó el repiqueteo del teléfono.

—¿Sí...? —Se hizo con el auricular.

Le llegó la vocecita suave de la telefonista del teatro.

—Una señora pide por usted, *monsieur* Ardouin. Pero se niega a dar su nombre.

—No te preocupes, Pascalle... —Y echando al hilo una risotada casi grosera con la que celebraba la «gracia» que iba a soltar seguidamente, exclamó—: ¡debe ser una de mis admiradoras! ¡Je, je, je! Anda, pásame la llamada.

—Le pongo, sí.

Unos segundos y otro registro femenino, aguardentoso y resquebrajado éste, inquiriendo:

—¿Es *monsieur* Honoré Ardouin?

—El mismo. ¿Quién llama?

—¿No reconoce mi voz, *monsieur* Ardouin?

El director artístico del teatro de

L'Ópera

hizo un esfuerzo por asociar aquella voz cascada y disonante con la de alguien que conociera. Trató de establecer un paralelismo de familiaridad, pero...

—No, no la reconozco. Mejor me lo dice usted, ¿no?

—Tranquilo, *monsieur*, por favor...

—Estoy muy tranquilo, señorita. ¿Dejamos de jugar a los enigmas y adivinanzas... si le parece, *madeimoselle*?

Un silencio, casi tenso y perceptible, al otro extremo del cable.

Después, como en un rezo pagano:

—Soy..., soy Stanislava Yarkov, *monsieur* Ardouin.

Se le heló la sangre en las venas.

Y hasta los cabellos que no tenía, se le erizaron.

—*Bon Dieu!* Usted... ¡usted está...!

—No estoy loca, *monsieur*. Tuve que fingir y escenificar mi asesinato para evitar males mayores.

—¿Males..., males mayores? —repitió el director artístico de L'Ópera, como alelado.

—Existe una terrible confabulación para sumir L'Ópera

de París en un océano de sangre y un continente de terror... ¡algo horrible de veras, *monsieur* Ardouin! Lo descubrí casualmente... y desde ese instante supe que tenía que *morir* si no quería que me asesinasen de manera real.

—Así..., así que... —Temblaba la mano que sostenía el auricular —, ¿usted está viva, *mademoiselle* Stanislava?

—¿Habría con usted si estuviese muerta?

Rió seca y apagadamente. Lo mismo que si sonriera un cadáver.

—Esto... ¡no, no, claro!

—Hemos de vernos al instante, *monsieur* Ardouin. De usted y de mí depende ahora el futuro de L'Ópera

y la vida de muchas personas. Incluso... *la suya*.

—¡Por Dios...!

—Le aguardo dentro de veinte minutos en el mismo lugar donde..., donde en teoría se cometió mi asesinato.

—Pero... —Estaba torpe e incoherente—, yo... esto... ¡Stanislava! ¿Me oye...? ¿Está ahí?

¡Clic!

No estaba allí, no.

Había colgado.

Honoré Ardouin se quedó mirando el teléfono con expresión

estúpida.

—Stanislava... —susurró, como si alguien pudiera oírle—, Stanislava Yarkov. ¡Está viva!

Y dominando las mil y una sensaciones, a cual más extraña, que le invadían, salió veloz de su despacho.

Cuando corría pasillo abajo hacia la salida se detuvo unos instantes, dubitativo. ¿Debía hablar primero con Robin?

No...

Mejor que acudiera solo y sin decir una palabra a nadie.

En el fondo de sus instintos pragmáticos dominaba la idea de convertirse en el «salvador» de L'Ópera.

Incluso en un moderno Hércules Poirot descifrando un terrorífico misterio.

Salió a la calle buscando un vehículo de servicio público con ojos abiertos de mirada nerviosa.

—¡Eh, eh, taxi...!

Subió al detenerse aquél.

—¿Dónde, *monsieur*?

—Al Jardín des Plantes, ¡rápido!

Y el taxista, que era morbosos porque su madre lo había parido así, comentó con extraño sentido del humor:

—No querrá usted que lo asesinen como a la cantante, ¿eh?

—¡Cállese...!

—Era una broma, señor. *Pardon*.

Capítulo IV

LOS pájaros de plumaje multicolor chillaban como ratas.

—¡Jodidos bichos! —exclamó Ardouin, al cruzar por delante de las jaulas.

Al fondo y tras una escalera formada por tres peldaños, que salvó en dirección descendente, vio la puerta marronácea formada por tiras relucientes de poliéster.

Una puerta batiente.

«EMPUJAR», decía el letrero.

Lo hizo.

Un par de peldaños abajo y la penumbra tupida.

Se detuvo al bajar el último escalón, con los talones pegados al filo, esperando que sus ojos se acostumbrasen a la carencia de luz.

Quiso horadar el difuso entorno con sus ávidas pupilas que ahora simulaban los ojos de un águila.

Honoré Ardouin se dio cuenta de que tenía un nudo... ¿de saliva, de algodón?, taponando la garganta. Incluso le dificultaba la respiración.

Y por eso...

—¡Sta... nislava!

Le costaba articular palabra.

Y por eso, también, el corazón le iba más deprisa que de costumbre.

¿Deprisa...?

¡Volaba!

Largando unos aldabonazos contra el pecho que casi lo rompían. Por instantes, creyó que las costillas se le luxaban.

—*Mon... Dieu!* ¡Ayúdam...!

—*Monsieur Ardouin!* ¿Es usted?

La petición de ayuda se había roto en la garganta del director artístico de

L'Ópera,
al ser interrumpido por la voz cascada, aguardentosa,
resquebrajada, que ya oyera a través del teléfono.

La bola de saliva, de algodón o lo que fuera, se hizo más
tupida... más asfixiante.

Le costó mucho, musitar:

—Sí... sí, soy Honoré... Honor... é Ardouin! ¿Stanislava?

Silencio.

Y de pronto estalló en seco graznido aunando todas sus fuerzas:

—¡STANISLAVA! ¡POR DIOS! ¿ESTA... AHÍ?

Silencio.

Avanzó un paso.

—¿Es..., es que quiere volverme loco? ¡Déjese ya de
maquiavelismos!

Silencio.

Ardouin, se estremeció, zozobró, tembló... cuando tuvo la
inquietante y extraña sensación de que una extremidad
cartilaginosa, húmeda, pegadiza, le rozaba su rostro macilento.

Quiso chillar pero sus labios se negaron a despegarse.

¿Qué le estaba sucediendo? ¿Qué clase de horrible tragicomedia
se estaba fraguando a su alrededor?

—*Estoy...*, estoy muerta, *monsieur* Ardouin. ¡MUERTA!

Honoré sintió verdadero pánico.

Y lo sintió al darse cuenta de que había acudido como un
cordero a su sacrificio.

¿Por qué no había hablado con Robin Lebrun? ¿POR QUE?

—Muerta...

La voz igual parecía proceder de arriba, de la derecha, de la
izquierda... que de atrás.

Atrás...

Le producían un pánico cervical la sola idea de girar la cabeza por
terror a lo que podía encontrarse a su espalda, por miedo lacerante
a lo desconocido...

—¡Stan... is... lav... a! ¡Ayúdem... e!

—*Los muertos, monsieur*, no ayudan a nadie. Al contrario...

Percibía... ¡percibía el helado aliento de Stanislava Yarkov!

No podía verla pero estaba seguro de que la tenía apenas a un
centímetro de su rostro.

Saltó hacia detrás sin atreverse a volver la cabeza. Consiguió efectuar el salto tras un doloroso proceso de concentración físico y psíquico.

Mal.

Lo hizo muy mal.

Hacia un lado y...

¡Se golpeó con *algo* en plena cara!

—¡Me muer... o!

Tenía, sí, la íntima sensación de que el terror lo iba a aniquilar.

Su corazón no podía seguir resistiendo aquellas terribles, sonoras y velocísimas palpitaciones.

Lo iba a escupir por la boca...

Abrió los ojos para comprobar, pese al horror, con qué había tropezado en su torpe salto.

Los abrió, sí.

—¡NOOO!

Tembló su grotesca y grasienta anatomía con el bramido pero no se movió, ahora, ni un milímetro.

Rígido.

Sin un parpadeo.

Como en trance...

Cautivo del poder hipnótico que como un fluido magnético se desprendía de los ojos brillantes, siniestros, menudos como cabezas de alfiler, del enorme murciélago que lo contemplaba, aplastado contra la luna transparente, con expresión ávida.

Ávida de sangre, sin duda.

De la sangre que él albergaba detrás de las pupilas.

Para succionarla pues, imaginó, tendría primero que engullir sus ojos...

Honoré Ardouin, inmóvil, como muerto pero terriblemente consciente, estaba viviendo un clímax de horror en su cerebro que le parecía imposible poder soportar.

Sabía que aquel enorme quiróptero de ojillos diabólicos, entre negruzcos y rojizos...

¡Sabía que acabaría haciendo añicos el cristal de la jaula!

Y saltaría sobre él...

Para devorarlo primero los ojos y succionar su sangre después...

Consciente, sí.

Y en el mundo callado de su mente, se preguntó: ¿Dios mío..., Dios bendito, cómo puedo soportar tanto horror sin morir aquí mismo?

—Honoré...

Era la voz de ultratumba, lejana ahora, cascada y aguardentosa de la mujer que le dijera por teléfono no estar muerta y que ahora...

Seguía fijo en la contemplación del murciélago pero atento a la voz.

No podía moverse.

—¡Honoré..., VEN!

Consiguió recobrar paulatinamente la movilidad, girando hacia el lugar de donde procedía la voz.

El registro tétrico, que decía ahora:

—Aquí, Honoré... ARRIBA. En el techo...

Alzó los ojos y:

—¡NOOO! ¡AUXILI...!

Murió el segundo grito porque el paroxismo se adueñó de nuevo produciendo efectos involutivos y dejándole sin habla.

Stanislava...

Estaba flotando en el aire porque... ¡PORQUE TENÍA ALAS COMO EL MURCIÉLAGO! *Las mismas alas que el murciélago.*

Quiso decirse de consciente para dentro, en el silencio de su maltratado aparato pensante, que no... QUE AQUELLA MONSTRUOSIDAD NO PODÍA SER REAL.

Pero... ¡Stanislava revoloteaba en el aire! ¡Venía hacia él!

Con sangre...

¡Sangre goteando por todos los orificios de sus... fauces, FAUCES, sí!

Por los ojos, los labios, las fosas nasales...

Era un espectáculo pródigo de morbosidad, cruel hasta el límite en los alardes...

Stanislava voló en círculo alrededor de Honoré Ardouin.

La expresividad patética que se dibujó en el rostro impertérito hasta entonces del director artístico del teatro de L'Ópera, bruñendo todas sus facciones, fue inenarrable.

Las órbitas se dilataron de forma dantesca y sus pupilas, sucias, como llenas de telarañas, se mantuvieron en el vacío dudando entre

si debían o no seguir perteneciendo a aquel cuerpo acribillado por el terror.

Volaba en círculo...

Hasta que se fue de frente hacia él.

SANGRE...

Honoré sintió el horror pringoso de la sangre al resbalar sobre su piel, percibiendo al mismo tiempo el insoportable hedor que procedía del animal alado en que se había convertido Stanislava Yarkov.

La sangre lo adhería a la resucitada y tiraba de él cuando ella remontaba el vuelo.

El corazón, súbitamente, dejó de propinar contra el tórax aquellos fatídicos y lacerantes aldabonazos.

Apenas se lo notaba dentro del pecho.

Era..., era una extraña bradicardia, un ritmo excesivamente lento de la contracción cardíaca que, sin duda, estaba precediendo a su muerte definitiva.

La vida huía de su cuerpo... Huía como su naturaleza física se alzaba del suelo pegada a la de ella merced a la pringue adherente en que se había convertido la sangre que escupía Stanislava por todos sus orificios.

SANGRE...

Y a través de ella emprendía la ruta del Más Allá.

Porque aquello era la muerte, sí.

El corazón latía cada vez menos, menos... MENOS.

Y Stanislava tiraba de él hacia lo alto batiendo, con siniestro chasquido, sus apéndices cartilagosos.

El corazón también iba a volar de un momento a otro.

Se iría lejos, muy lejos...

Y su cuerpo, el cuerpo de Honoré Ardouin, se quedaría allí, volando pegado al de Stanislava..., *pero muerto como ella.*

TIC...

Transcurrirían cientos de miles de minutos, y:

TAC...

El último latido.

TIC...

El corazón ya se alejaba.

¡Qué horror sentirse tan consciente de la propia muerte! ¡Asistir

a ella en forzado silencio y con terrorífica resignación!

TAC...

¡No podía admitir que fuera capaz de asimilar tanto horror..., tan brutal horror!

Esperaba escuchar el «TIC», pero no lo oyó.

MUERTO.

—Honoré... nos vamos ya!

Se iban, sí.

Y escuchó, como un estallido bestial, ensordecedor, infrahumano, las notas de despedida.

Porque desde algún punto de aquel entorno negro, misterioso, pleno de sombras siniestras, surgió el chorro de música.

Un chorro, sí.

De notas alocadas y atropelladas que cantaban en su adiós.

Una salmodia, sí.

La Sonata Pathétique número 8 de Beethoven.

¿SONATA...? ¡No, no! ¡Aquellas notas pertenecían a una macabra melodía!

Beethoven no podía haber compuesto... *aquello*.

Pero ¿lo oía realmente?

¿O se trataba del entorno acústico de la dimensión de muerte donde lo habían trasladado los cartílagos voladores de ella?

Un piano... ¡lo que estaba oyendo era un piano!

Interpretando las notas... ¡MACABRAS NOTAS!

Pero...

¿Vida..., muerte..., realidad..., locura...?

Creyó que lo que en su vagar por el espacio de las tinieblas y la muerte a que lo conducía Stanislava, había confundido con la sinfonía... *no era más que el sonido macabro del batir y batir de las siniestras alas que le permitían a ella que ambos se alzaran en el vacío.*

Sus alas, claro.

MACABRAS...

Como aquella extraña melodía que interpretaban.

Pero... ¡seguía escuchando un piano!

Locura... ¡Había muerto pero antes se había vuelto loco!

—Pronto..., pronto te liberarás, Honoré.

Las notas...

Y de repente, el cénit de la alienación.

El éxtasis de la locura...

¡CRAAAASK!

Algo estalló frente a los ojos midriáticos, cristalinos, de Honoré Ardouin.

Fragmentándose y salpicando su faz con esquirlas...

¿Vidrio?

¡Vidrio, claro!

Honoré Ardouin entendió.

Porque al fin había escapado al influjo magnético de los diabólicos ojillos del murciélago.

Al astillarse el cristal se había roto el hechizo.

¡El hechizo, naturalmente!

Había vivido una sucesión de alucinantes secuencias, de satánicas vivencias que el poder hipnótico de aquel bicho repugnante había llevado a su mente.

¿Entonces...?

Lo vio revolotear frente a él emitiendo graznidos estremecedores.

Siniestros...

Honoré agitó ambas manos en el aire, comprobando que la movilidad había retornado a su naturaleza, tratando de ahuyentar al repelente quiróptero.

—¡Largo de aquí, engendro! ¡Largo!

Pero el bicho le acosaba.

El director artístico del teatro de
L'Ópera

de la capital de la luz, creyó que al ubicarse de nuevo en la realidad, al haber huido de aquella galaxia de horrores en que fuera sumido hipnóticamente, todo era distinto.

Que podía actuar, defenderse...

—¡Fuera, fuera, bicho pringoso! ¡Te voy a...!

Pero el murciélago embistió.

EMBISTIÓ.

Voraz...

—¡AAAG!

El pico se hundió en las cuencas de Honoré, en una y otra alternativamente y con velocidad de vértigo... y él sintió como una aguja lacerante se clavaba en el centro de la niña de sus ojos y

tiraba de ellas hacia afuera..., SE LAS LLEVABA.

Honoré Ardouin, que sabía que ahora estaba consciente e integrado, que sabía que todo, TODO, era real... SUPO QUE EL MURCIÉLAGO LE HABÍA ARREBATADO LAS PUPILAS.

Supo... que estaba ciego.

Oyó los graznidos mezclándose con las notas siniestras de la macabra melodía que ahora había estallado de nuevo... o por primera vez.

Tuvo la certeza de que seguía revoloteando, acosándole...

—¡Dios mío, Dios... ESTOY CIEGO! ¡CIEGO!

Areció el murciélago en sus embestidas picoteando, sañudo, cruel, metódico y lacerante, la faz de Honoré Ardouin.

El dolor de los aguijonazos alcanzó cotas delirantes y el adiposo director artístico, protegiendo su faz con las manos, gritando, gorgoteando, sintiendo que se bebía la propia sangre que surgía de los cien distintos boquetes que el sañudo pico iba abriendo en su rostro, acribillando su piel, cobró en sus giros un *in crescendo* alucinante y se fue estrellando de una jaula a otra, de una pared a otra, sin que el ávido y cruel quiróptero dejase de perseguirlo, de acosarlo, de batir sus alas cartilaginosas alrededor de él...

Sin que dejase de acribillarle con el pico.

Honoré no podía bramar porque su misma sangre le ahogaba.

Cayó en tierra, al fin, convertido en un ovillo.

Y el murciélago subía y bajaba, subía y bajaba, chorreando rojizas cañerías, emitiendo lóbregos y siniestros graznidos, succionando sangre a cada picotazo, complaciéndose en su morboso quehacer...

Honoré Ardouin ya no sentía nada.

El animal seguía graznando, graznando...

GRAZNANDO.

Y pareció al fin que de su repugnante apariencia surgían gorgoteos casi humanos.

Espectral aquello.

Hediondo casi.

Horrible...

Cesaron al fin los graznidos pero antes de que el silencio descendiera por completo en aquel sector del zoo destinado a las aves nocturnas, durante unos instantes, segundos o puede que

minutos, se escucharon aún los fragmentos de la siniestra melodía.

MACABRA...

Que parecían repartirse, burlones, riendo diabólicamente a cada compás, alrededor del cuerpo inmóvil, ensangrentado, de Honoré Ardouin.

Se extinguieron, de forma paulatina, los postreros compases de aquella macabra melodía.

Capítulo V

CUANDO ROGER Raymond, con su cazadora de pana y sus melenas a cuestras asomó por el teatro de L'Ópera, las manecillas del reloj estaban, minuto arriba, minuto abajo, en las doce del mediodía.

Se coló por la puertecilla adyacente a la utilizada por los artistas y el personal, aquélla en la que un letrero indicaba: OFICINAS.

Un pasillo estrecho por el que saludó a la mujer de la limpieza le llevó hasta una especie de rotonda en pendiente donde había una media luna de madera carcomida; las termitas allí se ponían las botas sin duda; y dentro de la luna en cuarto menguante una nena muy mona que tenía unos succulentos morritos muy al rojo al más puro estilo africano y que se las entendía con las clavijas de la centralita telefónica.

Roger, con más cara que espalda como de costumbre, casi se volcó por encima de la madera y dijo:

—¡Huy...! ¡Qué tetitas tan tiesas y respingonas! ¿Me dejas que...?

La chica le fulminó con un par de pupilas muy móviles y verdes.

—¿Vas de gracioso por la vida, *cherie*?

Roger ensayó una sonrisa de chico bueno y cabal.

—¿No te ha impresionado, pequeña?

—No, grande.

—¡Jo que estás corta, muñeca! ¿Cómo te llamas?

—¿Te interesa...? ¡Oye, muchachito! En serio... ¿Qué es lo que quieres?

Se encogió de hombros el de los largos cabellos negros.

—¡Tampoco hoy es mi día! Pues verás, ya que no quieres decirme cómo te llamas, yo... Esto, *cherie*... ¿Nadie te ha dicho que tienes unos morritos que deben convertir el beso en delirio? Para

mí, ya que no quieres decirme tu nombre... ¡eso, serás siempre morritos deliciosos!

La chica, al fin, soltó una carcajada.

—Me llamo Pascalle...

—¡Sublime! ¡Bellísimo!

—¿A qué has venido, como te llames?

—Roger Raymond. R. R. para las amigas. Quisiera charlar con un pianista llamado George Amadou y un tío de esos que hace virguerías con la garganta, un tal Tchenko.

—Pierdes el tiempo, R. R. Hoy no hay ensayo.

—¡Vaya! ¡Si es que he vuelto a pisar...!

—La policía ha estado aquí esta mañana interrogando al personal, a todos, por lo de ayer... ¿ya sabes, no?

—¿El asesinato de la Yarkov?

—Sí... —afirmó la coqueta Pascalle, que como quien no quiere se había desabrochado otro botón de la blusa estampada y jugueteaba con él entre dos dedos de su diestra. Añadió—: Lo han puesto todo patas arriba y a más de uno, nervioso, con sus insinuaciones.

—Pero no han sacado nada en limpio como es costumbre.

—El inspector no se ha molestado en decírmelo —soltó Pascalle una graciosa carcajada que sirvió para revelar lo bien formado y blanco de sus menudos y nacarinos dientes—: ¡Le habré parecido poca cosa!

—Porque no se habrá fijado en esas tetitas tan tiesas...

—¿Tienes trauma, R. R?

—Complejo mejor..., complejo de lactante, ¿comprendes? A mi madre se le retiró le leche muy pronto y me quedé sin teta. ¿Te haces cargo de mi infantil tragedia? ¡Todo un drama, hija! Y no he conseguido superarlo con el paso de los años. Por eso cuando veo un par de cañerías como las tuyas... ¡Me pongo enfermo! Así que no hay ensayo me decías, ¿eh? Pero el director musical, artístico o como...

—¿*Monsieur* Ardouin?

—¡Eso!

—Ha salido hace como una hora...

—¡Joder que lo tengo claro hoy! ¿Dónde ha ido? ¿Lo sabes?

Roger observó que al efectuar aquella doble pregunta que era en

realidad una sola, Pascalle, de pronto, mostró unas mejillas rojas como los tizones deberían estar en las calderas del infierno, si Satanás seguía usando carbón y no se había pasado al fuel o al propano, claro.

—¿He dicho algo que no debiera, tetitas respingonas? —insistió, mirándola con penetrante fijeza, Roger.

—No, no...

El detective estaba rodeando la media luna para empujar la media puertecita, allí todo eran medias, y pasar adentro muy cerca de la chica, inclinarse hacia ella...

—¡R. R.! Qué vas a hacer... ¿eh?

Le ofreció su mejor sonrisa. La más infantil. La más acariciante. La más cautivadora.

—Besarte, prenda. ¿O no lo deseas?

—Yo... ¡glub!

Le hundió sus labios en aquellos morritos africanos que pronto perdieron la timidez pasando a devorar la boca de Roger, a entreabrirse golosos y succionar la lengua de él que pronto se enroscó con la de Pascalle formando un delicioso «tornillo»... mientras ambas manos del muchacho acariciaban por encima de la tela el par de rígidos expositores que ahora, más parecían un par de bolas de fuego.

—Roger... ¡Roger, *mon amour*! ¡Roger...! ¡Me va a dar algo...!

Le besó la garganta dejando de estimularla.

—Hablábamos de *monsieur* Ardouin, ¿no?

Ella tenía los ojos en blanco.

—Lo que quieras canalla, lo que quieras...

—¿Dónde ha ido, morritos deliciosos?

—No le dirás que escucho sus conversaciones por teléfono, ¿verdad?

—¡Ay, putona! ¡Qué picara eres! Claro que no se lo diré, *cherie*... ¿Dónde?

—No te lo vas a creer, R. R. —pareció que descendía de la nube en la que se encontraba subida y flotando. Dijo, muy seria ahora—: ¡De veras que me he puesto muy nerviosa, Roger!

—No te entiendo...

—¿Sabes quién le llamaba?

—Si no me lo cuentas...

—¡Stanislava Yarkov!

—¿Tú soplas, Pascalle?

—No comprendo, R. R.

—Que si bebes quiero decir.

—¡Oye! —Se estaba mosqueando tetitas agresivas—. Suelo tomarme un par de cubatas al día y eso, cuando me largo de esta pocilga.

—Perdona... ¿Por qué no me lo cuentas de «pe» a «pa»?

Lo hizo.

Y Roger Raymond, que coñas a un lado estaba con los cinco sentidos puestos en su trabajo captó, al instante, la tremenda gravedad que se encerraba en las palabras de Pascalle le estaba transmitiendo de acuerdo con lo que ella había escuchado subrepticamente a través de la clavija.

¡EL ZOO!

—¡El zoo. Dios mío! —repitió en voz alta, Roger, lo que estaba pensando. Añadiendo—: ¡Tengo que ir allí volando!

Y echó a correr, saltando por encima del mostrador con extraordinaria agilidad y limpieza, pasillo arriba.

—¡Roger...! —exclamó la excitada Pascalle. Excitada por varios motivos y «uno» muy en particular—. ¡Roger!

—Volveré algún día, muñeca.

—¡Yo que ya me lo hacía en la cama conmigo! Los que no te van están siempre como moscones, los que están buenos como éste... ¡se largan! *la vie*

C'est

Roger ya estaba dentro de un taxi camino del Jardín des Plantes.

Cuando el vehículo de servicio público le dejó en la rué Buffon junto a la placa Valhubert y vio el espectacular despliegue y la toma de posiciones efectuada en los alrededores por los radio-patrullas de la policía judicial, entendió que aquello confirmaba sus trágicas premoniciones.

—A Honoré Ardouin ya se lo ha «ventilado» el murciélago.

—¿Cómo dice, *monsieur*?

—¿Eh...? ¡Oh, nada, nada! Cosas mías. ¿Qué le debo?

—Cinco treinta, señor.

—Tome...

Le dio seis saltando a tierra como una exhalación.

—¡Eh, amigo, alto! ¿Dónde va tan corriendo?

El gendarme le había cortado el paso apoyando contra su tórax el cañón de una metralleta de asalto.

—¿Ha estallado la guerra, agente?

—Déjese de cachondeo, señor. ¿Me permite su carta de identidad?

—Se la mostraré si me dice qué ocurre y por qué todo esto.

—Parece que han matado a un hombre. ¿Su carnet, señor?

Le tendió la cartera portacarnets señalando la tarjeta de identidad y el agente se fijó en la credencial adyacente, la que justificaba los estudios que Roger estaba cursando.

—¡Vaya! Un futuro leguleyo, ¿eh?

—No quisiera hacerle comer el «freidor» que lleva colgando del cuello. Ahórrese los comentarios, ¿le parece bien?

—Puede pasar...

Siguió corriendo.

Cuando por fin asomó al sector dedicado a la estancia de las aves nocturnas un segundo control policial le cortó el paso.

—¡Joder! ¿Es que han asesinado al presidente de la república?

Su exclamación le hizo volver la cabeza a uno de los policías de paisano que estaba por delante del cordón de control.

Era, concretamente, el inspector jefe de la policía judicial de París, Albert Renard.

—¡Hombre... —rió de dientes afuera—, ya tenemos aquí a Perry Mason! ¡Déjale pasar, Souviant!

Roger se acercó a Renard.

—Puede coñearte todo lo que te dé la gana, Albert... ¡Pero nunca te comes un rosco!

—Cuando se me hinchen las pelotas de verte siempre donde no tienes que estar, te meteré entre rejas de por vida... ¡mocosos!

El policía estaba en la inteligencia de que aquel epíteto pronunciado en tono peyorativo, hería al muchacho.

Pero esta vez no surtió efecto la cosa.

—No será por envidia, Albert... ¡Digo yo! ¿Y tú, qué dices?

El inspector se mosqueó de lo lindo pero pudo hacer de tripas corazón.

—¿Qué buscas aquí, pequeño?

—A un policía cazurro que trata de averiguar por qué un murciélago muy grande y muy malo se come a la gente que viene por el zoo después de chuparle la sangre. ¿Qué ha hecho esta vez con Honoré Ardouin?

Albert Renard, perplejo, miró de frente a Roger.

—¿Cómo sabes...?

—Elemental mi querido Watson —cortó el muchacho, con una sonrisa en sus labios cínicos que más que burlona era clara y abiertamente ofensiva—, elemental: he ido a

L'Ópera

y me han dicho que había venido para acá. Y yo me he reflexionado, así, de pronto: «Roger, a ese tío se lo zampa el murciélago».

—Me das vómito...

—Envidia. Y lo sabes. El que vale para detective, aunque no tenga licencia; el que no, ¡a la academia de policía!

—Te estás pasando y se me dilatan los... ¿eh? ¡Se me dilatan de escucharte!

Como si no le oyera preguntó el melenudo, con otra de sus conflictivas sonrisas, de aquellas sonrisas que hacían perder la chaveta a más de una en los labios carnosos y cínicos:

—¿Puedo ver el cadáver... si no lo han levantado ya?

—No hay cadáver, listillo.

—¿Se lo ha comido entero, Albert?

—Vive, aficionado. Ardouin está vivo. Ciego, medio desangrado... pero sobrevivirá. No debiera decírtelo porque tú no te mereces nada...

—Ya lo sé, Albert, ya lo sé... —le atajó el muchacho—, lo haces simplemente en nombre de la gran amistad que te unía con Pierre Raymond, mi padre, del que me queda mucho por aprender. Dónde lo han llevado es lo que ibas a decirme, ¿no?

—Al Hospital de

L'Ecole

de Medicine... Pero mis colegas no te dejarán llegar hasta Ardouin.

—¡Ya!

Y echó a correr deshaciendo el camino que anduvo minutos antes.

Otro taxi le dejó, como veinte minutos más tarde, en el *boulevard*

de Saint Michel.

Escaleras para que os quiero y salvó a la carrera el vestíbulo de la facultad de Medicina hasta que un par de tipos con uniforme le cortaron el trayecto.

—¿Quién es usted? ¿Adónde se dirige?

Roger, atropelladamente, sacó su carnet de estudios con mano nerviosa que oscilaba al tiempo que los apartaba, suave pero enérgico, exclamando:

—¡Doctor Deauville...! ¡Por favor! ¡Me están esperando con urgencia en el quirófano central de la UVI!

Los tipos se abrieron y uno le dijo al otro:

—Esto es una coña marinera, cada día vienen médicos nuevos a la Unidad de Vigilancia Intensiva. ¿Cómo quieren que controlemos esto?

—Nosotros hemos cumplido, ¿no? Nos ha enseñado el carné y nos ha dicho quién era.

Roger ya andaba por los pasillos de la Ecole de Médecine.

Una vez en urgencias «cazó» literalmente a una enfermera con la que se dio un suave roce y:

—¡Linda estás, muñeca, hasta vestida de enfermera! ¡Voy a devorar esos labios...!

—¡Un loco anda suelto por los pasillos de urgencias! —exclamó ella con voz no muy estridente. Añadiendo—: ¡Bésame, locuelo!

Apretó ambas manos alrededor de las nalgas calientes de la chavala, la izó, hundió sus labios en los de ella, la trabajó un poquito...

—¿Dónde han metido al tipo que acaban de traer medio destripado del zoo?

—¿Te refieres...? ¡Uy, *cherie*, cómo besas! ¡Me arde todo, canalla! ¿Quieres decir el fulano ése de L'Ópera?

—*Oui*, cachondita. ¿Dónde?

—En la UVI creo...

Roger se esfumó.

—¡Eh, locuelo...!

—Si ya estaba yo en lo cierto cuando he dicho que era el doctor Deauville y que me esperaban en la Unidad de Vigilancia Intensiva. Vamos allá...

Encima del arco un cartel lo decía bastante claro:

«UVI

PROHIBIDO EL PASO A CUALQUIER PERSONA AJENA A ESTOS
SERVICIOS».

—¡Je, je, y se reía! —Enseñó los dientes a la pared cuando cruzó como una exhalación por debajo de la arcada.

Se metió en una habitación con estanterías llenas de fármacos, frascos de suero, útiles de quirófano... y en la que estaba una mujercita muy mona, muy bien formada, muy metidita en una bata blanca que se ajustaba prodigiosamente a los recortes abruptos de su carnal orografía.

Desde atrás le pasó las manos por la cintura y se apretó suavemente contra ella.

—¡Pero...! —Giró ella entre los brazos de Roger—. ¡Cerdo! ¿Qué te has creído tú, maníaco sexual?

La besó en los labios.

—¡Huuuum! ¡Per... o! ¡Manía...! ¡Aaaah! Cariño...

—A qué no llevas nada debajo de la bata, ¿eh?

—Las bragas...

—¡Ya decía yo que tienes cara de ser una chica muy limpita! Me gustaría librarte de la molestia que debe significar el elástico de esa prenda ciñendo tu piel morena...

—Qué es exactamente lo que pretendes, ¿eh? Porque tú buscas algo con todo este teatro, ¿no? Me llamo Claudin Bonancieur, soy doctora desde hace un par de meses, estoy haciendo prácticas en este hospital y es la primera vez que un «cara» me asalta de esta manera. Pero eres ocurrente y simpático, lo leo en tus ojos...

—Harás que me ponga encarnado, Claudin.

—Ya han pasado a la historia los tiempos en que sólo los hombres podían hacer insinuaciones y decir requiebros... ¿Cómo te llamas, buena pieza?

—Roger Raymond. Voy para detective y si quiero graduarme es preciso que hable con un tío que han traído aquí, hace poco, medio muerto.

—¿Honoré Ardouin?

—¡Bingo!

—Hombre... es el último que han traído hecho un asco. ¿Por

qué?

—Para que me explique exactamente lo que le ha sucedido en el zoo. Es muy importante para mí, Claudin. ¿Quieres ayudarme?

—No debería, pero... —Se aupó sobre la puntera de sus pies menudos y con la cabeza erguida, vuelta atrás para ganar más altura, buscó los labios de Roger—. ¡Aaaah! Vale la pena arriesgarse. Ven, te buscaré una bata blanca con distintivo médico.

Lo convirtió en el doctor Bauchet, diciendo:

—Sígame, profesor.

—Vales lo que pesas en oro... —Y le largó una palmada encima de los mofletes que rotaban por debajo de la frágil cintura de Claudin.

Ella salió primero avanzando por el pasillo hasta el final.

Tras doblar el primer recodo, Roger vio a los dos policías de uniforme que custodiaban la puerta señalada con el número 105.

—Es el doctor Bauchet, señores —dijo con sangre fría, Claudin.

Los policías se llevaron la diestra a la visera de la gorra en señal de saludo.

—A sus órdenes, doctor.

—Gracias, gracias, caballeros. Buenos días.

Claudin abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Pase, doctor Bauchet.

—Gracias, Claudin. ¿Me alcanzas la gráfica, por favor?

—Sí —dijo ella, al tiempo que cerraba la puerta desde adentro. Y una vez lo hubo hecho, exclamó, nerviosa ahora—: ¡Sólo cinco minutos, Roger! Cinco minutos... ¿eh?

—De acuerdo —cabeceó Roger Raymond al tiempo que avanzaba hacia el lecho. Susurrando—: *Monsieur* Ardouin, ¿puede oírme?

La pregunta tenía su razón y lógica dado que, el director artístico del teatro de

L'Ópera

de París ofrecía el aspecto de una legendaria momia egipcia ya que, todo su cuerpo, lo que de él se veía, era un puro vendaje. La cabeza estaba del todo oculta tras aquel blanco sudario que la ajustaba, sin hueco para unos ojos que ya no estaban en sus órbitas, pero sí había una abertura que dejaba en libertad los movimientos posibles que ensayasen los labios.

Y aquellos labios, los que habían bajo la venda, se movían con enorme dificultad.

Pero articularon:

—Ou... i.

—Gracias por su esfuerzo, Honoré —dijo Roger, inclinándose hacia él y apoyando una mano en la cabecera metálica de la cama. Continuando—: Vamos a procurar que olvide todo lo sucedido pero antes, compréndalo, es necesario que me explique con el mayor detalle lo sucedido.

—Mi... s oj... os no teng... o los oj... os ¿dónd... e est... án?

—Tranquilo, Honoré, tranquilo. Stanislava le llamó por teléfono, ¿verdad? —Roger era consciente de que dado el fuerte traumatismo que padecía Ardouin, no tenía capacidad deductiva para establecer conclusiones ni hacer preguntas. Él aceptaría como una ayuda el que se le mencionara el nombre de Stanislava y su llamada telefónica sin analizar cómo y por qué, alguien, podía conocer el contenido de aquella comunicación. Insistió—: Citándole en el zoo, ¿no?

—Sí... Me cit... ó. Fui... ¡Er... a horrib... le! ¡Vola... ba!

—¿Quién volaba, Stanislava?

—Ou... i ¡Volaba! Como un...

—¿Murciélago?

—S... í. Y la mús... ica er... a horrib... l... e ¡HORRIB... LE! —exclamación del paciente—. No es conveniente que se excite. ¡Por lo que más quieras!

—Tranquila, *cherie*, tranquila. Sé lo que me hago.

Y era cierto.

Porque con sumo tacto, procurando controlar las reacciones que sus preguntas produjesen en el ánimo de Honoré Ardouin, Raymond consiguió que el director artístico de

L'Ópera,

con las enormes dificultades que entrañaba hablar en su precaria situación, le hiciera un relato bastante ajustado a la realidad de lo que había sucedido un par de horas atrás, más o menos, en la dependencia del parque zoológico destinada al cuidado y exhibición de las aves nocturnas.

—¡Ya han pasado bastante más de cinco minutos, Roger...! —se quejó la doctorcita de nuevo cuño.

—Vale, vale, Claudin. Ya nos vamos...

Unos quince minutos más tarde, Roger se estaba tomando un café en un *snack* del Quai Saint Bernard, mientras ojeaba el primer tomo del listín telefónico sección alfabética.

El índice de su diestra, que iba recorriendo en descenso la columna de nombres, se detuvo en uno de concreto, al tiempo que él exclamaba:

—¡Aquí estás, pianista!

Allí estaba, sí: GEORGE AMADOU, AVENUE VICTOR CRESSON
85.

ISSY-LES

MOULINEAUX.

Pagó la aromática infusión echándose de nuevo a la calle.

—¡Eh, taxi...!

El chófer hizo una perfecta y rápida maniobra, estacionando frente al muchacho y abriéndole la portezuela desde adentro.

Entró.

—¿Dónde le llevo, *monsieur*?

—A Issy-les-Moulineaux... 85 de la avenue Víctor Cresson.

—¡Vamos para allá!

Capítulo VI

EL menda no debía fiarse ni de su santa madre que volviera a la Tierra, porque desde dentro del piso atisbaba al rellano a través de la mirilla.

Y pese a que Roger tenía cara de buen chico, oyó que le preguntaban hoja de madera por medio:

—¿Quién es usted?

—Pues así de golpe es fácil que no se lo crea: soy el hermano pequeño de Adamo... Me han dicho que ha montado usted una firma de grabaciones, y como yo también estoy empezando a gritar con un micro delante, a lo mejor... Le estoy pidiendo mi oportunidad, *monsieur* Amadou.

—No me convence, pero... —Estaba abriendo la puerta—. ¿Quién es en realidad, muchacho?

—Roger Raymond. Pero muy bromista como ve. ¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

—Si usted prefiere que hablemos en el rellano...

George Amadou miró inquisitivamente al melenudo con cazadora de pana. Le parecía inofensivo por lo sonriente y amigable —craso error el suyo—, pero antes de decidirse, inquirió una vez más:

—¿Sobre qué tenemos que hablar usted y yo?

Roger, fingió meditar, pellizcándose la barbilla.

—Pues... de Stanislava Yarkov, de Marie Bouvard, de L'Ópera, del zoo...

—¡Piano, piano, *mon ami*!

—¡Eso! —exclamó a su vez el desenfadado Roger—. ¡De un piano también!

—Ya se lo he dicho todo al respecto a la policía, esta mañana. Lo siento... —Fue a cerrar la puerta.

El detective sin licencia metió el pie, con fuerza, entre el quicio y la madera impidiendo que se cerrara por completo.

Dijo:

—Y yo, *monsieur* Amadou, de veras, sentiría tener que estropearle a usted la cara.

Intentaba empujar hacia afuera pero Raymond lo impedía.

—¡Encima amenazas!, ¿eh?

—Advertencias... —Y empujó con tal violencia que la puerta se abrió de par en par y el pianista de

L'Ópera

estrelló su huesuda espalda contra la pared del pasillo. Roger, en vez de entrar en el piso como una bala, preguntó, otra vez, con cierta ironía—: ¿Puedo...?

El estirado Amadou lo acribilló con sus ojillos móviles de tonalidad parduzca.

—Pase... y sea breve.

—*Oui, oui...* Usted está enamorado de *madame* Bouvard, ¿verdad?

George Amadou pegó un respingo.

—*Voilà!* ¿Cómo sabe usted eso?

—Si seguimos preguntando los dos, ¿quién responderá? ¿Está o no está?

—Sí...

—¿Le importa que subamos hasta el *living* o la sala de estar o cualquier habitación donde podamos sentarnos? Estoy muy cansado, ¿sabe?

—Venga...

Una sala de estar biblioteca los acornó, sentándose en una pareja de butacas tapizadas en skai marrón. El propietario, dijo:

—Estoy enamorado de Marie, de acuerdo. Y ahora, ¿quiere decirme quién es usted exactamente?

—Roger Raymond, se lo he dicho antes, ¿no?

—Sabe a lo que me refiero.

—Detective privado es mi incompleto oficio, y digo incompleto porque aún no tengo la licencia. Una chiquita muy monina me paga para que haga ciertas averiguaciones respecto al crimen perpetrado en la persona de Stanislava Yarkov.

—¿Y qué tengo que ver con eso yo?

—La acompañaba en los ensayos, le pidió que grabase para su nueva firma de discos, la Royal no sé qué, y ella aceptó...

—¿Y qué...? —le cortó, nervioso, el pianista.

—Que tiene o tenía que ver con ella, ¡digo yo!

—Con ella sí. Pero no con su muerte.

—Hemos quedado en que ama a Marie Bouvard y supongo que sabe que ella está internada en una clínica psiquiátrica como consecuencia del tremendo *shock* que le ha producido el asesinato de la Yarkov... Si yo averiguo quién y por qué es el asesino, le seré de gran ayuda a Marie, y en consecuencia al hombre que la ama que es usted. Aunque claro, a usted a lo peor le interesa que Marie siga internada porque así quedaran cortadas sus relaciones íntimas, eróticas, con un barítono llamado Tchenko, Anastas Tchenko, ¿no es así, *monsieur* Amadou?

Se crisparon las estiradas facciones del pianista.

—¡La está ofendiendo a ella y también a mí! La amo tanto que lo sacrificaría todo por su felicidad aunque esa felicidad tuviera que alcanzarla en mi ausencia y en detrimento de mi amor. ¡Usted no puede saber lo que es un sentimiento noble! Los jóvenes de hoy sólo piensan en el sexo.

—Gracias por su juicio, caballero. Pero pienso que usted podía tener buenas y poderosas razones para asesinar a Stanislava...

—*Mon Dieu* ¡Usted está loco! —Los ojos le chispeaban y sus facciones chupadas parecían hervir—. Matar yo a la rusa, ¿por qué?

—La rusa amaba al ruso y éste a ella. Un buen modo de castigar a Anastas por su infidelidad hacia Marie, de la que seguramente se está sirviendo para ocupar su puesto en

L'Ópera,

y por interponerse entre ella y usted, era, digo yo, asesinar a Stanislava.

Pero... ¿por qué montó usted todo el tinglado del murciélago?

George Amadou respiraba fatigosamente. Tratando de calmarse y consciente de que con su excitación no hacía más que proclamar una culpabilidad de la que decía estar exento, anunció:

—Roger... ¿cómo sabe usted tantas cosas de L'Ópera?

—Le seré sincero, amigo —sonrió cruzando las piernas. Añadiendo—: Unas me las han dicho, otras... las adivino.

—Anastas y Stanislava eran amantes, sí. Pero Marie lo ignora... ¡y quiero que lo siga ignorando!

—¿Por eso mató a la Yarkov?

—¡No...! Jamás he matado a nadie.

—Mientras no se demuestre lo contrario, claro. ¿Sabía usted que Marie tuvo un sueño premonitorio acerca de la tragedia que se cernía sobre Stanislava, y que una persona que presume de interpretar sueños le dijo a la Bouvard que debía impedir que la rusa grabara con su nueva compañía?

Movió la cabeza negativamente.

—No sabía nada de eso, no.

—Usted dice que no fue... ¿Quién pudo entonces asesinar a la Yarkov?

—No tengo ni la menor idea. Lo mismo le he dicho esta mañana al inspector Renard.

Oiga, Roger, entiendo que usted me viene acusando sin demasiada convicción, que trata sólo de provocar mi nerviosismo y obtener provecho de ello: una palabra, un nombre, ¿no?

—Lo haría usted bastante bien como detective, *monsieur*. ¿Sabe que a Marie Bouvard se la puede convencer con facilidad de que ha soñado lo que no ha soñado?

—Prefiero no entender su insinuación, Raymond. ¿Cree que yo podría utilizar a la mujer que amo en un asunto tan deplorable? Y le diré otra cosa, detective: ¿Cómo admite usted que yo pueda haber asesinado a Stanislava Yarkov cuando ella era, hasta el presente, la única cantante de cierto renombre que había aceptado grabar con la Royal Epoque Musical? ¿Le parece lógico que yo haya estrangulado a mi primera gallina de los huevos de oro?

—Todo es ilógico en el ser racional, Amadou, aunque nos parezca lo contrario. Porque la ilógica, cuando más retorcida, más razones lógicas encierra. Admitamos que usted dice la verdad... Es inocente. Pero no se le escapa que alguien intenta hacerle aparecer como sospechoso, ¿no? El piano, la sinfonía patética, la relación entre el sueño de Marie con su compañía discográfica y la sangre de Stanislava por el medio...

—Se le escapa un detalle importante, joven —apuntó, con cierta autoridad en el diálogo, por primera vez, George Amadou.

—¿Cuál?

—El zoo. Si las cosas han sucedido en ambos casos como se cuenta, que tampoco hay que fiarse demasiado, ¿le entra en la cabeza que sea tan fácil para una persona sola poner en marcha una escenografía tan complicada, compleja y tremendista?

—A lo mejor le ayudó alguien, ¿no? Ni por un momento he pensado que se trate de una única persona, Amadou. ¿Sabe lo que pienso?

—No...

—Que el morbosos asesino, ese criminal espectacular, cuenta con la decidida colaboración de *alguien...*, *alguien* que tiene bula a la hora de moverse por el zoo.

El pianista, muy rígido, parpadeó.

—Sí... sí, me parece una acertada deducción. ¡Que sigue sin tener la más mínima vinculación conmigo!

—Puede que haya sido Tchenko.

—¿Por qué él?

—Bueno... —Hizo Roger un gesto ambiguo—, quizá Stanislava estaba harta de las relaciones de Anastas con Marie, le presionaba, y él, sabiendo que la Bouvard significaba la continuidad de su contrato en

L'Ópera,

decidió eliminarla. Aunque el montaje me parece absurdo y contradictorio con la mentalidad de un ruso. Lo sucedido en el zoo llevaba el *sui generis* latino, ¿no cree George?

—Es posible...

—¿Cómo cataloga usted a Honoré Ardouin?

—Como una buena persona en líneas generales, pero en exceso calculador, frío... Valora poco la problemática sentimental del hombre. ¡Incluso se lo he dicho esta mañana! Y se lo volveré a repetir cuando se recupere.

—¿Por qué?

—Por la injusticia que trata de cometer con Marie.

Roger, una vez más, dio pruebas de su fina intuición:

—Se ha pensado en el relevo de la Bouvard, ¿no?

—Exactamente. Han contratado o están a punto de hacerlo a la soprano italiana Gina Corbello. Me parece una tremenda injusticia porque estoy absolutamente convencido de que Marie, cuando se rehaga de su problema psíquico, estará en óptimas condiciones.

—Puede venir en lugar de Stanislava, ¿no?

—No. La intención concreta de Honoré y Robin es jubilar a Marie. Y ahora, estando todo el tinglado en manos de Robin Lebrun, mucho más pragmático que el pobre Honoré... ¡veo como un hecho el apartamiento definitivo de la pobre Marie!

Roger Raymond se puso en pie y dijo:

—Tengo que marcharme, *monsieur* Amadou. Me ha sido usted...

—Hizo una extraña y casi intencionada pausa, añadiendo—: de una gran utilidad. Sabroso diálogo el que hemos mantenido.

También se alzó el pianista. Y con expresión de cierta sorpresa, inquirió:

—¿Usted cree...?

—Yo creo... Sí. Hasta otra ocasión, George.

—Vuelva cuando quiera. Y lamento haber sido poco hospitalario al principio.

—Me lo ha compensado luego con creces... —Siguió en línea enigmática de los últimos instantes el jovenzuelo de la melena y cazadora de pana—: *¡Adieu ami!*

Ya en la calle, con una expresión entre satisfecha y preocupada, Raymond se metió al vuelo en una cabina telefónica.

Discó un número en el dial tras depositar varias monedas en la ranura.

—¿Quién llama? —preguntó la voz que descolgaba al otro lado.

—¿Antoine... eres tú?

—¡Oh, no, Roger! ¿Qué quieres ahora?

—Un favor...

—A cuenta, supongo, de la próxima chavala de tetas escandalosas que me vas a presentar, ¿no?

—¡Nunca serás un buen abogado!

—Ni tú, que apareces por la academia de uvas a peras. ¿Qué te duele ahora, Roger?

—Me dijiste en una ocasión que tu padre era no sé qué del zoo, ¿verdad?

Antoine Raisner largó un soplido por teléfono que hizo cosquillas en la oreja de Roger.

—Cirujano veterinario y titular jefe de los servicios médicos. ¿Quieres operarte, bestia?

—No. Y la cosa es seria, Antoine.

—¡Ah, ya, entiendo! Uno de tus trabajitos de Sherlock Holmes, ¿no?

—Con esos trabajitos, como y me pago los estudios. Se trata de eso, Antoine. Tienes que averiguarme la vida y milagros de todos y cada uno de los empleados del zoológico.

Empezando por el administrador general y terminando por el último en llegar, el que le da de comer a las monas o limpia los meaderos. ¿Entendido?

—¡Estás borracho! ¿Vale? Le digo eso a mi padre y me pega una patada en los...

—Quiero que lo hagas tú, ¿está claro? Aprovechando las llaves que le puedes birlar al viejo y hacer duplicados... ¿Me sigues?

Un silencio.

—¿Cuánto, Roger?

—Quinientos. ¿Te bastan?

—Creo... ¿Y qué es exactamente lo que he de averiguar, generoso?

—En los expedientes, donde sea, tienes que encontrar algún funcionario o empleado que tenga alguna relación con un tipo llamado George Amadou.

—¿Que lleve su apellido quieres decir?

—Cabría esa posibilidad, pero no digo que tenga que ser así forzosamente.

—Haré lo que pueda.

—¡Y lo que no puedas! Quinientos son quinientos... Quiero resultados y pronto.

Colgó antes de que el otro se extendiera hablándole de las dificultades que entrañaba aquel trabajo.

Sacó una cartulina del bolsillo de la cazadora, ojeó el número de teléfono allí impreso y lo marcó.

—¿Si..., dígame?

—Hola, bonita del todo.

—¡Roger...! Hace un rato que te estoy llamando. ¿Dónde estás?

—En una cabina, preciosa. ¿Te has acordado mucho de mí?

Colette Bouvard, que estaba rojísima al otro extremo del cable, ardiéndole las pecas, de lo cual Roger no podía percatarse, eludió la respuesta y dijo en su lugar:

—Me has encontrado de pura casualidad. Iba a salir ahora

mismo.

—¿Dónde...?

—A la clínica, a visitar a Marie.

Roger Raymond consultó su reloj. Anunciando:

—Dentro de veinte minutos en el metro de la place Chichy, ¿hace?

—¡Pero...!

—Es hora de que conozca a Marie, ¿no crees?

—Pienso que no será prudente...

—Entiende que no voy a importunarla con preguntas, ¿eh?
Dentro de veinte minutos en el andén de Clichy, ¿de acuerdo?

—¡Está bien!

Colgó, saliendo de la cabina.

Veinte minutos, sí, tardaron en estrecharse con suavidad. Colette trató de evitar que la efusión, en público, se prolongara, pero Roger devoró sus labios apasionadamente estrechándola cada vez más con mayor fuerza.

—Te he poseído en sueños, pequeña.

—¡Sucio!

—Dame una oportunidad de demostrarte que no lo soy.

—Calla... ¡Ahí viene el metro!

Les llevó hasta Levallois-Perret y Raymond no quiso aprovecharse de las apreturas para... Colette si le dio pie apretándose contra él, gozando de sentir el calor del cuerpo masculino, poniéndose muy roja, muy ardiente, y acabando por confesar cuando salían, en voz muy queda:

—He comenzado a desearte mucho, Roger... ¡Oh, no sé cómo me atrevo!

—Lo importante es que no te niegues cuando sea el momento.

Ella agachó la cabeza.

—¡Colette!

—¿Si...?

—Mírame.

—Te... ¡te estoy mirando! No, Roger, no me negaré. Lo deseo tanto como tú.

La escabrosa pero agradable conversación quedó truncada en el vestíbulo silencioso del internado psiquiátrico.

—Buenas tardes, *mademoiselle*. Vengo... venimos a ver a Marie

Bouvard.

—¡Oh, *oui*! Usted es su hermana Colette, ¿verdad?

—Sí. El... él es *monsieur* Raymond. Mi..., mi prometido.

—Bien venido, señor —la enfermera de recepción era amable y solicita.

—Hola...

—Pueden subir. Es la habitación dos, cero, tres, del segundo piso.

—Merci...

Tomaron el ascensor.

Después un pasillo impoluto, de níveas baldosas, techo encalado, pintura plástica de blanco cegador, puertas, números...

—Es la segunda a la derecha —indicó Colette.

Golpeó la chica discretamente con los nudillos, apartando hacia un lado a Roger.

—¡Marie! ¿Estás visible? Traigo compañía...

—Podéis pasar, Colette.

Le hizo una seña al muchacho y entraron ambos.

—¡Hola, Marie!

—¡Colette, *ma petite*!

Se abrazaron porque la diva estaba fuera de la cama envuelta en un largo batín de seda color rosa.

—Mira... Él es Roger Raymond, un buen amigo.

—No me habías hablado nunca de él, ¿verdad?

—Encantado, *madame*. La admiro por su voz.

—Marie a secas, Roger. ¿Desde cuando sois amigos?

Raymond miró a Colette como si le pidiera perdón y preguntó:

—Creo que debemos decirle la verdad, ¿no? —Y sin esperar negativa o aquiescencia, largó—: Colette me ha contratado para que intente descubrir quién y por qué asesinó a Stanislava Yarkov.

Marie se llevó ambas manos al rostro.

—¡Oh...!

Y al instante se dejó caer, como mareada, a los pies del lecho.

—¡Roger... —Colette estaba demudada y furiosa—, no tienes perdón de Dios!

—No te enfades con él, Colette —anunció Marie, retirando las manos del rostro y mostrándolo todo lo bello que todavía era. Añadiendo—: Roger tiene razón y ha hecho bien en decírmelo.

—¡Vaya! La que ahora queda en evidencia soy yo, ¿no?

—No, mujer. Joven... —La *prima donna* miraba a Roger con atención e interés—: ¿Es usted detective?

—Puede tutearme, Marie. Si, en efecto, lo soy. O intento serlo porque todavía no tengo la licencia. Pero se hace lo que se puede.

—¡Pobre Stanislava! —clamó la intérprete aplaudida del *bel canto*—. ¿Qué opinas del... de su muerte, Roger?

—Es pronto para establecer una hipótesis, pero...

—¿Sabes lo de mi sueño?

—Sí... y sé que pudo usted ser inducida a ese sueño o convencida de que lo había tenido. Es complicado pero real.

Marie, ahora, escrutó al muchacho de las largas melenas con curiosidad y sorpresa.

—¿De dónde sacas eso?

—De Jeanne Truffaut.

—*Bon Dieu!* ¿La conoces?

—Algo. Ella... ha sido muy solícita. Ha profundizado en la cuestión psíquica del problema por lo que a usted se refiere, y una de sus hipótesis ha sido ésta. Piensa que pueden haberla utilizado.

—¿Utilizado? ¿Quién?

—*Madame* Truffaut ignora la persona pero yo, por mi cuenta, me atrevería a lanzar los nombres de George Amadou y Anastas Tchenko.

—¡Roger! —estalló Colette—. ¿Qué es lo que te pasa?

Marie había levantado las manos hasta la cabeza, exclamando:

—¡Oh, no..., no! ¡No quiero ni pensarlo! ¿George, Anastas...? ¡No, por Dios! Son dos hombres maravillosos.

—Que la aman, Marie. ¿No es así?

Brillaron los ojos de la diva.

—¡Roger...! ¿Cómo sabes eso?

—Soy un aprendiz de detective muy aprovechado, Marie. Y pienso que debe tener algún que otro enamorado en L'Ópera, ¿Honoré por ejemplo?

Colette, más que sorprendida, estaba embobada.

Y Marie, nerviosa, estremecida, dijo:

—Sí... Ellos me aman. ¿Por qué negarlo?

—Y usted, Marie, sólo ama a Tchenko.

Inclinó la cabeza.

—Sí...

—¡Roger! —estalló la pecosa pelirroja, más bella que nunca por lo encendido que estaba su pícaro rostro—. ¿Qué pretendes con todo esto?

Él, tranquilo, respondió:

—Ayudar a tu hermana y obtener su ayuda. Marie ha comprendido mi intención, ¿verdad?

La diva, sollozante, se mordió el labio inferior.

—Creo que sí... —Y tras una fugaz vacilación, añadió—: Hablas de celos, ¿no?

—Por ahí puede andar la cuestión.

—¿Qué papel jugaba Stanislava en los celos que otro hombre pudiera sentir del que yo amo, Roger?

—Si pensamos que Stanislava estaba enamorada de su compatriota... y aceptamos los rumores acerca de que él, a espaldas de usted, le correspondía...

—¡Roger! —gritó una vez más Colette, vivamente contrariada—. ¡Eres odioso!

—Pero muy sincero y real, Colette. Un hombre de una pieza que sabe lo que debe hacer y decir en cada momento. Yo, pese a lo muy cruel que está siendo conmigo, empiezo a admirarle.

—Gracias, Marie.

—Tienes razón, Roger —prosiguió la soprano. Sentenciando—: Anastas tenía intimidad con Stanislava... Nunca saqué el tema por miedo a perderle. Es la verdad y no me avergüenzo de ello. Pero de eso a pensar que George u Honoré quisieran vengarse de Anastas castigando sus infidelidades hacia mí con el crimen horrible de... ¡No, por Dios, no! ¡Eso no puedo ni pensarlo!

—Honoré Ardouin está descartado. Libre de toda sospecha...

—¡Naturalmente que está libre! —Casi gritó la *prima donna*—. ¡Lo mismo que George!

—Con la diferencia de que la honorabilidad de Ardouin queda probada con el hecho trágico de que esta mañana, en el mismo lugar que fue asesinada Stanislava Yarkov, ha sido brutalmente agredido por un murciélago gigante que ha devorado sus ojos, destrozado su rostro y le ha dejado maltrecho, convertido en una ruina, en una pura venda, tendido en una cama de

L'Hopital
de
L'Ecole
de Médecine.

Al escuchar aquellas palabras, Marie Bouvard, se quedó tan blanca o más que las paredes de la estancia.

Sintió como un vértigo y se aferró a los barrotes de la cama.

—Roger, Roger... —Colette masticaba letra por letra las que componían el nombre del muchacho—, así que no ibas a importunarla con preguntas, ¿eh? Sabes que está atravesando una afección psíquica, que se halla bajo los efectos de un trauma, y tú, tú...

¡Sal inmediatamente de esta habitación! ¡Vete! ¡Te regalo los tres mil pero no vuelvas jamás a ponerte delante de mí!

El detective nada dijo. Guardó silencio, pendiente de Marie como sabedor que en la reacción de la soprano estaba su salvación momentánea y la continuidad, no ya de sus pesquisas, sino de su amistad con Colette.

—Pequeña, no seas así —intervino por fin la diva, procurando sobreponerse. Agregando—: No le defiendes por el simple hecho de defenderlo... Pero admito su forma de producirse. Es directo y sincero, brutal también... Noble y decidido. Prefiero a las personas que hacen daño inconsciente y directamente que a los solapados y retorcidos.

Está bien, Roger, está bien. Ya me has dado el trago... ¿Sobrevivirá Honoré?

—Eso intentan los del hospital, Marie. Pero pienso que lo tienen bastante difícil. Nos queda George Amadou... y Tchenko también, claro.

Un profundo suspiro huyó entre los labios, carnosos aún y sensuales todavía, de la *prima donna*. Sin apenas hálito y con muy poca voz, inquirió:

—¿Por qué Anastas, por qué?

—Quizá la Yarkov no estaba muy de acuerdo en que Tchenko y usted... ¿Comprende? —Vio el tímido asentimiento de Marie, agregando—: Y optó por deshacerse de Stanislava.

—¡No puedo admitir algo semejante! Anastas no encaja en el morboso planteamiento del asesinato de Stanislava.

—En eso estamos de acuerdo, Marie. Y así se lo he dicho a Amadou.

—¿Has hablado con George?

—Esta misma mañana.

—Habrás comprendido entonces que se trata de un buen hombre, ¿no? —Los archivos policiales, Marie, por desgracia, están llenos de buenos nombres.

—¿No crees que ha llegado el momento de que nos dejes solas, Roger? —interrogó, dolida y sin mirarle, Colette.

—Pienso que sí —aceptó. Puntualizando—: Esto... Colette, antes de marchar, quiero saber si continúo trabajando para ti. Te recuerdo, por si te sirve de algo, que me hace falta el dinero.

No le miró al responder, queda la voz:

—Sí...

—Gracias, Colette. Marie, ha sido un placer. Le deseo que se restablezca pronto para deleitar de nuevo a la parroquia del teatro de L'Ópera.

Por mi parte haré lo posible por aclarar este turbio asunto de sangre y murciélagos.

—Ven a verme cuando quieras, y a escucharme en el teatro.

—Lo haré. Hasta siempre, Marie. ¿Colette...?

Le miró al fin, roja, pecosa, con unos ojos muy fijos y húmedos.

—¿Qué?

—Te quiero.

Y al punto salió de la habitación 203 del internado psiquiátrico que dirigía el doctor Alain Boulongne.

Capítulo VII

ENTRÓ en el primer bar que le salió al paso para sacudirse un bocata.

—¡Marchando uno de Frankfurt con mostaza! —gritó el camarero de mesas a su compañero del mostrador. Y mirando a Roger, interrogó—: ¿Para beber?

—Cerveza —repuso el muchacho.

—¿Vaso o jarra, señor?

—Jarra...

—¡El de Frankfurt me lo pasas con una jarra de cerveza!

Instantes después el detective estaba liado a bocados con el Frankfurt y degustaba la dorada y refrescante cerveza.

Habían cosas que las tenía muy claras. Demasiado claras para ser exacto.

Como era la culpabilidad de George Amadou.

¿Por qué el pianista se había metido tan olímpicamente de pies en el cubo? ¿Por qué aquella confesión velada cuando habían estado hablando?

Porque Roger recordaba al dedillo y de forma textual las palabras del propietario de la Royal Epoque Musical...

«*Si las cosas han sucedido en ambos casos como se cuenta*» había dicho George Amadou refiriéndose a lo acontecido en el zoo. Y partiendo de la base de que Roger le había visitado apenas una hora después de abandonar el hospital en que se hallaba internado Honoré Ardouin, y considerando también que no había tenido tiempo material para que ningún periódico ni emisora de radio hubiese dado publicidad a la última y desagradable noticia, el pianista había pronunciado: *ambos*. Había pluralizado. ¿Cómo sabía él lo del director artístico de L'Ópera?

Y segundos después, cuando él le había preguntado cómo

consideraba a Honoré, Amadou contestaba... Valora poco la problemática sentimental del hombre. ¡Incluso se lo he dicho esta mañana! Y se lo volveré a repetir cuando se recupere. RECUPERE...

George Amadou no sólo sabía lo que acaba de ocurrirle a Honoré Ardouin sino que estaba al corriente también de que la agresión no había sido mortal.

¿Cómo sabía lo que en buena lógica debía ignorar porque no era aún del dominio público?

Porque había intervenido tanto en el asesinato de Stanislava como en el serio aviso a Honoré.

¿Por qué?

¿Y por qué había «patinado» de manera tan concreta en sus explicaciones?

Roger tenía la íntima sensación de que George Amadou deseaba que de una forma... extraoficial, extraoficial, sí, alguien fuese consciente de su culpabilidad en todo aquello.

No lograba entenderlo.

Por otra parte todo aquel juego de palabras que acusaban a George Amadou no llegaban, tan siquiera, a pruebas circunstanciales. En un momento determinado sería su palabra, la de Roger, contra la del pianista.

—*Dijo tal cosa* —expondría Raymond.

—¡*Falso!* —exclamaría George—. ¡Jamás he dicho tal cosa!

Entonces —Roger se repetía el interrogante—, ¿por qué Amadou había deslizado en el transcurso del diálogo aquellas evidencias sobre su culpabilidad?

—¡Bah...! —exclamó, traicionado por su pensamiento, en voz alta. Añadiendo a continuación en tono muy quedo—: Demasiadas preguntas para tan pocas respuestas.

¿Pocas...? ¡Ninguna!

Pidió un café.

Roger no era amante de las filosofías reflexivas por considerar que de nada servían en la mayor parte de ocasiones.

Sólo las pruebas físicas eran válidas.

Frente a un lío de sangre, terror y muerte como aquél, de muy poco iban a valer sus deducciones. Ni tan siquiera su particular evidencia acerca de la culpabilidad de George Amadou.

Debía seguir el curso de las investigaciones tal y como se lo

había programado con anterioridad.

Pero rápidamente.

Porque debía evitar que se produjesen nuevos crímenes, más chispazos de horror, otras escenografías, sangrientas.

Pensó en Colette.

Se había mosqueado bastante con él, sí. Pero Roger estaba seguro de haber obrado como debía hacerlo.

Así lo había reconocido la propia Marie.

Pagó la cuenta.

—¿Dónde está el teléfono, amigo?

—Al fondo del pasillo —y el camarero señalaba un corredor que conducía también a los lavabos y dependencias privadas.

Fue a la cabina y disco el número de la centralita del teatro de L'Ópera.

—¿Dígame...?

—¡Hola, diosa del Olimpo! ¿Siguen tan turgentes tus tetitas?

—¡R. R.! Eres tú, ¿verdad?

—Del todo, Pascalle. Tus pechos me vuelven loco... ¡Me siento un lactante al pensar en ellos!

Pascalle largó un suspiro tan profundo y sonoro que hizo vibrar la extensión telefónica que les distanciaba.

—Sé que mientes, R. R. ¡Pero suena tan bonito que me estremezco toda al oírlo! Dime cuando quieres abusar de ellos y...

—¡No me excites, *ma chérie*! ¡No me excites, te lo mego! — Mentía Roger con una sonrisa en los labios que ella, lógico, no captaba. Y preguntó de súbito—: ¿Tienes la dirección de Anastas Tchenko?

—*Oui*... Espera. A ver, a ver... ¡Sí, aquí la tengo! ¿Tomas nota?

—Sí. Adelante.

—114 de la avenue de la Porte

D'Auteuil.

En la Bois de Boulogne.

—Lo sé, prenda. ¡Palabra que cualquier día voy a abusar de ti!

—¡Roger, *mon amour*! ¡Espera! ¡No cuel...!

«Clic».

Había colgado.

Y ya estaba en la calle metiéndose en la parte de atrás de un taxi.

—Vamos a la avenue de la Porte
D'Auteuil.

—Oui, *monsieur*.

Era un moderno edificio de apartamentos del que cuidaba un portero con uniforme que estaba metido en una jaula de cristal.

«Como los murciélagos en el zoo», pensó Roger.

—¿El señor Tchenko?

—Pues no sé si está... —Gruñó el portero, retirando sus ojos de las láminas libidinosas de la publicación pornográfica que estaba devorando ávidamente. Añadiendo—: Si quiere usted subir. Es el piso doce, puerta quinta.

—Gracias.

Ascensor y al rellano número doce.

Un pasillo con alfombra sucia y enormes floreros con hojas verdes de plástico en los rincones.

No había excesivo orden ni demasiada limpieza en un lugar que por fuera había pensar en todo lo contrario.

Puerta quinta.

El timbre...

Se extendió el eco del «Riiing» sin que se escuchara el menor atisbo de vida al otro lado de la hoja de madera.

Roger, taconeando encima de la raída alfombra, comenzó a impacientarse. No es que esperara excesivos progresos tras la conversación que pudiera mantener con el tenor ruso, pero creía necesario conocer su postura en todo aquello y el papel que exactamente jugaba.

Volvió a oprimir el botoncillo.

Y como ahora lo hizo con mayor fuerza, con un impulso notorio de vehemencia, se percató de que la hoja cedía adelante, entreabriéndose.

—¡Coño! Esto no me gusta un pelo...

Empujó la puerta unos centímetros más.

Cerrando tras él mientras, precavido, avanzaba unos pasos por el corredor largo y estrecho.

Enseguida se dio cuenta de que allí dentro reinaba una excesiva oscuridad.

Era como si alguien hubiese tapado todas las rendijas del habitáculo para que ningún rayo de claridad se filtrase desde el

exterior.

Roger sintió aumentar su mosqueo.

Aquellas tinieblas no eran lógicas en un piso ubicado en una finca de vecinos, no.

Tiró, al instante del Magnum. El contacto de la culata del revólver apretada contra su mano le hizo sentir una mayor sensación de seguridad.

Sus ojos, acostumbrándose ya a las negruras casi impenetrables conforme avanzaba despacio, muy lentamente, por el estrecho pasillo, le hicieron distinguir al final del mismo un recuadro de color más negro que las tinieblas que se iban disipando conforme adelantaba.

Debía ser el *living*.

Su codo dio contra una puerta.

Empujó...

—¡Mierda! No llevo ni cerillas.

Introdujo la zurda tanteando en la pared hasta que las yemas tropezaron con el conmutador.

Lo hizo girar.

Nada.

—¡Está cortada la luz!

Sí, en efecto. Alguien había interrumpido la entrada del fluido eléctrico a aquel piso.

Desde la llave interior o desde la exterior. ¡Qué más daba!

Echó afuera, olvidándose por el momento de aquella estancia que supuso debía ser la cocina o el baño, prosiguiendo su avance hacia el *living*.

Roger reconoció para sus adentros que estaba nervioso.

Y ello se manifestaba en la fuerza, la crispación, con que atenazaba la recia culata del Distinguished Combat Magnum, calibre 357, modelo 586. Parecía tranquilizarle el pensar en que los pepinos que soltaba aquel revólver eran toda una garantía para quien lo empuñase, pero...

Roger tenía la íntima, agobiante sensación, de que en aquel pozo de fabricadas tinieblas iba a surgir un adversario irreal, terriblemente mítico, deformemente monstruoso, contra el que de nada iban a servirle los pepinos del revólver.

¿Adversario irreal? ¿Deformemente monstruoso?

Pero...

—*Mon Dieu!* ¿Qué es lo que me pasa? Yo nunca...

Escuchó un siseo que se prolongó en el silencio hasta adquirir la condición de crujido.

CREEEEEESK...

Y volvió a percibirlo con notable nitidez:

CREEEEEESK... Se envaró.

Su palma diestra se aplastaba, nerviosa, férrea, alrededor de las cachas del Magnum.

El ruido procedía del *living*, ¡seguro!

Roger Raymond comenzó a preguntarse para sus adentros si la sensación interior, asfixiante, que le invadía en aquellos instantes... *era miedo*.

O quizá... ¿terror?

Entró, sobre la puntera de los zapatos, procurando no producir el más leve crujido, en el *living*.

¡Malditas tinieblas!

Sus ojos se habían acostumbrado, sí. Pero en la oscuridad sólo podía verse oscuridad.

Volvió a quedarse quieto, aguzando los oídos al máximo.

Los nervios acabaron traicionándole.

—¡Eh...! ¿Hay alguien en la casa? ¡Tchenko! ¿Es usted quien está ahí?

Silencio por respuesta.

Tinieblas por paisaje.

Quiso pensar con lógica y orientarse también con ella. Se hizo un croquis mental de lo que suponía era la distribución geométrica de la sala, admitiendo que la puerta del dormitorio debía asomar por derecha o izquierda. Eso, si no eran dos los dormitorios.

Aunque en aquel tipo de apartamentos...

Un tresillo o dos butacas cerca de una mesa...

Mientras iba trazando aquel diseño distributivo en su cerebro, Roger avanzaba de forma milimétrica esperando que sus previsiones respondiesen al trazado real del *living* y ubicación de mobiliario.

Muy despacio, sí.

Como si en sus pies llevase una cinta métrica.

Cuando había adquirido una mayor confianza y adelantaba en la estancia rodeándola por la izquierda muy cerca de la pared, Roger

Raymond, de pronto, inesperadamente, chocó contra algo.

Tuvo la sensación de que acababan de propinarle un tremendo trallazo en la nuca, vibró todo él, y acto seguido notó aquella corriente glacial que se filtraba por su espinazo.

De manera instintiva adelantó el cañón del Magnum.

Segundos después de aquella enervante sensación, del choque, se escuchó el estrépito.

Roger saltó a la derecha.

Y ahora se estrelló contra la mesa que ocupaba el centro de la estancia, una mesa rectangular, de comedor, que le proporcionó un susto enorme, una exclamación:

—¡Maldita sea mi estampa!

... y un movimiento reflejo que consistió en apretar el índice en torno al gatillo.

¡BANG!

—¡Cristo del cielo! ¿Es que me estoy volviendo loco?

Pensó, a renglón seguido, en largarse de allí. La idea, lógica eso sí y razonable, fue descartada al instante.

El fogonazo había iluminado durante segundos la estancia y Roger pudo captar lo realmente sucedido. En su avance había tropezado con una butaca y ésta, tras chocar con la lámpara de pie adyacente, la había derribado en tierra produciendo el estrépito que le sobresaltara.

El detective estaba llegando a la conclusión que tenía los nervios a flor de piel y ellos generaban dentro de sí aquella serie de extrañas sensaciones que nunca hasta aquel momento había experimentado.

Y hubo de reconocer que la angustia que se vivía en aquellas situaciones era asfixiante.

El aparato pensante se disparaba vertiginosamente hacia cotas alucinantes sembrando la psiquis de escenas tan irreales, como tétricas y distorsionadas, que sobreponían al normal raciocinio de la mente aquel cuadro de angustia, aquel excitante clímax de asfixia y pánico, favorecido todo ello por el fallo clamoroso del sistema neurovegetativo al anquilosar los mecanismos de defensa.

Toda una tesis doctoral de psiquiatría, si...

Pero insuficiente como toda retórica para aliviar la tensión emocional que Roger seguía viviendo. Que sentía en sus carnes

como si de alfileres agudos se tratara.

Pensó en Honoré Ardouin. En el relato torpe, incoherente, pero estremecedor, que a media voz y con enorme dificultad había ido desgranando desde su lecho en el Hospital de

L'Ecole

de Médecine... Y entendía el terror vivido por aquel hombre, un terror que ahora se congelaba en torno a él.

El murciélago...

Se estremeció.

Porque de nada servía ser valiente frente a un enemigo que estratégica y psicológicamente jugaba con todas las ventajas de su parte.

Honoré Ardouin estaba sin ojos...

Tenía las cuencas vacías...

Volvió a estremecerse.

Pensando en aquellos detectives de novela americanos que no le tenían miedo a nada y que se enfrentaban con los enemigos más increíbles batiéndoles en toda regla y con la mayor tranquilidad.

La vida real era muy distinta. Un detective de carne y hueso podía sentir miedo sin necesidad de avergonzarse de aquella sensación.

MIEDO...

Hizo un notable esfuerzo por dominar sus desatadas emociones.

Trató de pensar...

Con claridad. Con dominio de su propia mente.

Sí. El resplandor del fogonazo —por aquello de que no hay mal que por bien no venga— había servido al menos para ubicarle dentro del *living* con una mayor corrección geográfica corrigiendo el sentido de su avance ya que la puerta del dormitorio se recortaba en la derecha entre el claro que dejaban el mueble bar y una especie de aparador.

Se orientó ahora con mayor rapidez y decisión, empujando la hoja con el cañón del revólver.

El gruñir de la madera restalló con estridencia en los tímpanos de Roger, reforzando la teoría de que cualquier ruido, en la oscuridad, cobraba matices casi espectrales.

Tanteó la pared aun a sabiendas de que el suministro de electricidad estaba cortado. De todas formas, como si necesitara

convencerse de ello, hizo girar el interruptor.

Oscuridad, claro.

Dio un par de pasos hacia dentro tropezando, de pronto, con viva tensión de todos sus músculos, contra el final de la cama.

Al identificar la condición del mueble lanzó un suspiro de alivio.

—Aquí debe haber una ventana...

La había, sí. Pero interior. Daba al patio de luces del edificio.

—¡Mierda! ¡Hasta para eso estoy de desgracia! —se lamentó.

Pero al abrirla, a tientas, unas gotas de claridad difuminaron las agobiantes tinieblas que le volteaban, convirtiéndolas en penumbra.

—Algo es algo... —murmuró. Y se dijo a sí mismo que hablaba en voz alta como para tranquilizarse. Para obtener la sensación de que no estaba todo lo solo que en verdad estaba. Preguntándose como si estuviera acusando—: ¿Qué busco realmente aquí dentro? ¿Por qué me empeño en este juego morboso? Es evidente que Tchenko no está en casa y...

¿No estaba? ¿De veras no estaba?

O...

Los rayos de tenue y sesgada luminosidad se estrellaron, difusos, zigzagueantes, hasta misterioso le pareció entender a Raymond, contra el largo armario de tres cuerpos y puertas correderas que se aplastaba contra la pared de la izquierda según se entraba en la estancia.

El armario...

Un extraño poder fascinante cobró el mueble inmóvil, silencioso, como desafiante, a ojos del detective.

Se ladeó, avanzando hacia aquél.

Su mente, otra vez, en la complicidad de la sombras y al amparo del estremecedor silencio, volvió a jugarle malas pasadas.

El armario parecía estar increíblemente lejos y delante de él, en el vacío, flotaba la cabeza de Honoré Ardouin... *convertida en pura venda sin abertura para los ojos.*

Porque el murciélago le había arrancado las pupilas.

El murciélago...

Hizo un quiebro psíquico casi doloroso para recobrar el dominio sobre su intelecto.

—¡Vive Dios que me voy a volver loco!

Las venas de la garganta se le dilataban a consecuencia de la

asfixia, física ahora, impuesta por el atolondrado latir del corazón, por la fuerza de sus palpitaciones...

Estaba cerca. Su izquierda extendida rozaba con la yema de los dedos la superficie pulida del armario buscando, nerviosa, el foso metalizado que servía de tirador para que la puerta se deslizase.

Hundió, despacio, en el hueco, los dedos índice y corazón...

Tiró hacia la izquierda con fuerza soltando de inmediato la puertecilla que ya se deslizaba, veloz, suave, hacia el fondo de la guía.

¡CLAC!

Rebotó, iniciando un tímido regreso hacia arriba pero dejando finalmente abierto aquel cuerpo del armario.

Tragando saliva reanudó el avance hasta que su mano pasó al interior del mueble, tanteando.

Ropa...

Cerró la hoja y se dispuso a abrir la puertecilla contigua, la central.

Con precaución...

¡Zas!

Le pegó el violento tirón igual que había hecho con la anterior.

Aguzó la vista a la vez que nuevamente estiraba los dedos de la zurda.

Lógicamente...

El graznido estalló con fuerza en el ámbito alterando la momentánea paz de sus oídos.

Fue algo repulsivo, espectral, hiriente.

Se repetía el cortante graznido cuando Roger tuvo consciencia de lo que aquello significaba.

¡El murciélago!

Quiso revolverse, pero...

¡Algo se estrelló con violencia contra su espalda proyectándole hacia el interior del armario!

Oía el batir de las alas y la reiteración de los graznidos, comprendiendo que el animal pretendía arrinconarle dentro del mueble para hacerle víctima de su sadismo.

Todo había sido tan rápido, tan, tan...

Roger se dio cuenta de que había abrazado *algo* entre sus brazos. Al propinarle el repugnante bicho, o así lo suponía, el brutal

empujón empotrándolo en el armario, *algo* que al mismo tiempo parecía salir de éste había quedado en medio de los extendidos brazos del detective como queriendo abrazarlo...

Notó que un fluido cálido y viscoso se estaba adhiriendo a la piel de su rostro.

Cálido y viscoso. ¡Y seguramente rojo!

—¡Virgen Santa! —exclamó.

Y junto a la exclamación empujó aquel *algo* hacia el interior del mueble sin pensar que rebotaría en el fondo volviendo contra él.

Así fue.

Vino pesadamente hacia delante y entonces Roger, al tiempo que finta en el aire para evitarlo, comprendió que *aquello* era un cuerpo humano con la cara empapada de sangre.

La sangre que le había transferido en el primer contacto.

El cuerpo, al no ser obstruido por el de Raymond, se fue de bruces al suelo con trágico estrépito.

Iba a inclinarse sobre él olvidado por un instante, merced a la tensión extrema del momento, la presencia del quiróptero volador... cuando recibió una segunda y bestial embestida que lo catapultó de nuevo contra el armario.

Que lo sentó, materialmente, dentro del mueble. Con la espalda casi incrustada en la pared de madera.

El graznido ahora pareció romperle los tímpanos.

Vio el bulto negro, grande, recortándose en la penumbra, oscilando sus alas tétricas, abriendo el pico avariento, ávido de sangre, como preludio de la subsiguiente y definitiva andanada que tenía como objetivo vaciarle las cuencas...

Arrancarle los ojos de las órbitas.

—¡Maldito animal!

Y alzando la diestra apretó el gatillo.

¡BANG!

Otra vez...

¡BANG!

Una tercera y una cuarta.

¡BANG! ¡BANG!

El espectral mamífero trazó una serie de círculos extraños como intentando huir a la lluvia de plomo, a la vez que dejaba de graznar.

Replegó las alas con movimientos vertiginosos y voló hacia atrás de una forma extraña, anormal, como si de un helicóptero se tratase, retrocediendo hasta pasar al otro lado de la entreabierta ventana y perderse hacia abajo por detrás de aquélla.

Roger salió como una centella evitando tropezar con la cama.

Metiendo el cañón del Magnum por el hueco de la ventana antes que la cabeza para darle de nuevo al gatillo.

Asomó después para mirar abajo.

Nada.

Ni rastro.

¡El murciélago había desaparecido!

Renunció a los múltiples pensamientos que le asaltaban incluida la falta de lógica en todo aquello que acababa de suceder. Un animal no podía, en ningún caso, obrar y moverse como lo había hecho aquel gigantesco murciélago.

La única explicación...

Su intelecto funcionaba ahora a la perfección porque al fin había logrado zafarse al entorno de terror, al maquiavelismo psíquico con que *alguien* había pretendido confundirle.

Todo era tan irreal como lo sucedido en el zoo de acuerdo con el relato de Honoré Ardouin.

Empezaba a comprender, sí.

Pero ahora debía ocuparse del muerto.

Lo volvió boca arriba.

Pese a la oscuridad reinante distinguió aquel mapa de sangre en que le habían convertido la faz... Un rostro que mostraba las cuencas vacías, sin ojos, carente de unas pupilas que le habían sido arrancadas...

—¡Dios mío! Ese criminal está loco. Terriblemente loco. Es un psicópata.

Y pensó en George Amadou y se preguntó por qué...

Aquél cadáver, sin duda, debía pertenecer a Anastas Tchenko, el amante de Marie Bouvard.

¿Celos...?

Escuchó ruidos... ¡Los disparos, claro! Habían alertado al vecindario. Y él, allí, como un estúpido, junto al muerto.

Echó a correr sin preocuparse de si tropezaba o no con los muebles.

Cuando pudo alcanzar el rellano desde donde los gritos y la barahúnda le llegaban con mucha mayor claridad dejó al albur la orientación y corrió por la izquierda en pos del descenso de emergencia.

Estuvo de suerte porque al final del corredor vio la ventana y tras ella el pasamanos estrecho, metálico, de la escalerilla de incendios.

Corriendo, volando literalmente, se hizo con el último tramo, el basculante, para colgarse de él y saltar a tierra.

Consumaba su huida cuando en la lejanía escuchó el batir estridente de las sirenas policiales.

—¡Juro que el propietario de esa mente retorcida me las tiene que pagar!

Doblando por el primer recodo alcanzó una callejuela estrecha que terminaba en pleno Bois de Boulogne.

Y con lo primero que se dio de cara fue con una pareja que estaba haciendo el amor.

—¡Vaya contrasentido! La vida es un escenario de locos.

Pero había locos que abusaban del retorcimiento y la morbosidad, que gozaban epilépticamente derramando sangre y sembrando su entorno de terror.

Porque Roger había vivido unos instantes de terror que difícilmente podría olvidar jamás.

* * *

—Eres una vieja asquerosa, Viviane. Alguien me dijo una vez que cuando veías chicos jóvenes como yo, apetecibles y tal, después te masturbabas.

—El que te dijo eso es un cabrón... Pero tú acudes a mí cuando tienes problemas, ¿no es así, *mon petit*?

Roger le enseñó los dientes en algo que pretendía ser una sonrisa.

—Es. ¿Cómo fabricarías un murciélago grande, negro y repulsivo igual que los de verdad, movido por control remoto?

Viviane Kotzeva recordaba a aquellas legendarias matronas francesas que disfrutando de primera fila de cadalso hacían calceta mientras la guillotina de *monsieur* Robespierre y su ayudante Marat, hacía caer cabezas de la nobleza de Versalles.

Viviane, incluso, tenía pelos encima de los labios. Lo que se dice

bigote. Eran pelos insulsos, arrugados, sin fuerza, pero pelos al fin y a la postre.

Y era asquerosa, desde luego. Vestida con prendas anticuadas y mugrientas, luciendo una blusa enorme que se las veía para contener sus desproporcionadas y enormes tetas que le rozaban las rodillas.

Pero sabía muchas cosas. Casi todas las que sucedían en los bajos fondos, en el ambiente delictivo parisiense.

Entre sus clientes se contaba la propia policía judicial y la misma Sûreté.

—Andas metido en lo del zoo, ¿no?

—Ando, vieja. Déjate de retórica y al grano. ¿Quién puede diseñar y construir un bicho así?

—París es muy grande, muñeco. Hay mucha gente que podría hacer eso...

—Inténtalo, Vivien, inténtalo —dijo Roger con cierto nerviosismo. Agregando—: Oye, vieja... ¿Conoces alguna buena actriz en paro o una segundona con maneras que se agarrase a cualquier cosa con tal de comer?

—Vamos por parte, *mon petit*. Un murciélago gigante dices, ¿no?

—Lo sabes de sobras... ¡Y me estás crispando!

Removió ella su orondo trasero en el fondo de la silla de mimbre.

—¡Divina e impaciente juventud! Gilbert Nougaro trabajaba como técnico en una fábrica de juguetería electrónica, ¿sabes? Un mal día, con un par de hampones de vía estrecha, planeó el atraco de esa firma para la fecha en que la administración recibía la pasta de la nómina. Lo trincaron como principiante que era. Cinco años y luego a la calle con la etiqueta a la espalda. Desde entonces ya va de mangante por la vida... Suele recalar en un cafetín de Montmartre llamado

L'Aspirine.

Eso cae por la rué Gautier.

—¿La artista?

—¿De qué ha hecho?

—De Stanislava Yarkov... Se le apareció a Honoré Ardouin el de L'Ópera,
en el zoo, con alas de murciélago en la espalda. Pienso que puede

haber sido una filmación pero no estoy seguro.

La vieja se mordió su repulsivo labio inferior.

—Si existe filmación ha intervenido más gente, *mon cheri*. ¿Te aclaras?

—Admitamos lo de la película. La oscuridad del departamento de las aves nocturnas permite la proyección y la credibilidad por parte de un cerebro torturado por el terror acerca de que es real lo que está viendo. ¿Y ahora?

—Hay aficionados al séptimo arte que son muy macabros... sobre todo si hay una tela curiosa de por medio. Henry Daladier puede saber algo de eso. Pero ándate con cuidado porque ese fulano es peligroso. Anda liado con negocios de prostitución y droga.

Precisamente una de sus fuentes de ingresos son las filmaciones pornográficas, en vivo, que realiza con las chicas que controla su red de proxenetismo. Está volteado de macarras que tiran de navaja y pistola por menos de un pitillo. A más de uno le han marcado la jeta a punta de cuchillo.

—¿Dónde le veo?

—Con un poco de suerte estará en ese antro de su propiedad que se llama Chez Richelieu. Sugerente, ¿no? Richelieu era a Maquiavelo lo que Daladier es a... ¿Entiendes?

Repito, *ma petit*, abre bien los ojos. Cruzarse en el camino de ese hijo de perra y que te pinchen para aparecer flotando en el Sena, suelen ser causa y efecto. Dicen que hay una marica en el gobierno que lo protege... Los homosexuales son muy fieles en el amor, *cheri*.

Roger Raymond se alzó de su asiento.

—*Au revoir*, ¡vieja asquerosa! —exclamó, con cierta cordialidad, camino de la salida.

—Cuídate, nervioso.

—¡Y tú no te masturbes por mí... Argentina!

—Eres un coñón simpático. Me sabría mal que te pincharan las tripas.

El detective ya no la oía. Asomaba a la calle en aquel mismo y preciso instante.

Las primeras sombras de la noche hacían acto de presencia en el cielo estrellado de la ciudad de la luz.

Capítulo VIII

ROBIN LEBRUN, delegado del gobierno en el teatro de L'Ópera de París y administrador del mismo, estaba sumido en un mar de nerviosismo y confusiones.

Crispado.

Consciente de la enorme tragedia que se cernía en torno del palacio del *bel canto* parisién.

Stanislava Yarkov... incomprensiblemente asesinada.

Marie Bouvard en algo muy parecido a un manicomio...

¡Y Honoré Ardouin tendido en la cama de un hospital, traumatizado, ciego, hecho una piltrafa!

Era simplemente horrible.

¿Por qué...?

—¡Oh, *bon Dieu! Pour quoi...?* —se formulaba la pregunta una y otra vez—. ¡Esto puede significar el hundimiento de L'Ópera!

Sí, porque las ediciones vespertinas de los principales rotativos franceses, concretamente los capitalinos, se despachaban a gusto.

Sin esforzarse demasiado, sin cerrar los ojos tan siquiera, Robin veía el escenario iluminado, grandioso, pletórico de esplendor... ¡y el patio de butacas vacío por completo!

La ruina.

—Esto puede ser la ruina...

¿Qué hacer? ¿Cómo combatir la ola siniestra de terror que se abatía encima del teatro?

No podía por menos que recordar al famoso fantasma de L'Ópera.

Pero lo de ahora era mucho más real, más horrible, ¡más...! ¿Qué?

—¡Es para volverse loco!

Unos nudillos golpeando a la puerta de su despacho le sobresaltaron de tal modo que brincó hacia arriba desde el fondo de su mullida butaca.

Con voz chillona que le sonó extraña a sus propios oídos, inquirió zozobrando a causa del temor que le invadía:

—¿Quién..., quién es?

—Soy Pascalle, *monsieur* Robin.

—¡Coño! ¡Podía avisar!, ¿no?

—¿Cómo quiere que le avise sin llamar, *monsieur*?

Se mordió el labio.

—Sí, sí, es cierto... ¡Pase!

Entró la pizpireta y picaresca telefonista.

—Me marchó ya, *monsieur* Lebrun. ¿Quiere que le deje conectada la línea de entrada?

—¡Claro! Estoy esperando una llamada de Roma, ¿es que no lo sabe?

—Es muy tarde ya... ¿Va a quedarse solo en el teatro?

—Está el vigilante, ¿no? —Pareció preguntarse a sí mismo.

La chica se estremeció vivamente.

—Sí, pero después de todo lo...

—¡Cállese! ¿Quiere?

—*Pardon*. No he pretendido... Esto, si no desea nada, me retiraré.

—¡Váyase, váyase!

—Bon nuit, *monsieur* Lebrun.

—¡Adiós, adiós! —exclamó el administrador nerviosamente—. Hasta mañana.

Pascalle ya había abandonado el despacho cerrando la puerta con sigilo.

Y al quedarse solo, muy solo, terriblemente solo, pese a la presencia del vigilante en algún rincón del teatro, Robin Lebrun trató de no pensar en nada. En ninguno de los maquiavelismos ocurridos en las últimas horas... Hizo un esfuerzo por centrarse en la conferencia que esperaba desde Roma y en la que su representante allí, Ettore Manni, debía confirmarle la salida de la capital de Italia hacia París de la *prima donna* Gina Corbello, firmado el compromiso inicial que la unía por lo que restaba de temporada al teatro de

L'Ópera
parisiense.

Pero por mucho que lo intentaba no conseguía zafarse a la imagen de Honoré Ardouin... A su rostro cubierto por vendas blancas que durante tan solo unos minutos había tenido ocasión de contemplar en la habitación 105 del Hopital de

L'Ecole
de Médecine.

Como una momia...

¡Lo veía! ¡Lo veía con claridad!

Robin no tuvo que esforzarse demasiado para llegar a la inquietante conclusión de que latigazos gélidos de vivísimo pánico estaban flagelando, de manera tan invisible como real, su raquítica anatomía.

Percibía estremecimientos, convulsiones, pellizcos de horror apretando diversos puntos de su naturaleza.

Y comenzó, inesperadamente, a respirar con dificultad.

Como si en las inmediaciones una mano misteriosa hubiese abierto la espita que liberaba un gas nocivo, letal, cuyos efluvios se adueñaban del ámbito convirtiendo el oxígeno en algo irrespirable.

Calor...

Sudaba y tenía frío. Al llevarse el pañuelo a la frente contempló, con espanto al retirarlo, que estaba húmedo.

Pensó en marcharse, sí.

—¡A la mierda la Corbello!

Iba a alzarse cuando...

¡Riiiiiiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiiiiing!

Pegó un salto llevándose ambas manos a la garganta.

—¡Dios Santo! —estalló, lívido el rostro, adueñándose una blancura mortecina de lo que segundos antes era un mapa de rojo congestionado. Lanzando un suspiro cuyo eco aumentó su temor, musitó—: Es... es el... ¡el teléfono!

¡Riiiiiiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiiiiing!

Atrapó el auricular de un brusco, violento tirón, como consciente de que si no lo hacía así iba a ser incapaz de descolgarlo, apretándolo contra la oreja al tiempo que chillaba:

—¡Por Dios...! ¿Quién es?

No oyó nada.

Sólo el magnético siseo del hilo.

—¡Robin Lebrun al habla! ¡Conteste de una vez! ¿Quién llama?

Le llegó un registro quebrado, roto, opaco, como de ultratumba, que arrastrando sílaba por sílaba, dijo y preguntó:

—Soy... yo, Robin. ¿No me conoces?

Tragó saliva notando que la nuez se disparaba como pretendiendo atravesar la piel.

—¿Yo...? ¿Tú...? *Voilà, mon Dieu!* ¿Quién eres tú?

—Honoré... Honoré Ardouin. Las vendas me impiden hablar con claridad, Robin.

Vio..., vio delante de sus ojos el rostro de Ardouin envuelto en vendas blancas.

—¡No es posible! ¡Tú estás...!

—Ciego, sí. Pero vivo, Robin. Me he... escapado del hospital porque sé que te hago falta, Robin. El contrato de la Corbello, ¿recuerdas?

—Sí, sí... ¡claro! Precisamente estoy aquí esperando la llamada... ¡Honoré! ¿Dónde te encuentras tú?

—Aquí...

—¿Aquí...? —El pánico de Robin Lebrun avanzaba en un peligroso *in crescendo* que hacía peligrar su equilibrio mental—. ¿Dónde es... *aquí*?

—En el teatro. Me encuentro en el patio de butacas. Ven...

—¡Pero...! ¿Por qué no vienes a mi despacho?

—Estoy escuchando una melodía, Robin. Preciosa... y *macabra*. La interpreta Amadou al piano y va a cantarla Gina Corbello.

—¡Gina...! ¿Gina has dicho? ¡Honoré, por Cristo! ¿Qué pretendes?

—Ven... Te estamos esperando en el patio de butacas. Stanislava también está conmigo.

Ven...

—¡Honoré...!

«Clic».

—¡HONOREEEEEEEEE...!

Nada.

Había colgado.

Hizo lo propio con tal temblor que el auricular cayó fuera de la horquilla y sirviéndole de balancín el hilo flexible que le unía al

aparato, rebotó en tierra con eco siniestro.

Robin apretó ambas manos contra el pecho y retrocedió torpe, aterrado.

Honoré...

¡Era imposible!

No tuvo fuerzas ni valor para obtener de nuevo el auricular y comunicarse con el hospital para comprobar si, realmente, Honoré Ardouin se había fugado.

El teléfono, negro, tétrico, le causaba pánico.

¡Todo le producía pánico!

Hasta su misma persona.

De pronto, como si una misteriosa resolución, tan misteriosa como firme, le proyectara, salió a escape del despacho.

Gritando:

—¡Valery..., Valery Farenheit! —clamaba más que gritar el nombre y apellido del vigilante nocturno del teatro—, ¡Valery Farenheit...! ¿Está usted ahí?

¿Ahí...? ¿Dónde? ¿Dónde podía estar Farenheit? El teatro era muy grande.

—¡Valery, Valery...! ¡Por Dios! ¡Contésteme!

Echó a correr pasillo arriba.

—¡VALERY... VALERY...! ¿ME OYE?

—¿Es usted *monsieur* Lebrun? —inquirió una voz metálica, en la lejanía.

—¡Sí! ¿Dónde se encuentra, Valery?

—¡Aquí, *monsieur*! En el patio de butacas. Estoy haciendo la ronda habitual. ¿Le sucede algo, *monsieur* Lebrun?

—¿Eh...? ¡Oh, no, no, nada! Es que... ¿En el patio de butacas... dice? ¿Hay alguien ahí con usted, Valery?

Unos segundos de silencio y de nuevo la voz metálica, exclamando:

—¡No, naturalmente que no! —Para preguntar después—: ¿Quién quiere que haya aquí, *monsieur*? Oiga, Lebrun... —Prescindía ya del tratamiento el vigilante, instado quizá por la preocupación que le producía la extraña actitud del administrador—, ¿de veras está usted bien?

—¡Sí, sí, estoy..., estoy bien! No se mueva de ahí, Valery. Voy inmediatamente a su encuentro.

Accedió Lebrun a la platea del teatro de L'Ópera por una de las portezuelas que sólo utilizaban el personal y los empleados, porque de su existencia únicamente ellos sabían.

—¡Valery...! ¡Valery, soy yo, *monsieur* Lebrun! ¿Dónde está u...?

El «usted», se lo tragó el administrador de garganta hacia los pies.

Al percatarse, con estúpida expresión primero y vivas pinceladas de pánico después cayendo amarillentas sobre su rostro... al percatarse, si, de la brillante y hasta sobrecogedora luminosidad que acababa de bañar el escenario, cegadoras incluso las candilejas, contrastando aquel derroche espectacular de multicolor luminosidad con las tupidas e impenetrables negruras que aprisionaban, acongojantes, el patio de butacas.

Lebrun notó de nuevo, pero con mayor intensidad, con fuerza superior, aquella sensación de asfixia que ya experimentara en su despacho instantes atrás.

Creyó, al faltarle el aire en los pulmones, que comenzaba a morir.

Lentamente...

Que iniciaba una agonía larga, terrible, en cuyo transcurso iba a vivir, para morir después —¡espectral paradoja!— los más execrables horrores.

La sensación de ahogo, aumentaba...

—*Ven, Robin* —susurró, desde algún lugar de las tinieblas, la misma voz que hacía poco escuchara a través del tendido alámbrico —. *Ven, por favor...*

Quiso correr atrás pero una fuerza tan extraña como desconocida le mantuvo allí.

Inmóvil. Quieto, abandonado a su suerte trágica.

Una garra invisible, espectral, le aferró casi con violencia, atenazándole... anulando su voluntad y cualquier reflejo móvil o reactivo.

Las notas...

¡Estallaron las notas de la *Sonata Pathétique n.º 8* de Beethoven!

El piano...

Arriba en el escenario... con las manos de George Amadou martirizando las teclas para arrancar, uno por uno, los compases de

la melodía.

Ahora, para Lebrun... MACABRA MELODÍA.

Pero... ¡era Amadou!

Él le ayudaría, ¡claro!

Y por eso gritó:

—¡George, George...! ¡Por favor! ¿Qué está sucediendo aquí?

Y como si hubiese recuperado, de improviso, su capacidad de acción y el dominio de sus reacciones, salió disparado hacia delante, cruzó en diagonal la platea tropezando con butacas y más butacas, saltó incluso por encima de algunas filas, y al fin, enfiló la escalerilla que daba acceso al escenario, bramando:

—¡George..., GEORGE, por Dios! ¡GEORGEEEE! ¿Es que no me oyes?

Al parecer, no.

Porque impertérrito, como absorbido e hipnotizado por las notas vibrantes que sus dedos le arrancaban al piano, George Amadou parecía estar convertido en una figura de cera con la cabeza inclinada sobre el instrumento musical.

—¡GEORGE...!

Había alcanzado el extremo opuesto del escenario al que se encontraba el pianista y...

ALGO DETUVO EN SECO SU CARRERA.

Los ojos de Robin Lebrun salieron hacia delante como si un muelle los disparara y retuviese al mismo tiempo vinculados a las órbitas desde cuyo fondo se proyectaban...

Los ojos giraron en alucinante espiral como ebrios, traspuestos, por la imagen sobrecogedora, brutal, que contemplaban.

—Hola, *monsieur* Lebrun...

—¡No...! —Se llevó ambas manos a la garganta—. ¡No puede ser! ¡Tú..., TU ESTAS MUERTA!

Efectivamente.

Stanislava estaba muerta...

Pero también estaba allí, erguida, viva, desafiante...

Envuelta en una túnica blanca y cruzada delante de su pecho un hacha de filo azulado, reluciente, que despedía esquirlas chispeantes y siniestras, que reflejaba imágenes de muerte, que hablaba de sangre... SANGRE.

Recordaba, por su aureola mística y al propio tiempo espectral,

aquellos verdugos de las narraciones de Alejandro Dumas.

Incluso a Lebrun, que parecía vivir una fase alucinógena lo mismo que si hubiera consumido gran cantidad de estimulantes anfetamínicos, hipnógenos o cualquier droga permeable... que se encontraba en un mundo diferente, lejano, febroide, al que le acompañaba la imagen siniestra de la Yarkov con su túnica y el hacha agorera... Incluso tuvo la certeza de que la única no era blanca sino negra, que Stanislava era en verdad un enorme y feo eunuco de cabeza rapada, y que del filo del hacha goteaba pringue rojiza, viscosa, procedente de la garganta de *milady* de Winter...

Sí... Porque Robin Lebrun estaba completamente convencido que aquél era el verdugo escapado de una obra de Dumas que tras ejecutar justicia en la pérfida *milady*, acudía a la vida real para separarle a él la cabeza del tronco.

No... No podía ser.

Aquello era de locura...

IRREAL...

—¡NO, DIOS MIO! ¡ME ESTOY VOLVIENDO LOCO!

—Tiene usted un cuello magnífico, *monsieur* Lebrun. Será como una caricia para el filo de mi hacha.

—¡CRISTO...! ¡GEORGE, GEORGE AMADOU! ¡HAZ ALGO...! ¡AYÚDAME! ¡MALDITO ESTÚPIDO! ¡AYUDA MEEEEEEEEEE!

George Amadou, como en éxtasis, prendido en una extraña excitación que parecía propia de un vidente o un iluminado, como ajeno a cuanto estaba sucediendo a su alrededor, seguía tocando, tocando, aporreando con deleite y eficacia las teclas del piano.

Y la sinfonía sonaba, sonaba. SONABA...

—¡DEJA DE TOCAR ESA... MACABRA MELODÍA! ¡MALDITO... DEJA DE UNA VEZ EL PIANO! ¡GEORGEEEEEEE!

—*Es inútil, monsieur Lebrun... NO LE OYE* —dijo la mujer de la túnica, echando el mango adelante para blandir, con una tétrica sonrisa en sus pálidos labios, el hacha.

Lebrun dio un paso atrás.

—No... —Sus manos habían subido de nuevo a la garganta como si pensara que podían convertirse en serio obstáculo para impedir que el acero rebanase su cuello—. ¡No puede ser! ¡Esto debe tener alguna...!

—La venganza del Más Allá. Robin, no tiene más explicación

que su propia razón de ser.

La justicia de los iluminados carece de sentido para las pobres mentes como la tuya, obnubiladas por las pasiones terrenas, por los valores prosaicos, por el pragmatismo de una existencia que sólo se alimenta de vanas concreciones. Por eso vas a morir... PORQUE DESEO QUE TE INTEGRES AL MUNDO DE LOS ELEGIDOS. AL PARAÍSO DE LOS ESPIRITUALES.

—¡Yo no... YO NO QUIERO IR A ESE LUGAR! ¡NO QUIEROOOOOO!

El hacha, adelantó su filo hacia él.

—¡NOOO!

Y saltó hacia atrás justo en el instante que a su espalda nació un extraño y sobrecogedor gorgoteo que al mezclarse con las agudas notas del piano que Amadou seguía martirizando, componían una partitura enloquecedora, diabólica.

Giró la cabeza para cerciorarse de lo que ocurría detrás y no sólo percibió con mayor claridad el gorgoteo sino que pudo ver en toda su amplitud la razón y causa del mismo.

¡Un murciélago!

Enorme...

Bestial...

Gigantesco...

Que batía sus alas pringosas emprendiendo un vuelo en círculo para encararse después con él y dirigir su pico mortal hacia sus pupilas..., *hacia los ojos*.

¡Recordó a Honoré Ardouin!

CIEGO...

—¡SOCORROOO!

Dio la vuelta para huir a la sádica embestida del murciélago y sus pupilas, tan dilatadas como estrábicas, se miraron, como si de un espejo se tratase... *en el azul pálido, reverberante, del filo del hacha*.

Que se alzaba de pronto con velocidad vertiginosa para descender, brutal, acto seguido.

—¡NOOO!

Otro brinco atrás para tropezarse con el vuelo rasante del murciélago que le envolvió con sus membranas cartilagosas en siniestro abrazo, derribándole de bruces contra la madera del

escenario.

Y la melodía, continuaba sonando.

George Amadou, más entregado que nunca a la interpretación de Beethoven, castigaba sin piedad el teclado blanquinegro del instrumento, haciendo brincar al ámbito, fundiendo y retorciendo en él, cada una de las notas, consiguiendo que cada compás obtuviera el mismo estrépito, idéntico fragor, que los cañonazos en una guerra.

Era, todo aquello, un lienzo dantesco.

Una cámara de horrores.

Con un hombre tendido boca abajo, un hacha bajando despiadada hacia su nuca, un murciélago monstruoso revoloteando con sus aguados graznidos como preocupado porque el acero iba a impedir su voraz apetito concretado en los ojos de la víctima...

Espectral todo, sí.

Una pintura de terror como jamás ninguna otra podría lucir en galería alguna o en la más afamada pinacoteca.

Aquélla era una obra única.

Satánica.

Irrepetible.

—Muere. Robin Lebrun... MUERE.

Y el filo del hacha seguía descendiendo, descendiendo despacio, milimétrico, cual si encontrara un éxtasis inconmensurable en aquella lentitud estudiada que prolongaba el epílogo agónico de Robin Lebrun.

Y el ave siniestra de negras extremidades, aleteaba y aleteaba, como abanicando la nuca del condenado para que ni una mota de polvo pudiera entorpecer la mortal labor del hacha.

Lebrun, fatigosamente, trataba de respirar... incapaz ya de defenderse, inhabilitado para luchar por su propia subsistencia.

Resignado. Vencido. Abandonado a su suerte.

Al fin definitivo.

¡ZAAAAS!

El acero ya había emprendido la recta final, sí.

Justo cuando se registró un notable estrépito en el patio de butacas a consecuencia de la andanada violenta, brutal, con que alguien había hecho saltar del marco, arrancando incluso bisagras, una de las puertas que daban acceso a la platea.

Gritando una voz:

—¡QUIETA...! ¡RETIRE ESE HACHA O DISPARO!

La mujer de blanco sudario y enérgico instrumento de muerte quedó, como suspendida en el vacío.

Tratando de hacerse a la idea de que era, lo que ella creía que no podía ser.

¡BANG! ¡BANG!

Restallaron ambos disparos como si de uno solo se tratase impactando con agudo eco metálico en el acero del hacha y casi arrancándolo de los dedos femeninos que arrastraron a la mujer empeñada ésta en seguir aferrada al asesino instrumento.

—¡La próxima bala se la meto a usted en la cabeza, *madame*! — gritó, autoritario, Roger Raymond.

Capítulo IX

EL intrépido jovenzuelo estudiante de leyes, detective inacabado como ciertas melodías, agitando su larga melena negra al viento y golpeando el cuello de la cazadora de pana, pensó, que por desgracia no estaba en posesión del don de la ubicuidad.

Y en consecuencia no podía estar en dos lugares distintos a la misma vez por lo que, lógicamente, se veía obligado a elegir entre visitar primero a Henry Daladier, el monarca de proxenetes o a Gilbert Nougaro, técnico electrónico y atracador fracasado.

Sobre la marcha y procurando ser coherente en sus pensamientos y decisiones se inclinó por aquel último, por considerar que la incidencia del murciélago en los luctuosos y sangrientos hechos que estaba investigando y trataba de esclarecer al mismo tiempo, era mucho mayor que la de los actores, vinculados o no a Daladier, que habían intervenido teóricamente en los espectrales montajes del zoo.

Hablando de zoo pensó que quizá debía... ¡No!, era pronto aún. Antoine Raisner todavía no estaría en posesión de resultados concretos. Pospuso, pues, la comunicación telefónica con el hijo del veterinario del zoológico de París.

Gilbert Nougaro...

Si aquel menda estaba conectado con lo del murciélago gigante, el camino hacia el fin de las investigaciones podía allanarse notablemente.

Era cuestión de probar.

Puso rumbo a Montmartre.

L'Aspirine, ¡vaya nombrecito se gastaba el cafetín de marras!

Roger, sobre la marcha, proa a la estación más cercana del metro, ladeó la testa de largos cabellos.

Le seguían, sí.

Desde el mismo instante en que abandonara el cubil de la

repulsiva Viviane, había captado de una forma intuitiva la presencia de alguien tras sus pasos.

Procuraba quedarse con todos los rostros que le rodeaban para concretar el de sus perseguidores.

En el metro iba a conseguirlo, sí, bordó el ferrocarril metropolitano en la estación de

L'Bastille

(Republique) procurando integrarse en uno de los vagones del convoy menos concurrido de personal.

Distraídamente, como el que no quiere, inició un meticuloso proceso de observación.

Cuarenta segundos después hubiese puesto la mano en el fuego y asegurado que los dos individuos que se encontraban en la plataforma derecha, según su postura, del vagón, eran los encargados de seguirle... Quién les pagaba y por qué, podía tener varias respuestas pero ninguna de ellas podía apartarse ni diferir demasiado de la siguiente: *Sus pesquisas empezaban a preocupar al cerebro motriz, diabólico, de aquel juego siniestro de murciélagos, sangre y crímenes, el cual, había decidido seguramente abortar los buenos propósitos de Roger Raymond.*

¿Cómo...? La muerte era el procedimiento más seguro. Y las estaciones y andenes del metro eran un perfecto escenario operandi *para los profesionales del asesinato.*

Un empujón, por ejemplo... Y otro suicida muerto.

Ya, ya...

Pensó con rapidez.

Primero: debía asegurarse fehacientemente de que aquella pareja eran en verdad los encargados de que él sufriese un «accidente».

Segundo: conseguir de inmediato que ellos fuesen los «accidentados».

Saltó del ferrocarril en la estación de Châtelet.

Los tipos también.

Roger se hizo el remolón por el andén esperando a que éste quedase lo más desierto posible. La gente se perdía por los túneles de salida al exterior o de transbordo con otras líneas urbanas o regionales.

Los tipos no. Los tipos se habían quedado.

Uno fingía estar enfrascado en la lectura de la edición vespertina de

L'Humanité

: tenía el periódico abierto por completo y la cabeza metida en el interior como si devorase las letras en el afán de ocultar al máximo su jeta. El compinche, que tenía una cara de hijoputa que no podía con ella, estaba vuelto hacia la pared fingiendo consultar el enorme mapa del trazado subterráneo unido por el ferrocarril urbano, cual si tratara de orientarse.

Muy de película, sí.

El andén, ahora, estaba prácticamente desierto.

Exceptuando, claro, a Roger y sus perseguidores.

Fue por el que consultaba el mapa y le tocó en el hombro.

—Oiga, por favor, ¿voy bien para Montmartre?

El fulano giró la testa.

—¡Al cementerio vas a ir tú, niñato de mierda!

Raymond se agachó en el preciso instante que el otro largaba un puñetazo buscando su rostro, perdiéndose el golpe en el vacío y aprovechando el muchacho la inercia para, atrapándole la muñeca, efectuar un elegante volteo de judo que dio con el menda de bruces en el cemento del andén con estrépito y un grito ahogado de dolor.

El otro se puso en marcha tirando de navaja.

Voló, literalmente voló, en plancha, buscando en su salto mover la mano armada como si empuñase una hoz al llegar a la situación de Roger, y así, limpiamente, rebanarle el gaznate.

Evitó solo en parte la mortífera y ágil acción del otro que con la punta del acero le produjo un corte en la mejilla que comenzó a sangrar profusamente.

Ya estaba en pie el tipo, enseñándole los dientes, avanzando la navaja al tiempo que se movía en semicírculo alrededor de Roger.

—Te arriesgas demasiado por lo poco que te pagan, matón —dijo el muchacho, desentendiéndose de los abundantes hilillos rojos que manaban de su cara y salpicaban la cazadora.

—Por ventilar enteradillos de la vida como tú, ¡vale la pena hasta pagar!

—¡Olé tus pelotas, chulo! —se burló, a la expectativa, el detective.

—¡Déjame a mí, François! —gritaba su compinche, cabreado,

vinuéndose arriba y luciendo una *Parabellum* del 7.62 negra y pavonada, cuya corredera acababa de accionar, montándola—. ¡Es mío!

Pintaban bastos para Raymond y entendió que se imponía una solución de emergencia.

Y rápida, por supuesto.

No se lo pensó ni un segundo más, no.

Brincó atrás primero y adelante seguidamente, como en el circo, sirviéndose del antebrazo derecho para ejecutar la pirueta sobre sí, en el aire y luego en tierra, que en parte sorprendió a los asesinos de alquiler que no entendieron lo que pretendía aquel suicida.

Pretendía quedar arrodillado a la izquierda del que lucía la pistola, enseñándole muy de cerca el orificio del cañón de su Magnum y apretar el gatillo, sin más, clavando un pepino de plomo en el hombro del menda que, boquiabierto, rabioso también, se vio enviado con terrible violencia hacia atrás, mientras aullaba, blasfemaba y soltaba la *Parabellum* que tintineó, macabra, encima del cemento.

—¡Cabrón...! —rugió el tal François, lanzando el cuchillo con destreza.

Roger se aplastó de bruces en tierra sintiendo el ulular siniestro del acero a escasos milímetros de su negra melena.

Había estado a punto de recibir un corte a navaja... pero no de cabello, sino de gaznate.

Oyese entonces el ruido procedente del túnel anunciando la llegada de un nuevo convoy subterráneo.

—¡Largo de aquí, Maurice! —gritó, excitado, François—. ¡Vámonos!

Maurice, que tenía una mano apretada contra la herida intentando contener la hemorragia, no excesiva, se sabía impotente para emprender una veloz huida.

—¡Espera! Yo no puedo correr mu...

Roger se le vino encima, inmovilizándolo.

Entretanto. François, ligero como un gamo, devoraba las escaleras del acceso que desembocaba en la He de la Cité.

Raymond tiró de Maurice hacia el borde del andén y prácticamente lo colgó en el aire por afuera de aquél, balanceándole encima del raíl.

—Cuando venga el metro te suelto, ¿entiendes?

—¡Gilbert Nougaro! —gritó como una rata el llamado Maurice —. ¡Él nos ha contratado!

¡Te lo juro! Nosotros sólo... ¡Él, Gilbert, parece ser que trabaja para un tipo importante que quiere eliminarte!

—Así que Nougaro, ¿eh? Os veis en

L'Aspirine,

¿verdad?

—¡Sí, sí... pero no me sueltes!, ¿eh? —Pataleaba, aterrado.

—¿Y si me engañas, Maurice?

El ruido del convoy avanzando resultaba ya estruendoso.

—¡No...! ¡Por Dios que no miento! ¡Pero llévame para adentro, coño!

—Está bien, nervioso, está bien —y lo tiró contra el firme del andén, echando a correr hacia las mismas escaleras por las que se perdiera François, pues a Roger no le interesaba seguir allí cuando apareciese el ferrocarril abriendo las puertas de sus vagones y vomitando gente sobre la estación de Châtelet.

* * *

Rué A. Gautier.

L'Aspirine...

¡Vaya antro!

En el mostrador había personal mixto. Tíos y tías... y alguna marica suelta también.

Se fue de cara a la rubia platino que lucía sus exuberancias pectorales, merced a un escote de libro.

Ella, moviendo la pechuga en lo que trataba de ser maniobra excitante, se le adelantó:

—¡Hola, buen mozo! Eres nuevo en la plaza, ¿verdad?

—Porque no sabía que tú... y esas cosas que te cuelgan estabais por aquí. Desde ahora seré un hijo.

—¿Me invitas a algo?

—Pon dos copas de algo, lozana francesa.

—¿Bourbon?

—Bourbon... —dijo maquinal mientras miraba el reloj, gruñendo—: ¡Ese cabrito lleva un cuarto de retraso! Y mira que le dije...

—¿Te has citado con alguien?

—Con el calamidad de Gilbert. No lo habrás visto por aquí, ¿eh?

—Hace más de media hora, *cheri*. Está en un reservado con la hormonada.

—¿Un travesti?

La rubia había puesto los dos vasos medio llenos del ambarino *bourbon* encima del mostrador.

—¡Ahá! Con más pechuga que yo... ¡qué ya es decir!

—¿Y Gilbert se solaza con eso?

—¡Jo, tío! —Él pegó ella en meneo al *bourbon*—. ¿Ahora te enteras? Me parece que tú no conoces muy bien al...

—¿Dónde está el reservado, rubia? —La expresión de Roger había cambiado de pronto tornándose fría, ominosa.

La tía se achantó al momento y dijo sin poner el menor reparo.

—Arriba —alzaba la diestra hacia el techo—. Por la escalera del fondo... Deben estar en el 2.

—Merci...

Se tragó, al galope, los peldaños en forma de caracol y asomó en el altillo.

Puerta dos que hizo saltar de un violento patadón.

Magnum en ristre abanicando el interior.

La hormonada se tapaba a velocidad de vértigo el positivo resultado de inyectarse determinadas glándulas.

—Si parpadeas. Gilbert, te abraso.

Era un tipo canijo, chupado, con cara de tísico y pinta de vicioso degenerado. Los ojos hundidos y saltones a la vez puntiagudos los pómulos que parecían querer rasgar la piel de su escuálido rostro.

—¡Oh. Dios mío, qué vergüenza! —clamaba el travesti—. ¡Oh, oh... nunca me había pasado nada igual!

—Largo, marica —y le arreó una patada en el trasero. Encañonando al esmirriado que hacía ademán de alzarse, insistió—: He dicho que te abraso y lo hago, Nougaro.

—Podemos llegar a un acuerdo, Raymond.

—Eres un tío práctico, ¿eh? Y me conoces, ¿verdad?

—Te he visto en la avenue de la Porte

D'Auteuil.

—¡Ah...! —Le mostró sus feroces dientes en una sonrisa peligrosa—. ¿Estabas en casa de Tchenko, cierto?

Cabeceó afirmativo.

—Manejando el murciélago, ¿no?

—Sí... ¡Pero yo no he matado al ruso! Ha sido Amadou. Él me contrató para la construcción de los murciélagos.

—¿«Los», Gilbert?

Meneó la testa de arriba abajo.

—Dos...

—Celebro que colabores, amigo, porque venía dispuesto a partirte el alma. ¿Dijo George que me hicieras liquidar?

—Sí, en el caso de que salieras vivo del piso de Tchenko.

—¿Has dicho que manejabas ese repugnante insecto negro...?

Otro cabezazo de asentimiento.

Roger, que tenía muy fresco el recuerdo, le clavó la puntera de su bota izquierda donde supuso que el chupado llevaba algo colgando.

Se retorció, apelonándose en el sofá corrido que ocupaba buena parte de la pared del reservado, gimiendo lastimero.

—¡No...! ¡Te lo suplico! Voy a decirte todo lo que quieras.

—Supongo que te he estropeado el murciélago, ¿no?

—Así es. Y en previsión de que eso ocurriera, como te he dicho, George me mandó construir dos. No hace mucho le he llevado el otro a

L'Ópera.

Se pliega fácilmente y se puede...

Roger sintió lo mismo que un agujonazo en la nuca.

—¿A

L'Ópera

dices, Gilbert?

—Sí...

—¿Por qué?

—Lo ignoro, George me ha dicho que estaba vez iba a trabajar solo...

El punterazo ahora se lo metió en plena boca del estómago, y fue tan brutal, tan demoledor, que Gilbert Nougaro rodó en tierra sin sentido.

Roger abandonó

L'Aspirine

como alma que lleva el diablo.

La hormonada, al verle cruzar la puerta como una exhalación,

gritó:

—¡Estréllate los cuernos por ahí, cabrito!

Raymond no le había oído.

Frenó en seco su carrera frente a una cabina telefónica que tomó prácticamente por asalto, echando fuera al tipo que al parecer estaba concertando una cita de catre.

—¡Bestia! ¡Estás loco de remate!

Posiblemente.

Raymond ya estaba dándole al dial y señalizando en él los siete números de Antoine Raisner.

—¿Quién llama? —inquieran en la otra punta.

—Soy Roger...

—¡Leche, compañero! ¿Te crees que soy Dios?

—No se me ocurriría semejante irreverencia. ¿Progresos?

—Por puta casualidad, macho. Porque he acertado a la primera... si no, ¿de qué? Dijiste quinientos, ¿no?

—Eso dije. ¡Y larga ya, coño!

—Philippe Boudet.

—Ese nombre no me dice nada, Antoine. ¿Quieres dejarte de gilipolleces?

Una risa seca, burlona, al otro linde del cable.

—Pero si te dirá algo, supongo, el de su hermanastro: GEORGE AMADOU.

Roger, brincó dentro del cubículo telefónico.

—¿QUÉ...? ¡Matiza!

Antoine Raisner lo hizo y Raymond, instantes después, salía apresuradamente de la cabina rumbo al teatro de L'Ópera.

Pidiéndole a Dios y a todos los santos que llegara a tiempo de evitar una nueva escenografía terrorífica, otro derramamiento de sangre.

Un taxi le dejó a la puerta del teatro, cerrada, lógico, y fue en busca de la entrada trasera del edificio administrativo.

Cerrada.

—¡Maldita sea!

Echó mano al estuche de ganzúas y sin encomendarse a nadie, aunque las sombras le protegían pero no le ocultaban por completo ni mucho menos, se puso a la vista de más de un sorprendido

transeúnte a forzar la cerradura.

Estaba nervioso y le costó más de lo que en él era hábito.

Entró como un huracán pasando junto a la rotonda donde se ubicaba la centralita que atendía la pechugona Pascalle, desierta ahora como era lógico.

Roger, con el sistema neurovegetativo en tensión, se lió a abrir puertas, asomar, y cerrarlas si todo estaba en orden. Corría sin rumbo fijo de uno a otro pasillo de aquel laberinto que formaba el entramado interior de

L'Ópera,

asaltando guardarropías, camerinos, salas de masaje, buscando lo que no sabía realmente, cuando escuchó el alarido, el grito inhumano, que se estrelló en sus tímpanos produciéndole casi dolor.

—¡SOCORROOOO!

Y apenas si se había extinguido el eco de aquel alarido estremecedor cuando sus oídos resultaron castigados con un terrible:

—¡NOOO!

Extrajo la Magnum y cabalgó orientado por el bramido hasta quedarse ante una puerta que arrancó de sus goznes con violentas patadas.

Saltó adentro de la platea del teatro y con un rápido vistazo se hizo con la angustiosa y sobrecogedora escena que se desarrollaba allá, a lo lejos, arriba de las tablas.

Gritando:

—¡QUIETA...! ¡RETIRE ESE HACHA O DISPARO!

La mujer del blanco sudario y enérgico instrumento de muerte quedó, como suspendida en el vacío.

Tratando de hacerse a la idea de que era, lo que ella creía que no podía ser.

Frente al peligro que ofrecía la momentánea duda de aquel espectro vestido de níveo manto, Roger optó por darle al gatillo.

¡BANG! ¡BANG!

Restallaron ambos disparos como si de uno solo se tratase impactando con agudo eco metálico en el acero del hacha y casi arrancándolo de los dedos femeninos que arrastraron a la mujer empeñada ésta en seguir aferrada al asesinado instrumento.

Y sentenció el detective:

—¡La próxima bala se la meto a usted en la cabeza, *madame*!

Capítulo X

CESÓ, en aquel instante, la melodía.

Macabra...

Porque el pianista se alzaba con trágico ademán, casi con patetismo, desorbitados los ojos e inyectados en sangre.

El aspecto de su faz era el propio de un alienado.

Rugió, mirando al detective como si más que verlo intuyera su fatídica presencia:

—¡Maldito...! ¡No era ahora cuando tenías que venir! Ahora... ¡debo terminar!

—¡Estese quieto, Amadou! —le instó Roger, avanzando entre las filas de butacas.

Pero George Amadou, ignorándole, se agachó, volviendo a alzarse con una antorcha en la diestra uno de cuyos extremos, el que blandía, mostraba huellas evidentes de haber sido empapado en gasolina o parecida materia inflamable. También se escuchó al mismo tiempo un golpetazo macabro, apagado, que produjo el murciélago al estrellarse violento contra las tablas del escenario como consecuencia de que el pianista había dejado de maniobrar en su control electrónico de movimiento y vuelo.

La mujer del hacha corría hacia la pared posterior de los cortinajes buscando perderse entre ellos.

Roger, que se sentía impotente, desbordado, amenazó:

—¡Quieta! ¡Quieta o disparo!

Ella, proseguía su huida.

George estaba acercando al extremo húmedo de la antorcha la llama de su mechero.

—¡Soy el ángel exterminador! —aulló, blandiendo la tea llameante.

—¡Quieta...!

Oprimió el gatillo.

¡BANG!

Nada. No alcanzó las piernas de la hembra envuelta en blanco sudario, la cual, atropelladamente, consiguió ganar las cortinas tupidas y cubrir entre ellas su veloz huida tras haber tirado el hacha por el trayecto.

—¡Malditos todos...! —Enloquecía George Amadou—. ¡Todos los que habéis pretendido marginarla! ¡Canallas! ¡Queríais arrinconar la mejor voz que jamás ha tenido

L'Ópera...

la voz sublime de la pobre Marie! ¡Una Marie que llora sus desventuras en la habitación de un manicomio! ¡Pero yo voy a vengarla...! ¡YO! ¡Las llamas barrerán el odio y la ambición! ¡Las llamas purificarán este escenario desde el que ella deleitó al mundo de los melómanos...! ¡POR TI, MARIE BOUVARD!

Y lanzó la antorcha roja, encendida, flameante, contra las cortinas tras las que se perdiera la mujer la resucitada Stanislava quien en su vertiginosa y torpe huida, en su ciego afán de hurtarse a los disparos de Raymond, acababa de enredar su cuerpo con varios cables que sostenían buena parte de la tramoya.

Cada vez más excitada y nerviosa... tiró con fuerza, con brusquedad, y parte de un decorado suspendido en el vacío se vino abajo cual demoledora exhalación.

—¡AAAAH!

George Amadou quedó aplastado bajo la inesperada carga que había bajado del cielo como una justicia procedente de un lugar de superiores designios.

Muerto al instante.

Roger había alcanzado el escenario preocupándose, febril, de abortar las llamas que habían prendido en la parte baja de una cortina amenazando con extenderse, rápida y fácilmente, hacia el contorno por completo inflamable, del todo combustible, que las rodeaba.

Consiguió su propósito no sin tremendo esfuerzo y gran derroche de energías, arriesgando a que el fuego hiciera presa en su indumentaria y cuerpo, lo que le habría resultado fatal.

Lanzó un sonoro suspiro.

Robin Lebrun se alzaba torpemente del suelo mirando con expresión estúpida a su alrededor, lo mismo que si regresara

procedente de otro mundo.

—¿Y el... dónde está... el..., el murciélago? ¡Oiga... oiga!

—Llame a la policía, amigo. Yo tengo que continuar.

—¡Eh... espere! ¡Espere! Yo...

Roger estaba corriendo de nuevo por los pasillos del teatro pero no en persecución de la hembra de blanca envoltura sino en pos de la salida porque él tenía exacta conciencia de los hechos, de su desarrollo y del que iba a ser su desenlace.

Ya en la calle se montó a un taxi como un *cowboy* no lo hubiera mejorado saltando a la grupa de un bayo y dio una dirección al chófer, rogándole:

—¡Vuele si es preciso, por favor! Se trata de un asunto de vida o muerte.

—Yo no puedo hacer milagros, amigo. El tráfico es el tráfico. Él manda.

—¿Le ayudarían cincuenta francos... a hacer un milagrito?

—¡Claro, *monsieur*! ¿Usted no ha oído aquello de que pagando San Pedro canta? ¡Pues hágase a la idea de que yo soy el buen Pedro!

Volaba el taxi, desde luego.

* * *

Una mano le dio vuelta al conmutador y la estancia quedó bañada por la luz.

Dijo una voz, a guisa de irónico saludo:

—¡Buenas noches, Marie! ¿Llega tarde, no le parece?

La mujer, metida en un costoso abrigo de pieles, se apretó contra la pared.

—¡Roger! Tú... tú, ¿aquí?

—¿No lo esperaba? Y lo ruego, Marie, que no me obligue a violentarla. No me gusta hacer daño a las mujeres. Quítese el abrigo, por favor.

Obedeció, apareciendo la blanca túnica que poco antes luciera, junto al hacha monumental, en el escenario de sus triunfos musicales: el teatro de

L'Ópera.

Roger recogió el abrigo y de uno de los bolsillos extrajo la mascarilla adhesiva que reproducía las facciones de la infortunada Stanislava Yarkov.

—¿Cómo lo has descubierto, Roger? —Se abatió a los pies de la cama de aquella habitación que ocupaba en la clínica psiquiátrica del doctor Boulongne.

—No podía ser de otra manera, Marie. Y entiendo que sus facultades mentales están más perturbadas de lo que supone usted y de lo que opinan los propios médicos. De lo contrario, tendría que admitir que es un verdadero monstruo... ¿Lo es?

—No lo sé...

—La idea de que iban a jubilarla ha roto su equilibrio psíquico, pero aun así, no se me oculta el retorcimiento de sus métodos y el diabólico sadismo con que se ha producido.

¡No, no me hable de sentimentalismos, porque el auténtico *leit motiv* de su carrera de horror y sangre ha sido la venganza! Se ha vengado de todos y los ha utilizado a todos.

Especialmente al infortunado Amadou. ¿Drogas y sexo... o ambas cosas, Marie? Porque lo había enloquecido usted por completo.

—Aproveché la pasión que sentía por mí para hipnotizarlo.

—Ya entiendo. Su plan, en teoría, perfecto. Primero el absurdo sueño que jamás existió y que, curándose en salud, acudió a contarle a la Truffaut por si en su momento podía servirle de coartada. Incluso se sirvió de su inocente hermana, la pobre Colette, cuya inesperada presencia a la puerta del domicilio de Jeanne Truffaut cuando usted salía de representar la primera escena de la tragedia, le fue de perlas. Porque el hecho de que Colette la acompañase al apartamento de Stanislava sí que se convertía en una coartada irrefutable, ¿no? Usted no podía estar en el zoo y al mismo tiempo en casa de la rusa...

Como tampoco podía hallarse aquí, en esta habitación, y L'Ópera.

Usted fingió precisamente la crisis para ser internada y gozar entonces de mayor libertad de movimientos, colaborando en el ataque brutal a Honoré Ardouin.

—¡No le matamos! Sólo quería asustarle, asustarles a todos, sembrar el pánico alrededor del teatro para que nadie se atreviera a firmar contrato y yo pudiese seguir cantando... ¡cantando que es mi vida!

—¿Cree que hacía falta tanto horror para conseguirlo? ¿Era

necesario matar y destrozar como lo ha hecho? Pero cometió varios errores, Marie. Los que me han conducido a usted como es lógico. Me extrañó poderosamente el hecho de tanto el crimen cometido en la persona de Stanislava como el posterior ensañamiento con Honoré Ardouin tuviesen por escenario el sector del zoológico destinado a las aves nocturnas. Eso me hizo pensar de inmediato que el asesino gozaba en aquel lugar de cierta impunidad, que se movía libremente y con toda clase de efectos lúgubres a su favor. Esa ventaja sólo podía cimentarse en el hecho concreto de gozar de la colaboración de alguien que conocía muy bien aquel lugar, por eso una persona ha verificado los datos del personal y he descubierto que Philippe Boudet, jefe de mantenimiento, es hermanastro... era, del infortunado Amadou. Philippe le debía mucho a George que siempre se portó como un padre para él y fue quien movió algunas amistades para que obtuviera el empleo del zoo.

Philippe colaboró en los montajes siniestros, Philippe se encargaba de romper desde dentro la jaula del murciélago para así reforzar la teoría del quiróptero asesino...

—No podrás probar nada de lo que dices, Roger... ¡nada! El hermanastro de George no guarda la menor relación conmigo. Ni las demás personas que Amadou utilizó siguiendo mis instrucciones. Muerto él, se rompe toda conexión conmigo.

Como si no la hubiera oído, Raymond prosiguió:

—También me llamó la atención, desconcertándome desde luego, la circunstancia absurda de que George fuera el asesino en potencia de la mujer que había respondido afirmativamente a su solicitud de que grabara con la nueva compañía discográfica que él había fundado en colaboración con un socio... Pero si las evidencias me forzaban admitir la culpabilidad del pianista, había que preguntarse *por qué razón un hombre sensato era capaz de sacrificar su éxito personal y económico*, y la respuesta, sólo podía ser una:

AMOR, irrefrenable pasión por una mujer. Entonces me planteé una nueva pregunta, *quién generaba semejante pasión en los sentimientos de George, a quién amaba con tanta intensidad*. Sólo un hombre se me ocurriría como respuesta: MARIE BOUVARD. No pensé en que además de su cuerpo utilizaba usted la hipnosis, pero sí admití el uso de alguna droga estimulante... Pero Amadou, en el

fondo, era responsable de su irresponsabilidad, comprendía y lamentaba todo el mal que estaba causando aunque no era capaz de detenerlo por sí solo. De ahí que cuando estuve en su casa hoy, incurriera voluntariamente en *errores* que lo delataban, porque en el fondo, deseaba que alguien interrumpiera su loca carrera de horror y sangre. Incluso creo que intentó disuadirme de que acudiera al apartamento de Tchenko, lugar en el que usted había dictado mi sentencia de muerte porque después de estar aquí esta mañana, supo que yo era el mayor peligro contra su proyecto, el único que podía entorpecerlo. Entendió que visitaría a Anastas y dictó sentencia contra ambos.

—¡Anastas era un maldito canalla! Abusó de la pasión que yo sentía por él para afianzarse en el estrellato del teatro y traicionarme con Stanislava. Yo... —La faz de Marie estaba pálida y desencajada, sus ojos muy abiertos y rojizos, su expresión enloquecida—, odiaba a Stanislava Yarkov porque no sólo me arrebatava el amor del hombre que más había querido en mi vida sino que iba a truncar mi brillante carrera en L'Ópera.

Honoré había decidido ya que ella sería mi sustituta y trataba de calmarme con falsas promesas al tiempo que me pedía en matrimonio. Decía que casarme con él resultaría una excelente excusa para retirarme. ¡Estúpido!

—Por eso no le sentenció. Porque usted confiaba que cuando se reintegrara al teatro volvería a situarla en el lugar de privilegio que siempre había ocupado, ¿no?

—Sí... Y por eso iba a terminar con Lebrun, para impedir que contratase a la italiana.

Muerto Robin y con el escándalo de horror que envolvía ya a L'Ópera

de París, sólo Honoré Ardouin podía tomar decisiones aunque tuviera que hacerlo desde el lecho del hospital. Yo pensaba visitarle para exponerle mi recuperación, induciéndole a que me autorizase a representar *Madame Butterfly*. No tenía más opción que el sí. Luego, con el paso del tiempo se olvidarían los crímenes y la atmósfera de terror se iría difuminando hasta que todo volviera a ser como antes.

Roger, alisando los bajos de su melena azabache, dio vida y sonido a una seca carcajada.

Después inquirió:

—¿Igual que antes... dice? —contestando él mismo a la pregunta, con éstas palabras—: Pero muerto George Amadou del que usted pensaba deshacerse aunque no de la forma en que desgraciadamente ha sucedido... Pero ciego y acabado para los restos de su triste existencia Honoré Ardouin... Pero asesinados Stanislava Yarkov y Anastas Tchenko que habían cometido el pecado de amarse ambos y ella el de ser joven y tener una buena voz que debía sustituir la que ya comenzaba a extinguirse de Marie Bouvard. ¿Igual que antes... dice?

Marie le clavó sus pupilas, que destilaban odio, en el rostro.

—¡Lo has estropeado todo, imbécil! Me pareciste un chico inteligente y...

—Y por eso le ordenó a George que me asesinara, ¿no es así?

—Es así. ¡Y debiera haberte matado yo, yo, con mis manos! ¡Con qué placer habría estrellado el filo del hacha contra tu garganta, maldito!

—Es hora de que nos marchemos, Marie.

Hizo un gesto instintivo de echarse atrás, al otro lado de la cama.

—¿Adónde...?

—A la prefectura de la policía judicial. El inspector jefe Renard podrá descansar tranquilo cuando usted haya firmado su confesión.

—¿Confesión...? —Arqueó ella las cejas con expresión encendida, diabólica, en su rostro todavía bello—. ¿De qué confesión estás hablando, Roger?

—¿De cuál va a ser, Marie? De la de todos sus crímenes, de la de su satánica y retorcida escenografía.

—Te he dicho antes que la muerte de George Amadou rompe cualquier conexión que los hechos... *que tú me imputas*, pudieran tener con mi persona. No iré a ninguna parte, Roger. Nadie me acusará de nada. Y dentro de pocos días... ¡VOLVERÉ A CANTAR EN EL ESCENARIO DEL TEATRO DE L'OPERA!

¿Lo entiendes, *mon petit* detective?

—Vamos, Marie. Se lo ruego... Yo también le he dicho al principio que no me obligara a violentarla, ¿recuerda?

—¡Hazlo! ¡Pégame, cobarde! ¿A qué esperas?

La puerta de la habitación 203 de la clínica psiquiátrica del doctor Boulongne, se abrió, inesperadamente.

Y una vocecilla con trasfondo de temblor pero al mismo tiempo con una entereza encomiable, anunció resuelta, irreversible:

—Tú irás donde él dice, Marie.

La *prima donna* del *bel canto*, estupefacta, con vivas pinceladas de estupor sombreando sus facciones, contemplaba el rostro ligeramente demudado, lleno de pecas y enmarcado por una mata de cabellos rojos que se encuadraba, desafiante casi, en el dintel de la puerta.

Consiguiendo articular al fin:

—¡Colette...! ¿Cómo tú... cómo eres capaz de creer...?

—Creo lo que he oído, Marie. Y he oído cómo tú admitías ser un monstruo sin entrañas y he oído cómo te jactabas de que no existían evidencias para probarlo y demostrarlo.

La evidencia... —Gruesas lágrimas resbalaban por las moteadas mejillas de Colette Bouvard que seguía hablando con una entereza digna de toda loanza—, Marie... *soy yo*.

¿No pretendías convertirme en testigo de algo? Lo seré... *pero de cargo*. ¡Vamos a la prefectura!

Los ojos de Marie cobraron una luminosidad que sólo las pupilas del diablo podían obtener al contagiarse del rojo llameante de los infiernos... y su rostro, crispado, adquirió una expresividad inquietante, homicida, satánica.

Rugiendo:

—¡No me llevaréis! ¡No, malditos! ¡NOOOO!

Y se revolvió, lanzándose con histérica violencia contra la ventana para fragmentar con su cabeza los cristales produciendo un sobrecogedor estrépito dado lo brutal del impacto, mientras que de su garganta surgía un alarido espeluznante que tuvo la extraña virtud de helar la sangre de Colette y Roger cuando el eco hiriente punzó sus tímpanos.

Marie Bouvard no cayó al vacío como pretendía, no.

Porque las ventanas de aquel internado psiquiátrico, por fuera, estaban protegidas con inexpugnables rejas, en previsión de los frecuentes intentos de suicidios que protagonizaban los enfermos.

Marie rebotó en los barrotes de hierro tras hacer astillas el vidrio, viniendo atrás como una pelota de goma para caer encima

del lecho decúbito supino y con los brazos en cruz.

La soprano no había conseguido saltar al vacío pero sí había conquistado su pretensión suicida. El impacto contra el hierro había sido decisorio, como así lo pregonaba aquel fino y significativo hilillo de sangre que manaba de la sien derecha de Marie Bouvard, le corría por la mejilla y acababa perdiéndose entre los pliegues de la piel ya arrugada del cuello.

Muerta.

El detective y la muchachita pelirroja, atónitos, contemplaban con sorprendente fijeza el cuerpo exánime de la diva.

Roger fue el primero de salir de la inmovilidad para precipitarse hacia el lecho y rozar con la palma de la mano un lateral de la garganta, tomándole el pulso seguidamente.

Sólo anunció:

—Ha muerto.

Colette Bouvard rompió en sonoro y amargo llanto. Él, acudió a consolarla encerrando el menudo y grácil cuerpo de la pecosa entre sus brazos.

—Pequeña... ya sé que es muy duro, pero has de intentar sobreponerte. Dime una cosa, Colette: ¿por qué estabas aquí a estas horas?

Hipó, y:

—Vine por la tarde y me quedé desconcertada por la ausencia de Marie. Hablé... le pregunté a una enfermera, la responsable de esta planta, y se puso muy nerviosa. Al verse acosada prefirió decirme la verdad suplicándome que no la delatase a la dirección: Marie la estaba sobornando. Le daba dinero por cubrir sus entradas y salidas de la clínica y le había comprado incluso una llave de la puerta que emplea el personal facultativo y auxiliar para ir y venir... Me hice muchas, demasiadas preguntas. Y decidí venir por la respuesta. Te vi llegar a ti desde mi escondrijo en el pasillo y eso empezó a confirmar mis... —volvió a sollozar fuertemente— sospechas. Luego...

—Hay que avisar a la policía, Colette.

—Sí..., sí, comprendo. ¡Roger!

—¿Ocurre algo, muñeca?

—Bueno... Esto, cómo te... Es necesario que se haga público el nombre de... quiero decir si la gente tiene que saber... me

comprendes, ¿no?

—Sí, Colette. Te entiendo perfectamente. Pero eso escapa a nosotros porque la decisión final al respecto la tiene la policía. Esperemos que se pueda soslayar su nombre, aunque me parece difícil.

Media hora después y con el despliegue espectacular de costumbre, como si fueran a comérselo todo, aparecieron por la clínica los coches radio patrulla y los miembros, sesudos miembros, de la policía judicial y de la policía del Sena.

Lo primero que comentó el inspector jefe Albert Renard al percatarse de la presencia de Roger, fue:

—¡Voilà! Yo creía que a estas horas, los niños, estaban metiditos en la cama.

—A estas horas, los niños como yo con un par de... poderosas razones, se dedican a dar clases teóricas de investigación a los de la chapa y el sueldo fijo mensual que abona el contribuyente. ¡Adiós, fracasado!

—¡Eh, eh, aguarda un momento! Tienes que...

—Mañana, Albert, mañana. Y siempre que me lo pidas por favor... ¡Ah, y ven a casa con un buen mecanógrafo si de veras quieres obtener mi declaración! Un tipo que recoja trescientas palabras por minutos, ¿eh? Ya sabes que hablo muy rápido —tomó a la pelirroja por los hombros y dijo—: Vamos, pequeña.

—¡Roger de todos los diablos! Te quiero a las nueve de la mañana en la prefectura.

Raymond se revolvió para cruzar el brazo izquierdo sobre la articulación del brazo y antebrazo derechos. Le hizo, lo que suele denominarse como: una butifarra.

Ya en la calle, Colette estalló en un llanto voraz, violento.

—¡Voy a enloquecer, Roger! ¡Esto es horrible! ¡Yo no podía imaginar...!

La estrechó contra él y bajó la cabeza para besar una y otra vez, amorosamente, los rojizos cabellos de la preciosa muchacha.

—Colette...

—¿Sí?

—¿Me dejas que te ayude... *siempre*?

—¿*Siempre*? ¿Qué quieres decir, Roger?

—Lo que tú has entendido, Colette. Cuando obtenga la

licenciatura de abogado me olvidaré de mis aventuras remuneradas de detective...

—Debes hacer siempre lo que tú desees, Roger. Y entre esas cosas está el protegerme siempre, ¿entiendes?

—¡Sí, muñeca, claro! Mañana moveremos todo el papeleo para...

—Pero esta noche necesito estar contigo, Roger.

La besó en la boca con reverente pasión.

—Gracias, Colette. Te quiero...

FIN